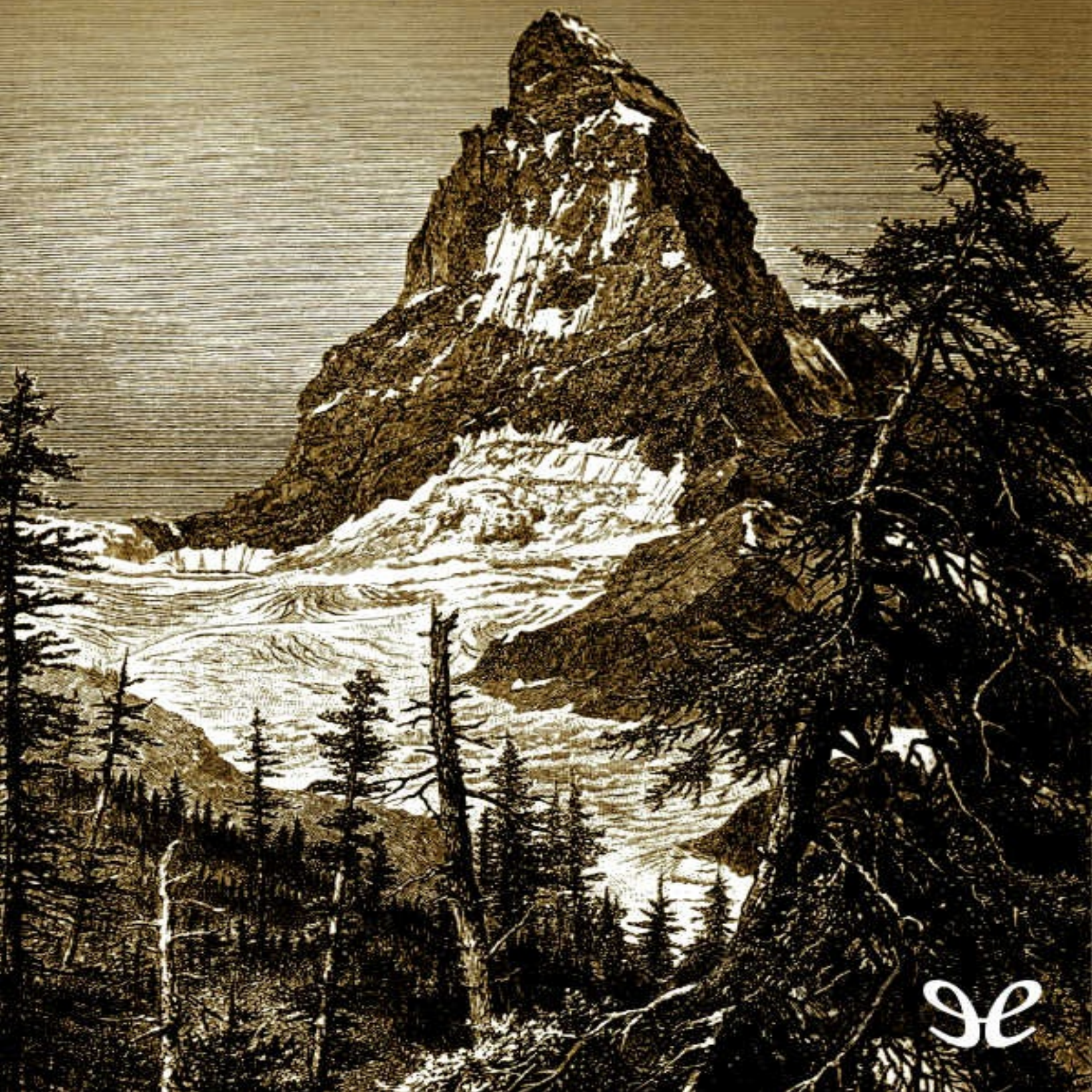


La conquista del **Cervino**

Edward Whymper

Prólogo de
Eduardo M. de Pisón



se

En 1860, un joven grabador londinense recibe el encargo de ilustrar un libro sobre los Alpes. Viaja a Suiza y en Zermatt ve por primera vez el monte Cervino, una perfecta pirámide de roca que se eleva en el confín entre Suiza e Italia, y cuya cumbre en aquel momento todavía permanece inescalada.

El encuentro con la impresionante montaña cambiará el rumbo de su vida: a partir de este momento Edward Whymper emprende una lucha por conquistar la inaccesible cima. Escala intensamente en los Alpes, consiguiendo numerosas primeras ascensiones a algunos de los picos emblemáticos: Pointe des Écrins, Dent Blanche o Aiguille Verte.

Así, Whymper se convierte en uno de los mejores alpinistas de su época, predestinado a cambiar el rumbo de la historia del montañismo. Después de numerosos intentos, el 14 de julio de 1865, llega finalmente a la cima del Cervino junto con seis compañeros. Lamentablemente, la gran victoria se ve empañada por un trágico accidente: durante el descenso un desafortunado resbalón desemboca en la rotura de una cuerda y cuatro hombres se precipitan al abismo de la temible cara norte. Whymper y dos guías escapan milagrosamente a la muerte.

En 1871 Whymper publica en Londres *Scrambles Amongst the Alps in the Years 1860-1869*, una extensa crónica de sus hazañas alpinas, de la cual el presente libro extrae todos los fragmentos relativos a la conquista del Cervino. Ilustrado con magníficos grabados del famoso alpinista, es un clásico absoluto de la literatura alpina y un volumen indispensable en la biblioteca de cualquier montañero.



Edward Whymper

La conquista del Cervino

ePub r1.0
othon_ot 31.05.14

Título original: *Scrambles Amongst the Alps in the Years 1860-1869*

Edward Whymper, 1871

Traducción: Ignacio Salido Amoroto

Ilustraciones: Edward Whymper

Ilustración de cubierta: Edward Whymper

Editor digital: othon_ot

ePub base r1.1



PRESENTACIÓN

Escribía Sonnier que hablar del Cervino era hablar de Whymper, pero que referirse a este montañero era mucho más que hacerlo a una sola montaña. Whymper (1840-1911) rebasa su propia historia individual para ser como una identidad del mismo alpinismo, aunque su época de hazañas no superara un quinquenio: llegó, vio y venció. Pero también el precio feroz del drama del Cervino es un símbolo de la visita oscura que llama de vez en cuando a la puerta del montañismo, la cara trágica que el océano simboliza en sus naufragios. Como en las grandes obras literarias, parecen reunirse en su historia alpina los ingredientes con los que está hecho el mundo.

Luz y sombra. La doble faz entre competitividad y camaradería de Carrel es otro modelo universal representado en esta historia, el deportivismo genial y el dolido sentimiento trascendente, el éxito, la conquista y la muerte. Están en juego las fuerzas que mueven la aventura y la épica: sensibilidad y destreza, sentido de la empresa, tenacidad, la grandeza de ponerse por rival al mejor peñasco del mundo.

Whymper valía para héroe de este gran teatro. Y el escenario fue soberbio: los más bellos y difíciles picos de los Alpes —altitudes desconocidas de la Meije, Écrins, Dolent, Aiguilles d'Argentière y Verte, Grandes Jorasses...— y, sobre todo, el pico de los picos, el más elegante, individual y característico, el más inaccesible: el Cervino. Sus escritos sobre esta peculiar peripecia son tensos y emocionantes relatos contados con ejemplar sobriedad por un parco soñador solitario, que descubre y recorre lugares de formas, calidades y grandiosidad apenas o nada conocidas. Tal relato de escaladas en los Alpes (1871) tiene, pues, todos los requisitos para ser un libro clásico. Y claro está, lo es.

No era Edward Whymper sólo un buen escalador, un montañero de ideas a la vez jóvenes y maduras, que buscaba nuevas metas, proyectos de envergadura y creativos, y era capaz de lograrlos; no sólo tenía razón en su planteamiento personal como alpinista, sino que fue buen escritor y excelente dibujante. Con ello contribuyó a la formalización de la cultura alpina de un modo esencial y cualificado, por lo que hizo y por el modo en que lo hizo. Tal vez no sólo porque escribir y dibujar era difundir —incluso fascinar—, sino porque servía para sobrevivir. Whymper lo hizo profesionalmente y, como era en él habitual, responsable y competentemente. Salgamos, para verlo mejor, un momento de sus relatos alpinistas y manejemos sus guías de Chamonix (1896) y de Zermatt (1897), con ilustraciones estupendas salidas de su pluma y, de paso, anuncios de sus fotos alpinas: no constituyen unos trabajos rentabilistas, o nostálgicos en años de asilamiento: son la montaña escrita por ella misma, verdaderos autorretratos del Mont Blanc y del Matterhorn. En ellas está lo que tú querías leer de esos lugares, lo que son. Hasta sus mapas o los dibujos de hoteles o el viejo corte geológico del Cervino son evocadores. Por todo esto es Whymper fundamental, por su inseparabilidad de las montañas; por eso también dio imagen y realidad a lo que es la sustancia del alpinismo.

Pese a ello, debemos añadir que con frecuencia no cae simpático; se dice de él que era de pocos amigos o que se le admira más de lo que se le quiere. Es una lástima, ¿será el precio de la

originalidad? Aquí está un montañismo de fuerte personalidad, no sólo un testimonio de época o un relato impersonal de una ascensión destacada o de unas vicisitudes y unos esfuerzos. La narración de las escaladas de Whymper es la misma idea, el mismo concepto del alpinismo. Son demasiadas cosas para no admirarlo y también unas cuantas para incluso quererlo.

EDUARDO MARTÍNEZ DE PISÓN

PREFACIO

En el año 1860, me disponía a abandonar Inglaterra para realizar una larga gira por Europa cuando un importante editor de Londres me pidió que hiciera para él algunos dibujos de los grandes picos alpinos. En aquel momento yo sólo había tenido un contacto literario con la escalada y ni siquiera había visto —y menos hollado— una montaña. Entre los picos que figuraban en la lista estaba Mont Pelvoux, en Dauphiné. Los dibujos del mismo estaban destinados a celebrar el triunfo de unos ingleses que pretendían realizar su ascenso. Llegaron, vieron... pero no vencieron. Por casualidad me encontré con un francés muy agradable que había participado en esa expedición, y él me animó a volver a intentarlo. Lo hicimos en 1861, acompañados por mi amigo Macdonald, y conquistamos la cima. Ésta fue la primera de mis escaladas en los Alpes.

El ascenso del Mont Pelvoux fue, en general, una escalada deliciosa. El aire de la montaña *no* actuaba como vomitivo, el cielo *no* estaba negro en vez de azul y tampoco me sentí tentado de arrojarme por los precipicios. Me dispuse a ampliar mi experiencia y fui hasta el Cervino. El Mont Pelvoux me había atraído por uno de esos misteriosos impulsos que animan a los hombres a asomarse a lo desconocido. Esta montaña ostentaba el honor de ser la más alta de Francia, lo que la hacía merecedora de atención. También se la consideraba el punto culminante de una región pintoresca de gran interés, que entonces estaba casi inexplorada. El Cervino, sin embargo, me atrajo simplemente por su grandeza. Tenía fama de ser la montaña más absolutamente inaccesible, incluso entre los montañeros más experimentados. Las continuas afirmaciones en este sentido no hicieron más que estimularme, y volví, año tras año, cada vez más decidido a encontrar la manera de ascenderla o de demostrar que realmente era inaccesible.

Una parte considerable de este libro está dedicada a la historia de estos ataques al Cervino y el resto de las excursiones descritas tienen, en general, alguna conexión, más o menos remota, con esa montaña o con el Mont Pelvoux. Todas son excursiones nuevas (es decir, realizadas por primera vez), a no ser que se indique lo contrario. Algunas se relatan muy resumidas, y ascensos o descensos completos se describen con una sola frase. De haberlos reflejado con detalle habría necesitado tres libros en lugar de uno. En general, se tratan los aspectos más sobresalientes y el resto queda a la imaginación del lector. Este método evita muchas repeticiones innecesarias.

Al intentar que el libro tenga alguna utilidad para aquellos que deseen practicar la escalada, sea en los Alpes o en otros lugares, he dado tal vez una excesiva importancia a nuestros fallos y errores, y sin duda se señalará que nuestra técnica era mala si los principios sobre los que se basaba eran buenos; o se afirmará que los principios no eran buenos si la técnica lo era. No éramos perfectos. Nuestras equivocaciones no se describen para que sean admiradas ni imitadas, sino evitadas.

Estas escaladas en los Alpes fueron excursiones de ocio, y como tal deben ser juzgadas. Se describen como una actividad deportiva, y nada más. La satisfacción que me dieron no puede ser transferida a otros. Los mejores escritores han fracasado, y creo que siempre fracasarán, en dar una verdadera idea de la grandeza de los Alpes. Las descripciones más minuciosas no hacen más

que dar la impresión de que son completamente falsas, pues aunque el lector imagine visiones magníficas, siempre serán inferiores a la realidad.

Es un placer para mí reconocer la ayuda recibida, de forma directa o indirecta, de amigos y desconocidos, tanto en mi país como en el extranjero. En primer lugar, agradezco a mis compañeros que hayan puesto a mi disposición sus dibujos y diarios. Debo mencionar especialmente a J. Longridge, T. F. Mitchell y W Cutbill por las facilidades que me dieron cuando examinaban el ferrocarril Fell en 1869. Del profesor T. G. Bonney y Robert H. Scott he recibido muchos consejos amistosos y valiosas críticas, y diversas ayudas de los señores Buden, Gastaldi y Giordano de Italia; Émile Templier y el mariscal Canrobert, de Francia, y el señor Gosset, de Berna.

Londres, junio de 1900

MI PRIMER INTENTO DE ESCALAR EL CERVINO

¡Qué enorme fuerza debe de haber sido necesaria para quebrar y eliminar las partes que faltan de esta pirámide! Porque no la vemos rodeada de montones de fragmentos. Uno sólo ve otros picos arraigados en la tierra y cuyos lados, igualmente cortados, indican una inmensa masa de piedra de la cual no encontramos huella alguna en los contornos. Sin duda, éstos son los restos que en forma de guijarros, rocas y arena llenan nuestros valles y nuestras llanuras.

DE SAUSSURE

Dos de las cumbres de los Alpes permanecían vírgenes y captaban mi admiración. Una de ellas había sido objeto de repetidos intentos infructuosos por parte de buenos montañeros. La otra, rodeada de una tradición de inaccesibilidad, apenas había sido hollada. Estas montañas eran el Weisshorn y el Cervino.

En 1861, después de visitar el gran macizo de los Alpes, pasé diez días errando por los valles vecinos con la intención de preparar el ascenso a estos dos picos. Circulaban rumores de que el primero ya había sido conquistado y que se preparaba la escalada del segundo. Estos rumores se confirmaron a mi llegada a Châtillon, a la entrada del Val Tournanche. Mi interés por el Weisshorn decayó, pero volvió a surgir con fuerza cuando supe que el profesor Tyndall estaba en Breuil y que se disponía a coronar su primera victoria con otra aún mayor.

Hasta ese momento, mis experiencias con los guías no habían sido afortunadas y me sentía indebidamente inclinado a subestimar su valía. Para mí no eran más que indicadores de caminos y grandes consumidores de carne y bebida, pero poco más, y, al recordar el episodio de Mont Pelvoux, prefería la compañía de un par de compatriotas a la de varios guías. En respuesta a nuestras solicitudes en Châtillon, se presentaron varios hombres cuyos rostros expresaban maldad, orgullo, envidia, odio y todo tipo de vicios, y todos parecían exentos de buenas cualidades. La llegada de dos caballeros con un guía a quien presentaron como la personificación de toda virtud y el hombre más indicado para el Cervino, hizo innecesario contratar a ninguno de los otros. Era un hombre de grandes proporciones y, aunque al contratarle no obtuve exactamente lo que quería, aquellos caballeros sí que lo obtuvieron porque, sin darme cuenta, asumí la responsabilidad de pagar su viaje de vuelta, lo que debió de ser un alivio para sus mentes y sus bolsillos.

Mientras ascendíamos hacia Breuil^[1], preguntamos a los conocidos por otro hombre y todos sin excepción proclamaron que Jean-Antoine Carrel, de la aldea de Val Tournanche, era el gallito del valle. Naturalmente, le buscamos y le encontramos. Era un tipo bien formado, de aspecto decidido y un aire algo desafiante que resultaba agradable. Aceptó acompañarnos y pidió veinte francos al día fuera cual fuera el resultado. Yo estuve conforme. Él añadió que también debía contratar a su compañero, porque la empresa sería imposible sin un hombre más. Al decir esto, surgió de la sombra un individuo de aspecto pérfido y se presentó como el compañero. Yo vacilé; la negociación se interrumpió y seguimos hacia Breuil. Este lugar será mencionado

frecuentemente en los próximos capítulos y desde allí se veía bien el extraordinario pico cuyo ascenso estábamos a punto de intentar.



Jean-Antoine Carrel, el competidor de Whymper por la conquista del Cervino.

Es innecesario extenderse en una descripción detallada del Cervino, después de todo lo que se ha escrito sobre esta famosa montaña. Los probables lectores de este libro sabrán que la cima del pico tiene unos 4800 metros sobre el nivel del mar y que se levanta abruptamente, mediante una serie de riscos que pueden ser apropiadamente llamados precipicios, hasta unos 1500 metros sobre los glaciares que rodean su base. Sabrán también que era el último gran pico alpino que permanecía sin conquistar, menos por la dificultad de la ascensión que por el terror que inspiraba su apariencia invencible. Parecía haber un *cordón* a su alrededor hasta el que uno podía llegar, pero no más lejos. Dentro de esa línea invisible, se suponía que existían espíritus y genios invisibles, como el Judío Errante y las almas de los condenados. Los supersticiosos habitantes de los valles contiguos (muchos de los cuales no sólo creían que era la montaña más alta de los Alpes sino del mundo entero) hablaban de una ciudad en ruinas sobre su cima, donde moraban los espíritus. Si nos reíamos, asentían gravemente y nos decían que miráramos bien para ver los castillos y los muros, y nos advertían que no nos aproximáramos demasiado porque los furiosos demonios podían vengarse de nuestras burlas desde su altura inaccesible. Tales eran las tradiciones de los nativos. Las personalidades más enérgicas sentían la influencia de la maravillosa forma y hombres que normalmente hablaban o escribían como seres racionales parecían perder el juicio y deliraban poéticamente, perdiendo por algún tiempo las formas comunes de expresión. Incluso el sobrio De Saussure se sintió entusiasmado al contemplar la montaña e, inspirado por el espectáculo, anticipó las especulaciones de posteriores geólogos con las impresionantes frases que encabezan este capítulo.

El Cervino resulta igual de imponente desde cualquier lado que se le mire. Nunca deja de parecer extraordinario y, en este sentido —y en cuanto a la impresión que provoca en los espectadores—, ocupa un lugar casi único entre las montañas. No tiene rivales en los Alpes y pocos en el mundo entero.

Los 2000 o 2500 metros de altura del pico presentan varias pendientes bien definidas y otras que no lo están tanto. La más continua es la que se dirige hacia el noreste. La cima se encuentra en el extremo superior y el pequeño pico llamado Hörnli, en el inferior. Otra pendiente pronunciada desciende desde la cumbre hasta Furggengrat, otro de sus riscos. A la pendiente situada entre ambos la llamaré «falda oriental». Una tercera pendiente, algo menos continua que las otras, desciende en dirección suroeste, y la parte de la montaña que se avista desde Breuil es la comprendida entre esta ladera y el segundo pico. Esta sección no está compuesta de una gran ladera, como la que hay entre el primer y segundo risco, sino que está rota en una serie de enormes precipicios, salpicada de zonas de nieve y sembrada de barrancas llenas también de nieve. La otra mitad de la montaña, orientada hacia el glaciar Z'Mutt, no se puede definir tan fácilmente. Hay precipicios aparentes pero no reales, hay precipicios absolutamente perpendiculares, precipicios que parecen colgar de la ladera, hay glaciares y glaciares colgantes, y hay glaciares que arrastran grandes pináculos de hielo a escarpes mayores y cuyos fragmentos, posteriormente consolidados, se convierten de nuevo en glaciar, hay aristas hendidas por los hielos que, al ser bañadas por las lluvias y fundirse, forman torres y agujas, y por doquier se oyen ruidos incesantes de actividad que

indican que las fuerzas que han estado trabajando desde el inicio del mundo siguen operando aún, reduciendo la imponente masa a átomos y propiciando su degradación.

La mayoría de los turistas tienen su primera visión de la montaña desde el valle de Zermatt o desde el de Tournanche. Desde el primer lugar, se ve la base más estrecha de la montaña y sus aristas y escarpes parecen prodigiosamente verticales. Los turistas caminan con esfuerzo valle arriba buscando con frecuencia la gran perspectiva que recompensará sus esfuerzos, sin llegar a verla (porque desde ese punto la montaña sólo se atisba desde aproximadamente un kilómetro al norte de Zermatt), cuando de pronto, al doblar un recodo rocoso del camino, surge a la vista, aunque no donde se esperaba encontrarla. Para mirarla hay que alzar la vista porque parece estar encima. Aunque ésta es la *sensación*, lo cierto es que la cima del Cervino forma un ángulo visual de menos de 16°, mientras que, desde el mismo lugar, el Dom forma un ángulo mayor, pero pasa inadvertido. Poco se puede confiar, pues, en la impresión visual si no se dispone de otras ayudas.

La vista de la montaña desde Breuil, en el Val Tournanche, es casi igual de impactante que desde el otro lado, pero normalmente impresiona menos, porque el espectador se ha ido acostumbrando a ella mientras ascendía por el valle. Desde esta dirección la montaña parece rota en una serie de masas piramidales en forma de cuñas y resulta extraordinaria por la cantidad de grandes acantilados ininterrumpidos que presenta y por la sencillez de sus contornos. Era natural suponer que se encontraría más fácilmente una ruta hacia la cima por un lado tan quebrado que por cualquier otra parte. La cara este, desde Zermatt, parecía un acantilado inaccesible desde la cima hasta la base. Los terribles precipicios orientados hacia el glaciar Z'Mutt impedían toda aproximación en esa dirección. Sólo quedaba, por tanto, el lado de Val Tournanche y, como se verá, casi todos los intentos de subir la montaña se realizaron desde ese lado.

Los primeros intentos de ascender el Cervino de los que tengo noticia fueron realizados por guías, o más bien cazadores, de Val Tournanche^[2]. Estos intentos se realizaron entre los años 1858 y 1859, desde Breuil, y el punto más alto que alcanzaron fue el lugar que hoy recibe el nombre de «La Chimenea», a unos 3900 metros de altitud. Los miembros de esas expediciones fueron Jean-Antoine Carrel, Jean-Jacques Carrel, Victor Carrel, el padre Gorret y Gabrielle Maquignaz. No he podido obtener más detalles.

El siguiente asalto fue muy notable, pero tampoco hay de él ningún relato publicado. Fue realizado por los señores Alfred, Charles y Sandbach Parker, de Liverpool, en julio de 1860. Estos caballeros, *sin guías*, intentaron asaltar la ciudadela por su lado oriental, el que antes hemos descrito como un precipicio liso e impracticable. El señor Sandbach Parker me informó de que él y sus hermanos siguieron la arista entre el Hörnli y la cumbre hasta que llegaron al punto donde la pendiente aumenta de forma considerable. Este lugar está marcado en el mapa de Suiza, confeccionado por Dufour, con la altura de 3208 metros. Entonces se vieron obligados a virar un poco hacia la izquierda, bordeando la falda de la montaña, y después giraron a la derecha y ascendieron unos 200 metros más, sin apartarse de la arista mientras les fue posible, pero en ocasiones virando hacia la izquierda, es decir, hacia la ladera lisa de la montaña. Los hermanos habían salido de Zermatt y no pernoctaron fuera. Las nubes, el fuerte viento y la falta de tiempo fueron las causas que impidieron continuar a estos valientes. El punto más alto que alcanzaron se

hallaba un poco por debajo de los 3700 metros.

El tercer intento de escalar la montaña lo efectuó hacia finales de agosto de 1860 el señor Vaughan Hawkins^[3], desde Val Tournanche. Un minucioso relato de su expedición ha sido publicado en *Vacation Tourists* y ha sido citado varias veces por el profesor Tyndall en sus numerosas contribuciones a la literatura alpina. Lo resumiré bastante.

El señor Hawkins había inspeccionado el Cervino en 1859 con el guía J. J. Bennen, y se había formado la opinión de que la arista del declive suroeste debía conducir a la cumbre. Contrató a J. Jacques Carrel, quien había participado en los primeros intentos, y acompañado por Bennen (y por el profesor Tyndall, a quien había invitado a formar parte de la expedición), se dispuso a salvar la brecha entre el pico menor y el grande^[4].

Bennen era un guía que empezaba a ser conocido. Durante la mayor parte de su breve carrera estuvo al servicio de Wellig, el patrón de la posada de Eggischhorn, y, a través de él, los turistas lo contrataban. Aunque su experiencia era limitada, había conseguido una buena reputación y su libro de certificados, que tengo ante mí^[5], muestra que era muy apreciado por quienes le empleaban. Era un hombre apuesto, con modales corteses y educados, hábil y valiente, y habría ocupado un lugar destacado entre los guías si hubiera sido más prudente. Murió miserablemente, en la primavera de 1864, no lejos de su casa, en una montaña llamada Haut de Cry, en el Valais.

El grupo del señor Hawkins, conducido por Bennen, escaló las rocas adosadas al Couloir du Lion por el sur y llegó hasta el Col du Lion, aunque no sin dificultad. Luego siguieron la arista suroeste, pasaron por el lugar al que habían llegado los primeros exploradores, «La Chimenea», y subieron unos cien metros más. El señor Hawkins y J. J. Carrel se detuvieron allí, pero Bennen y el profesor Tyndall subieron algunos metros más. Volvieron, sin embargo, media hora después, juzgando que disponían de muy poco tiempo y descendieron hasta el collado por la misma ruta por la que habían ascendido, hacia Breuil por el Couloir du Lion y no por las rocas que salvaran antes. El punto en el que se detuvo el señor Hawkins es fácilmente identificable por su descripción. Su altura es de 3962 metros sobre el nivel del mar. Creo que Bennen y Tyndall no pudieron ascender más de 15 o 20 metros en los pocos minutos que se ausentaron, porque se trata de una de las partes más difíciles de la montaña. Esta expedición, por tanto, consiguió ascender 100 o 120 metros más que la anterior.

Por lo que yo sé, el señor Hawkins no realizó otro intento, y el siguiente fue protagonizado por los señores Parker en julio de 1861. De nuevo salieron desde Zermatt, siguieron la ruta que habían recorrido el año anterior y consiguieron ascender un poco más, pero tuvieron que abandonar por falta de tiempo. Poco después, se fueron de Zermatt debido a la meteorología adversa y no renovaron sus intentos. El señor Parker dice: «No llegamos tan arriba como hubiéramos podido. En el punto donde emprendimos el regreso, veíamos un ascenso fácil de una decena de metros, pero a partir de ahí las dificultades parecían aumentar». Me han informado de que ambos intentos deben ser considerados excursiones con miras a evaluar si se podía realizar una expedición mejor preparada desde el lado noreste.

Mi guía y yo llegamos a Breuil el 28 de agosto de 1861 y descubrimos que el profesor Tyndall había estado allí un par de días antes, pero sin intentar nada. Yo había contemplado la montaña desde todos los lados y, a pesar de ser un novato, me parecía imposible escalarla en 24 horas. Mi propósito era pernoctar en ella a la mayor altura posible e intentar llegar a la cumbre al día siguiente. Queríamos encontrar a otro hombre que nos acompañara, pero no habíamos tenido éxito. Mathias zum Taugwald y otros guías conocidos estaban allí en ese momento, pero se negaron rotundamente a acompañarnos. Un hombre recio y maduro, llamado Peter Taugwalder dijo que vendría. ¿Su precio? «Doscientos francos». «¿Cómo? ¿Tanto si hacemos cumbre como si no?». «Sí... No lo haré por menos». En resumen, todos los hombres más o menos capaces mostraban una fuerte reticencia o simplemente se negaban (la reticencia era proporcional a su capacidad), o pedían un precio prohibitivo. Ésta, digámoslo de una vez, era la razón por la que se habían dado tantos fracasos en los intentos de ascender el Cervino. Los guías de primera eran conducidos uno tras otro hasta la ladera y se les intentaba animar, pero declinaban la aventura. Los que la aceptaban no ponían corazón en la empresa y volvían la espalda a la primera ocasión^[6]. Todos, salvo un hombre a quien haré referencia, estaban convencidos de que la cima era completamente inaccesible.

Decidimos ir solos y, en previsión de una fría acampada al raso, pedimos un par de mantas al posadero. Se negó a prestárnoslas con el curioso argumento de que habíamos comprado una botella de coñac en Val Tournanche y no se la habíamos comprado a él. Al parecer, su norma era que o se le compraba el coñac a él o no había mantas. Aquella noche no las precisamos, ya que la pasamos en el establo de vacas más alto del valle, con lo que ganamos una hora respecto a la distancia que tendríamos que salvar desde el hotel. Los pastores, buenas personas a las que los turistas molestaban poco, nos recibieron con alegría y se esforzaron en proporcionarnos comodidad. Trajeron sus pequeñas provisiones de comida sencilla y, mientras nos sentábamos con ellos alrededor de la gran cazuela de cobre que colgaba sobre el fuego, nos advirtieron con voz grave, aunque con buena voluntad, que nos guardáramos de los peligros de las laderas encantadas. Cuando caía la noche, vimos ascendiendo por la colina las siluetas de Jean-Antoine Carrel y su compañero.

—Hola —dije—. ¿Han cambiado de idea?

—En absoluto. Se equivoca usted.

—Entonces, ¿por qué han venido?

—Porque nosotros vamos a subir la montaña mañana.

—Entonces no veo necesario que seamos más de tres.

—Nosotros creemos que sí.

Admiré su osadía y me sentí inclinado a contratar a los dos, pero, al final, decidí no hacerlo. El compañero resultó ser el J. J. Carrel que había acompañado al señor Hawkins y era pariente del otro.

Ambos eran valientes montañeros, pero Jean-Antoine era sin duda el mejor de los dos, y el

escalador más hábil que he visto jamás. Era el único hombre que se negaba persistentemente a aceptar la derrota y que continuaba creyendo, a pesar de todas las adversidades, que la gran montaña no era inexpugnable y que podía ascenderse desde el lado de su valle natal.

La noche transcurrió sin otro incidente que la presencia de algunas pulgas, un grupo de las cuales ejecutó un animado baile sobre mi mejilla, al sonido de la música producida en el tímpano de mi oído por una de sus compañeras batiendo una brizna de paja. Los dos Carrel partieron sin hacer ruido antes de despuntar el alba. Nosotros no salimos hasta casi las siete y les seguimos lentamente, dejando todas nuestras pertenencias en el establo. Cruzamos las laderas de genciana que se extienden entre el establo y el glaciar du Lion, dejamos atrás las vacas y sus pastos y, atravesando yermos pedregosos, llegamos al hielo. Había viejos lechos de nieve endurecida en su flanco derecho (nuestro lado izquierdo) y sobre ellos alcanzamos fácilmente la parte inferior del glaciar. Pero, a medida que ascendíamos, aumentaban las grietas y al final tuvimos que detenernos por nuestra limitada capacidad para rodearlas. Buscamos una ruta más fácil y nos volvimos, naturalmente, hacia las rocas más bajas de la Tête du Lion, que dominan el glaciar por el oeste. Una buena escalada nos llevó rápidamente hasta la cresta del risco que desciende hacia el sur. Desde allí hasta la altura del Col du Lion había una larga escalera natural, sobre la que apenas se hacía necesario emplear las manos. Llamé a aquel lugar «La Gran Escalera». Después, había que bordear los precipicios de la Tête du Lion, que se yerguen sobre el *couloir*. Esta zona varía considerablemente según las estaciones. En 1861 la encontramos dificultosa, porque la suave meteorología de aquel año había reducido los lechos de nieve rebajando su nivel y las rocas que quedaban expuestas en la línea de unión con la nieve presentaban pocos salientes y hendiduras a los que pudiéramos agarrarnos. Pero, hacia las diez y media, llegábamos al collado y contemplábamos la inmensa cuenca desde la que fluye el glaciar Z'Mutt. Decidimos pasar la noche en el collado, porque nos encantaba su situación, aunque no convenía tomarse demasiadas libertades allí. A un lado, una empinada pared dominaba el glaciar Tiefenmatten. Al otro, empinadas laderas de nieve endurecida caían hacia el glaciar du Lion, surcadas por cursos de agua y piedras desprendidas. Hacia el norte, se levantaba el gran pico del Cervino y, hacia el sur, los precipicios de la Tête du Lion. Arrojamus una botella al Tiefenmatten y el sonido tardó más de doce segundos en volver a nosotros.

¡... qué espantoso

y vertiginoso es dirigir la mirada a tal profundidad!

Pero de aquel lado no podía venirnos mal alguno. Ni del otro. Tampoco era probable que viniera de la Tête du Lion, ya que algunos salientes cubrían convenientemente el lugar donde nos proponíamos descansar. Esperamos un tiempo, disfrutando del sol, y veíamos y oíamos de vez en cuando a los Carrel que trepaban sobre nosotros por la arista que conducía a la cumbre. Al mediodía, bajamos al establo, recogimos nuestra tienda y otras pertenencias y volvimos al collado, aunque muy cargados, antes de las seis en punto. Esta tienda estaba diseñada según un modelo poco afortunado sugerido por Francis Galton. Parecía muy bonita expuesta en Londres,

pero era completamente inútil en los Alpes. Estaba hecha de lona ligera y se abría como un libro. Uno de sus extremos estaba cerrado permanentemente y el otro tenía una cortina; se sujetaba con dos bastones de alpinista y los costados largos se doblaban hacia el interior. Los bordes inferiores presentaban numerosas cuerdas cosidas, pero su mayor solidez procedía de una cuerda que pasaba bajo la parte superior y unas anillas de hierro cosidas en el extremo de los bastones y afirmadas por medio de clavijas. El viento que circulaba alegremente por los precipicios cercanos entraba por nuestra brecha como por una flauta, abría las cortinas, desplazaba las clavijas y hacía que la tienda estuviera tan dispuesta a volar a lo alto del Dent Blanche que nos pareció prudente plegarla y sentarnos encima. Cuando llegó la noche, nos envolvimos en ella y nos acomodamos cuanto era posible en esas circunstancias. El silencio era impresionante. No había ni un ser viviente en la proximidad de nuestro solitario campamento. Los Carrel habían regresado y ya no les oíamos. Las piedras habían dejado de caer y las gotas de agua de murmurar...

*La música, de labios líquidos
había sido nuestra compañera,
llegando en nuestra vida solitaria
a tener una voz casi humana.^[7]*

El frío era espantoso. El agua se heló en una botella bajo mi cabeza. No era nada sorprendente, pues nos encontrábamos sobre la nieve y en una situación donde se notaba instantáneamente la menor ráfaga de viento. Dormitamos un rato, pero hacia la medianoche se oyó en lo alto una tremenda explosión seguida por un segundo de calma total. Una gran masa de piedra se había roto y caía hacia nosotros. Mi guía se levantó, se retorció las manos y exclamó: «¡Dios mío, estamos perdidos!». La oímos acercarse, masa tras masa cayendo por los precipicios, rebotando de una ladera a otra y las grandes rocas despedazándose entre sí. Parecían cerca, aunque probablemente estaban lejos, pero algunos pequeños fragmentos cayeron al mismo tiempo desde los salientes situados sobre nosotros, aumentando nuestra alarma, y mi desmoralizado compañero pasó el resto de la noche temblando y musitando «terrible» y otros adjetivos.

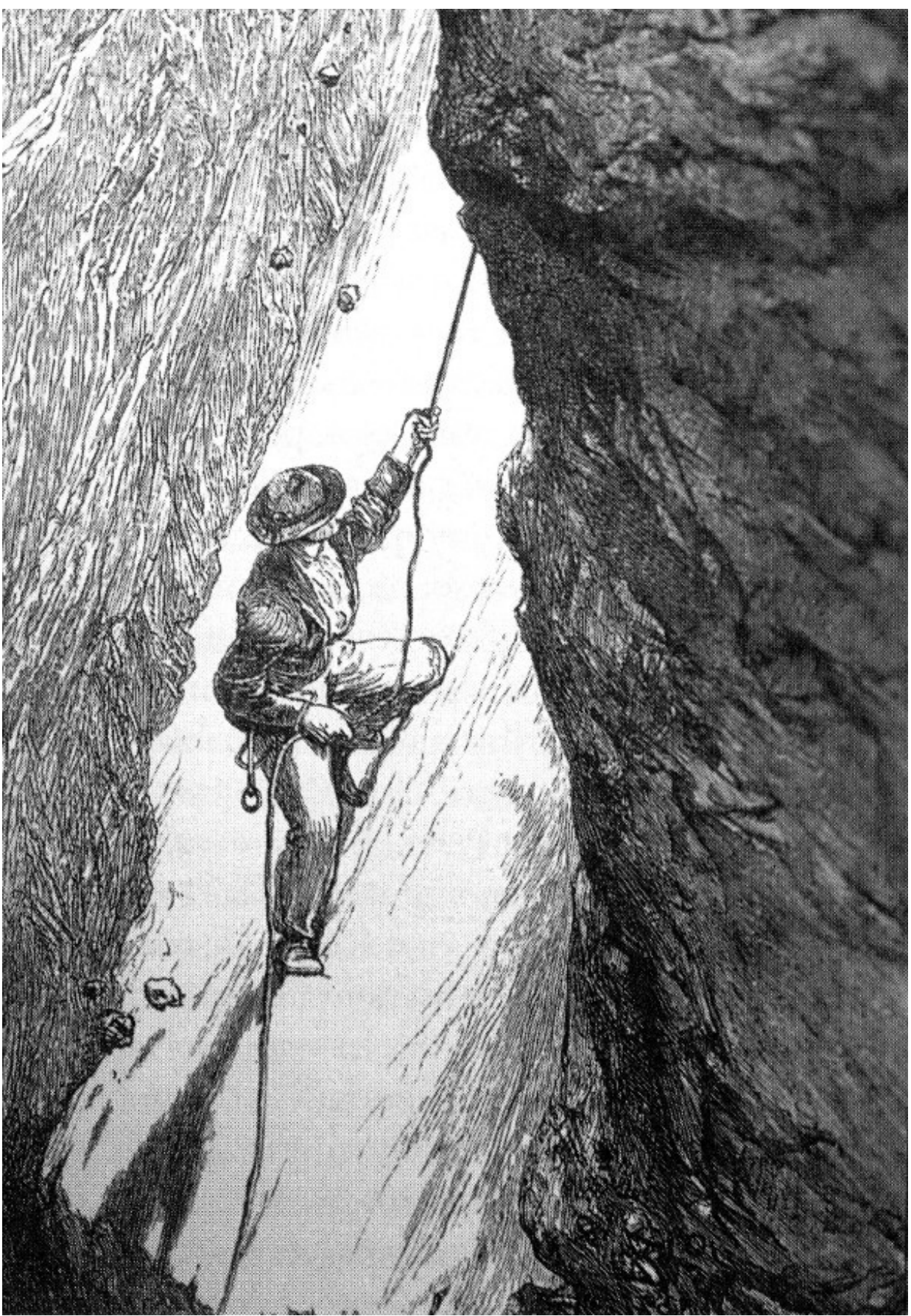
Al despuntar el día nos pusimos en marcha y comenzamos el ascenso de la arista suroeste. Se había acabado el andar con las manos en los bolsillos. Cada paso había que ganarlo mediante escalada. Pero era una escalada agradable. Las rocas eran firmes y sin fragmentos, las hendiduras buenas, aunque no numerosas, y no había que temer más que a nosotros mismos. Al menos, así pensábamos, y gritamos para despertar ecos en los precipicios. La respuesta tardó en llegar, aquí todo tiene una escala superlativa. Después de contar hasta doce, regresaba el eco desde las paredes de Dent d'Hérens a kilómetros de distancia, en oleadas de sonido puro, impoluto, suave musical y dulce.

Nos detuvimos un momento a contemplar la vista. Dominábamos la Tête du Lion y nada se interponía entre nosotros, salvo el Dent d'Hérens, cuya cima estaba todavía a unos trescientos metros por encima nosotros. Las cumbres de los Alpes Graianos se veían en la distancia como un océano de montañas gobernado por tres grandes picos: el Grivola, el Grand Paradis y la Tour du

Grand Saint-Pierre. ¡Cuán suaves y sin embargo rotundos aparecían a primera hora de la mañana! La niebla de mediodía no había empezado a formarse y nada quedaba velado. Incluso el agudo Viso, a cincuenta kilómetros de distancia, quedaba perfectamente definido.

Volviendo la mirada hacia el este, llegaban los incipientes rayos del sol sobre los neveros de Monte Rosa. Incluso las zonas en sombra, radiantes de luz reflejada, eran más brillantes de lo que cualquier descripción humana pueda sugerir. Las suaves ondulaciones presentaban sombras dentro de las sombras y donde las piedras desprendidas o el hielo dejaban su marca, había sombras sobre sombras, cada una con un lado luminoso y otro oscuro, e infinitas gradaciones de incomparable delicadeza. El sol ascendía silenciosamente revelando infinitud de formas insospechadas: delicadas ondulaciones que señalaban grietas ocultas y ondas de nieve movediza que producían a cada momento nuevas luces y sombras, refulgiendo en los bordes y centelleando en los extremos de los carámbanos, brillando en las alturas e iluminando las profundidades hasta que todo resplandecía y el ojo deslumbrado buscaba reposo en los riscos sombríos.

Apenas una hora después de salir del Col du Lion alcanzamos La Chimenea. Era un lugar formado por una roca lisa que se extendía en ángulo considerable entre dos paredes de roca, igualmente lisas^[8]. Mi compañero intentó subir y, después de retorcer su largo cuerpo en muchas posiciones ridículas, anunció que no seguiría porque no podía hacerlo. Con algún esfuerzo logré subir sin ayuda y, luego, mi guía se ató al otro extremo de la cuerda para que yo intentara subirle. Pero se mostró tan torpe y poco voluntarioso que me fue imposible y, después de varios intentos, se desató y dijo con toda tranquilidad que iba a descender. Le dije que era un cobarde y él, a su vez, expresó la opinión que yo le merecía. Le dije que volviera a Breuil a decir que me había abandonado en la montaña y él se giró, dispuesto a irse. Entonces tuve que pedirle humildemente que volviera, porque, aunque no era muy difícil seguir subiendo, y poco peligroso con un hombre debajo, otra cosa era bajar, ya que el borde, inferior tenía un aspecto amenazador.



La Chimenea, en la arista suroeste del Cervino.

El día era perfecto, el sol derramaba su agradable calidez. El camino parecía despejado y no había obstáculos insuperables a la vista, pero ¿qué podía hacer uno solo? Permanecí allí, enfurecido ante el inesperado contratiempo y sin terminar de decidirme. Pero, al comprender que La Chimenea era barrida más frecuentemente de lo apetecible (era un canal natural de caída de rocas) me volví al final con la ayuda de mi compañero y regresé con él a Breuil, donde llegamos hacia el mediodía.

Los Carrel no aparecieron. Nos dijeron que no habían alcanzado una gran altura^[9] y que el «camarada», tras quitarse los zapatos y atarlos a la cintura por comodidad, había perdido uno de ellos, y había tenido que descender con una cuerda enrollada sobre el pie desnudo. A pesar de ello, habían bajado valientemente por el Couloir du Lion y J. J. Carrel hubo de envolverse el pie con un pañuelo.

El Cervino no sufrió ningún intento más en 1861. Me marché de Breuil con el convencimiento de que era inútil para una sola persona intentar un ataque, por la gran influencia que la montaña ejercía sobre la moral de los guías, y persuadido de la conveniencia de llevar al menos dos, para que se apoyaran el uno al otro cuando fuera necesario. Me separé de mi guía^[10] en el Col Théodule, con más anhelos que antes de realizar la ascensión y decidido a regresar, si era posible, con un compañero, para asaltar la montaña hasta que uno de los dos fuera vencido.



NUEVOS INTENTOS DE ASCENDER AL CERVINO

*Hay una lección que debes aprender:
inténtalo, inténtalo, inténtalo otra vez.
Si no consiguieras tener éxito,
inténtalo, inténtalo, inténtalo otra vez.
Entonces mostrarás tu valor,
porque si perseveras,
vencerás, no temas.
Inténtalo, inténtalo, inténtalo otra vez.*

HICKSON

A principios del año 1862, el Cervino, ataviado con su manto invernal, se asemejaba muy poco al Cervino del verano. Entonces llegó una nueva fuerza y quiso presentar batalla a la montaña desde otra dirección. T. S. Kennedy, de Leeds, concibió la extraordinaria idea de que el pico podría ser menos inexpugnable en enero que en junio, y llegó a Zermatt en el primer mes para poner a prueba su hipótesis. En compañía del robusto Peter Perrn y el recio Peter Taugwalder, durmió en la pequeña capilla del Schwarzsee y, a la mañana siguiente, como los Parker, siguió el escarpe entre el pico llamado Hörnli y la gran montaña. Pero se encontraron con que la nieve del invierno seguía las leyes ordinarias y que el viento y el frío no eran más suaves que en verano. «El viento lanzaba la nieve y las partículas de hielo como agujas sobre nuestra cara, y pedazos planos de hielo de treinta centímetros de diámetro, arrastrados por el glaciar, pasaban volando. Sin embargo, nadie quería ser el primero en rendirse hasta que una ráfaga más fiera que las otras nos obligó a refugiarnos tras una roca. Inmediatamente comprendimos tácitamente que la expedición debía terminar, pero decidimos dejar un recuerdo de nuestra visita y, tras descender una considerable distancia, encontramos un lugar adecuado con piedras sueltas con las que levantar un hito. En media hora construimos una torre de unos dos metros de alto. Colocamos una botella con la fecha en su interior y nos retiramos lo más rápidamente posible^[11]». Este hito fue erigido en el lugar donde el mapa Dufour de Suiza señala 3289 metros de altura e imagino que el lugar más alto alcanzado por Kennedy no debió de estar a más de sesenta o noventa metros por encima.

Poco después, el profesor Tyndall dio en su pequeño tratado *Mountaineering in 1861* las razones por las que abandonó Breuil en agosto de 1861 sin intentar nada. Al parecer, había enviado a su guía, Bennen, a reconocer el terreno y éste le dio el siguiente informe: «Señor, he examinado cuidadosamente la montaña y la encuentro más peligrosa de lo que había imaginado. No hay lugar sobre ella donde poder pasar la noche. Podríamos hacerlo en el collado, sobre la nieve, pero nos helaríamos casi por completo y quedaríamos incapacitados para el esfuerzo del día siguiente. Sobre las rocas no hay grietas o rebordes que sirvan de refugio y, saliendo de Breuil, es imposible alcanzar la cima en un solo día». «Este informe —cuenta Tyndall— me desanimó por completo. Me sentía como un hombre que hubiera perdido pie y se sintiera caer por el aire...».

Bennen estaba claramente en contra de intentar nada en la montaña. «En todo caso», observé, «podríamos alcanzar la más baja de las dos cumbres». «Incluso eso es difícil», replicó él, «pero cuando la hayamos alcanzado, ¿qué? Ese pico no tiene nombre ni fama^[12]».

Debo decir que me causó más sorpresa que desánimo el informe de Bennen. Sabía que la mitad de sus aseveraciones eran falsas. El collado al que se refería era el Col du Lion, en el que habíamos pernoctado unos días después de que él lo desaconsejara. Y yo había visto un lugar, un poco por debajo de La Chimenea, a unos 150 metros sobre el collado, donde parecía posible instalar un vivac. Las opiniones de Bennen parecen haber sufrido un drástico cambio. En 1860 se le describe como entusiasta del intento y en 1861 estaba totalmente en contra. Sin dejarse desalentar por estas apreciaciones, mi amigo Reginald Macdonald, nuestro compañero en Mont Pelvoux y a quien se debía en gran parte nuestro éxito, aceptó acompañarme en un nuevo asalto desde el sur, y aunque no conseguimos a Melchior Anderegg y otros guías famosos, contratamos a dos hombres reconocidos, Johann zum Taugwald y Johann Kronig, de Zermatt. Nos reunimos en aquel lugar a principios de julio, pero el tiempo tormentoso nos impidió pasar al otro lado de las montañas y, cuando el día 5 por fin cruzamos el Col Théodule, el tiempo se mostraba muy inestable, lloviendo en los valles y nevando en las montañas. Poco después de alcanzar la cima nos sentimos muy inquietos al oír misteriosos sonidos que, a veces, parecían como una súbita ráfaga de viento que barrera la nieve y otras, casi como el chasquido de un látigo. Sin embargo la nieve no mostraba signos de movimiento y el aire estaba perfectamente en calma. Las densas y negras nubes de tormenta nos hicieron temer que nuestros cuerpos pudieran servir de pararrayos y nos alegramos al alcanzar el refugio de la posada de Breuil sin haber sido sometidos a tal experiencia^[13].

Necesitábamos un porteador y, siguiendo el consejo del posadero, bajamos a los chalés de Breuil en busca de un hombre llamado Luc Meynet. Su casa era una cabaña llena de utensilios para hacer queso y habitada sólo por varios niños de ojos brillantes y, como nos dijeron que el tío Luc volvería pronto, nos sentamos a la puerta para esperarle. Por fin apareció una figura por detrás de un grupo de pinos que hay al pie de Breuil y los niños aplaudieron y dejaron los juguetes para salir corriendo hacia él. Vimos una forma humana poco agraciada que se agachaba para besar a los pequeños en ambas mejillas y subirlos a los serones vacíos que pendían de la mula. Llegó cantando, como si éste no fuera un valle de lágrimas y, sin embargo, el rostro del pequeño Luc Meynet, el jorobado de Breuil, presentaba huellas de preocupación y tristeza, y había un tono melancólico en su voz cuando dijo que debía cuidar de los hijos de su hermano. Al final, sin embargo, se vencieron todos los obstáculos y aceptó acompañarnos para llevar la tienda.



Luc Meynet, el leal jorobado.

Durante el invierno anterior me había estado interesando por las tiendas de campaña y la que llevábamos era el resultado de ciertos experimentos que trataban de diseñar una que fuera suficientemente transportable en las zonas más difíciles y que combinara ligereza y estabilidad. Su base tenía menos de dos metros cuadrados y, perpendicular a su longitud, tenía un corte transversal que formaba un triángulo equilátero de 1,8 metros de lado. La tienda estaba prevista para cuatro personas. Se sujetaba mediante cuatro palos de fresno de dos metros de longitud y tres centímetros de grosor que, en los extremos, sólo tenía dos centímetros y medio. Las puntas eran de hierro. El orden de montaje de la tienda era el siguiente: a unos once centímetros del extremo de cada palo había agujeros destinados a insertar dos anillas de hierro de siete centímetros de diámetro y seis milímetros de grosor. Una vez insertadas las anillas, se plantaban los palos y se fijaban mediante una cuerda para darles su dimensión adecuada. Luego se colocaba el techo. Éste estaba confeccionado con una tosca y oscura pieza de algodón que se puede obtener en anchuras de 1,83 metros y que continuaba unos sesenta centímetros en el suelo a cada lado. La anchura del material era la longitud de la tienda, lo que evitaba las costuras en el techo. La tela estaba cosida alrededor de cada palo, evitando cuidadosamente las arrugas para obtener la tensión del conjunto. Luego se ponía el suelo, cosido a la tela. Éste era de hule corriente, de unos 2,75 metros cuadrados de superficie, y los 90 centímetros sobrantes se elevaban paralelos a ambos lados de la tienda para impedir corrientes. De ellos, 60 se aplicaban a un lado y 30 al otro, puesto que así bastaba para proteger la zona que ocupaban los pies. Uno de los extremos se cerraba permanentemente mediante una pieza triangular, cosida a la tela ya fijada. La otra quedaba abierta y tenía dos telas triangulares superpuestas y que se podían cerrar por el interior mediante cordeles. Por último, la tela se fijaba a los palos para impedir que la tienda se deformara. La misma cuerda que usábamos para escalar servía para la tienda. Pasaba bajo los palos cruzados y el bajo el borde del techo y sus dos extremos se aseguraban con rocas. Una tienda así costaba cuatro guineas y su peso es de unos doce kilos, o incluso menos, si se emplea el algodón más ligero. Una vez doblada, Meynet podía transportarla fácilmente a la espalda y podía ser montada por dos personas en tres minutos, cuestión muy importante cuando el tiempo es muy frío.

Esta tienda está diseñada y adaptada para acampada a gran altitud o en climas fríos. No pretende ser perfectamente impermeable, pero puede serlo añadiendo paredes de hule, lo que sólo aumenta su peso en un kilo y medio. Por tanto, sirve para uso general^[14]. Nótese que el modelo de esta tienda es idéntico en todos sus aspectos esenciales al que adoptó sir Leopold M'Clintock (después de muchas experiencias) para el Ártico, y el uso frecuente que le han dado diversas personas ha demostrado que se trata de un diseño a la vez práctico y sólido.

El domingo 6 de julio llovió y nevó sobre el Cervino, a pesar de lo cual partimos al día siguiente con nuestros tres acompañantes y seguimos mi ruta del año anterior. Se me pidió que yo fuera delante, ya que era el único que había estado antes en la montaña. Pero no fui muy hábil en esa ocasión y conduje a mis compañeros casi hasta lo alto de la Tête du Lion antes de descubrir el

error. El grupo se molestó conmigo. Exploramos un poco hacia la derecha y vimos que estábamos en lo alto de un precipicio que domina el Col du Lion. La parte superior del pequeño pico es muy distinta a la de la parte inferior. Las rocas no son tan firmes y suelen estar cubiertas o entremezcladas con nieve y hielo. La pendiente también es más acusada. Mientras descendíamos un pequeño nevero para volver a la ruta correcta, Kronig resbaló en una placa de hielo y empezó a caer a gran velocidad. Afortunadamente se mantuvo en pie y mediante un gran esfuerzo consiguió detenerse justo antes de llegar a unas rocas que sobresalían de la nieve y que le habrían hecho salir despedido hacia el vacío. Cuando, unos minutos después, llegamos hasta él, vimos que era incapaz de mantenerse en pie y, además, no podía moverse. Su semblante parecía cadavérico y estaba preso de un violento temblor. Permaneció en este estado durante más de una hora y, en consecuencia, el día había avanzado mucho cuando llegamos al collado donde pensábamos acampar. Recordando nuestra experiencia del año anterior, no plantamos la tienda sobre la nieve, sino que reunimos piedras sueltas en los rebordes vecinos y construimos una tosca plataforma que luego nivelamos con fango y tierra.

Meynet demostró ser muy valioso como porteador de la tienda. Aunque sus piernas eran más pintorescas que simétricas, y aunque parecía no tener dos partes iguales, su propia deformidad resultó útil y pronto descubrimos que tenía un espíritu peculiar y que pocos campesinos eran compañeros más agradables o mejores escaladores que el pequeño Luc Meynet, el jorobado de Breuil. También acreditó buenas cualidades como aprovechador de desperdicios y pedía humildemente los restos de carne que dejaban los demás o los huevos de aspecto dudoso, y parecía considerar un favor especial, si no un verdadero agasajo, apurar los posos del café. Con el mayor contento ocupó el peor puesto a la entrada de la tienda y realizó todos los trabajos sucios que le encomendaban los guías, mostrándose tan agradecido como un perro que, después de ser apaleado, recibe una caricia.

Por la noche se levantó un fuerte viento desde el este y al amanecer se había convertido casi en un huracán. La tienda resistía noblemente y permanecimos en su interior durante varias horas después de la salida del sol sin saber qué convenía hacer. Un rato de calma nos animó a movernos, pero apenas habíamos ascendido unos treinta metros cuando la tormenta se desató sobre nosotros con renovada furia. Era imposible avanzar o retroceder. Las piedras sueltas volaban fuera de la pendiente y todos nos asíamos con fuerza cuando veíamos caer piedras del tamaño de un puño. No nos atrevíamos a incorporarnos y permanecíamos a gatas, pegados, por así decirlo, a las rocas. El frío era intenso porque la tormenta había barrido la cordillera principal de los Alpes Peninos y los grandes neveros que rodean el Monte Rosa. Nuestro calor y arrojo se evaporaron rápidamente y en la siguiente tregua del vendaval nos retiramos a la tienda, incluso tuvimos que detenernos varias veces en esa corta distancia. Taugwald y Kronig declararon entonces que ya tenían bastante y se negaron a seguir en la montaña. Meynet nos informó también de que su presencia era necesaria abajo al día siguiente para importantes operaciones en la elaboración de queso. Se hacía por tanto necesario volver a Breuil y llegamos allí a las dos y media de la tarde, muy disgustados ante nuestra completa derrota.

Jean-Antoine Carrel, atraído por los rumores, se había acercado a la posada durante nuestra

ausencia y, tras algunas negociaciones, aceptó acompañarnos con uno de sus amigos, llamado Pession, el primer día que amaneciera despejado. Nos consideramos afortunados, porque Carrel consideraba claramente la montaña como un coto privado y consideraba nuestro último intento como la acción de unos furtivos. El viento fue amainando durante la noche y nos pusimos de nuevo en marcha con estos dos hombres y un portador a las ocho de la mañana del día 9, con un tiempo muy apacible. Carrel nos complació sugiriendo que deberíamos acampar incluso a más altura que antes y seguimos sin descansar en el collado, hasta que coronamos la Tête du Lion. Cerca de la base de La Chimenea, un poco por debajo de la cresta del lomo de la montaña y en su cara oriental, encontramos un lugar protegido y, entre roca y roca, construimos (bajo la dirección de nuestro jefe, que entonces era albañil) una plataforma de tamaño suficiente y considerable solidez. Se situaba a 3828 metros sobre el nivel del mar y creo que sigue existiendo en la actualidad^[15]. Luego seguimos adelante, ya que hacía muy buen tiempo y, tras una corta escalada de una hora, llegamos al pie de la Grand Tour, (es decir, el máximo punto de altura alcanzado por Hawkins), y después volvimos a nuestro campamento. Nos levantamos a las cuatro de la madrugada y a las cinco y cuarto comenzamos una vez más la ascensión, con buen tiempo y una temperatura de 28 grados. Carrel escaló La Chimenea seguido por Macdonald y por mí. Luego le llegó el turno a Pession, pero, cuando llegó arriba, parecía muy enfermo, se declaró incapaz de seguir y dijo que tenía que volver. Esperamos un rato, pero ni mejoró ni pudimos averiguar la naturaleza de su mal. Carrel se negó en redondo a acompañarnos solo. Nos hallábamos desamparados. Macdonald, siempre animoso, propuso que continuáramos hasta donde pudiéramos sin ellos, pero al final se impuso la sensatez y volvimos juntos a Breuil. Al día siguiente mi amigo partió hacia Londres.

Tres veces había intentado el ascenso de esta montaña y en cada ocasión había fracasado ignominiosamente. No había avanzado ni un metro más que mis predecesores. Hasta la altura de casi 3950 metros no había dificultades extraordinarias. El camino hasta allí podía ser considerado casi «una diversión». Sólo quedaban otros 550 metros, pero seguían vírgenes y podían presentar obstáculos formidables. Ningún hombre podía confiar en escalarlos en solitario. Una roca perpendicular de sólo dos metros de altura podría derrotarle. Un paso semejante sería factible para dos hombres y una bagatela para tres. Era evidente que el grupo debía constar de tres hombres por lo menos. ¿Pero dónde se podían conseguir los otros dos? Carrel era el único que mostraba entusiasmo por la empresa y él, en 1861, se había negado a intentarla a menos que el grupo constara de *cuatro* personas al menos. La dificultad estaba en la falta de hombres, no en la montaña.

El tiempo empeoró de nuevo, así que fui a Zermatt para intentar encontrar un hombre y permanecí allí durante una semana de tormentas^[16]. Sin embargo, no logré convencer a ninguno de los hombres de valía y regresé a Breuil el día 17, confiando en combinar el talento de Carrel y la voluntad de Meynet en un nuevo intento por la misma ruta que antes, ya que la parte superior de la ladera nordeste, que yo había inspeccionado mientras tanto, parecía completamente impracticable. Ambos hombres se mostraron dispuestos, pero sus ocupaciones ordinarias les

impedían partir de inmediato^[17].

Mi tienda había quedado enrollada en la segunda plataforma y, mientras esperaba a los hombres, se me ocurrió que aquel valioso campamento podría haber «volado» durante las últimas tormentas, así que el día 18 emprendí la marcha para cerciorarme. El camino ya me era familiar y ascendí rápidamente, asombrando a los amistosos pastores que me saludaban extrañados mientras pasaba entre ellos y sus reses, ya que iba solo. Pero se hizo necesaria más prudencia una vez dejados atrás los pastos e iniciada la escalada, ya que era necesario señalar cada paso, por si se levantaba la niebla o me sorprendía la noche. Una de las pocas cosas que se pueden decir a favor del montañismo en solitario (una práctica que tiene pocos aspectos recomendables) es que despierta las facultades de un hombre y aumenta su capacidad de observación. Cuando uno no dispone de otros brazos que le ayuden y sólo puede guiarse por su propia cabeza, debe fijarse en todos los detalles, porque no puede permitirse un error. Así me ocurrió, en mi escalada solitaria, cuando superé la línea de nieve y el límite ordinario de las plantas con flor: al observar ángulos y señales, mis ojos se posaban en diminutas plantas —a veces de una sola flor y un solo tallo—, pioneras de la vegetación, átomos de vida en un mundo desolado, que habían encontrado la manera de subir desde muy abajo y que obtenían su sustento del suelo desnudo, en hendiduras protegidas. Mi interés por las bien conocidas rocas se renovaba al ver la lucha denodada de las plantas supervivientes por ascender la montaña, pues muchas debieron perecer en el intento. Había, por supuesto, gencianas, seguidas de cerca por saxífragas y por la *Linaria alpina*, pero a todas aventajaba la *Thlaspi rotundifolium*, que era la que crecía a mayor altura, aunque también ella se veía superada por una florecilla blanca que no conocía y que no logré alcanzar^[18].

La tienda estaba en su sitio, aunque cubierta por la nieve y me volví para contemplar el paisaje, que, visto en calma y soledad, tenía toda la fuerza y el encanto de una novedad absoluta. Los picos más altos de la cordillera Penina estaban ante mí: el Breithorn (4184 metros), el Lyskamm (4538) y el Monte Rosa (4638). Hacia la derecha aparecía todo el bloque de montañas que separaba Val Tournanche de Val d’Ayas, con su punto culminante, el Grand Tournalin (3400 metros). Detrás se veían las sierras que separan el Val d’Ayas del Val de Gressoney, y al fondo había cumbres más altas aún. Más hacia la derecha, la mirada se perdía por todo el Val Tournanche y descansaba después sobre los Alpes Graianos con sus innumerables picos y sobre la aislada pirámide de Monte Viso (3480 metros) en lontananza. Todavía más hacia la derecha aparecían las montañas entre el Val Tournanche y el Val Barthélemy. El Monte Rosa (una cumbre redondeada y nevada que parece tan importante desde Breuil y que, en realidad, sólo es parte de otra montaña más alta: Château des Dames) apenas llamaba la atención y la mirada pasaba por encima y se fijaba en el Becca Salle (o, como aparece en el mapa, Bec de Sale), un Cervino en miniatura, y sobre otras cumbres más importantes. Luego, la gran mole del Dent d’Hérens (4180 metros) cerraba el paso, una noble montaña cuyas laderas meridionales contienen enormes glaciares colgantes que se desmoronaban en inmensos fragmentos sobre el glaciar Tiefenmatten. Y, por último, el más espléndido de todos, el Dent Blanche (4634 metros), recortado sobre la cuenca del gran helero de Z’Mutt. Una vista así apenas tiene parangón en los Alpes, y muy pocas

veces puede contemplarse como yo la veía, perfectamente despejada^[19].

El tiempo pasó sin que yo me diera cuenta y los pajaritos que habían construido sus nidos en las grietas vecinas empezaban a emitir sus gorjeos vespertinos cuando pensé en regresar. Casi mecánicamente me volví a la tienda, la desplegué y la monté. Contenía comida suficiente para varios días y decidí quedarme a pasar la noche. Había salido de Breuil sin provisiones y sin decirle a Favre, el posadero, adónde iba. Contemplé de nuevo el panorama. El sol se estaba poniendo y sus rayos rosados, fundiéndose con el azul de la nieve, producían pálidos y puros tonos violetas que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Los valles se inundaban de púrpura mientras las cumbres brillaban con insólito esplendor. Mientras permanecía sentado a la entrada de la tienda y contemplaba el paso del crepúsculo a la oscuridad, la tierra pareció hacerse menos terrenal y casi sublime. El mundo parecía muerto y yo era su único habitante. Luego la luna iluminó de nuevo las montañas y, mediante una discreta supresión de detalles, la vista se hizo aún más magnífica. Hacia el sur, algo flotaba en el aire como una luciérnaga. Era demasiado grande para ser una estrella y demasiado fijo para ser un meteoro, y pasó algún tiempo antes de caer en la cuenta de que era el fulgor de la luna brillando sobre la gran ladera norte de Monte Viso, a unos 150 kilómetros de distancia en línea recta. Por fin, temblando de frío, entré en la tienda y preparé café. La noche transcurrió apaciblemente y a la mañana siguiente, tentado por el buen tiempo, subí aún más en busca de otro lugar para acampar.

La escalada en solitario durante un largo trecho me había enseñado que un individuo aislado está sujeto a muchas dificultades que no son tales para un grupo de dos o tres hombres, y que las desventajas de estar solo son más evidentes en el descenso que en el ascenso. Para neutralizar estos inconvenientes diseñé dos recursos que puse en práctica por primera vez. Uno era una especie de grapa o garfio de acero de unos once centímetros de longitud y medio centímetro de grosor. Resultaba útil en pasos difíciles donde no había asidero al alcance del brazo pero sí hendiduras o salientes algo más arriba. El garfio podía fijarse al extremo del piolet y con él tanteaba hasta engancharlo en algún lugar. Los bordes que entraban en contacto con las rocas eran dentados para facilitar el agarre, y en el otro lado tenía una anilla a la que ataba una cuerda. Esto no servía para escalar un tramo largo, pero sí para ascender unos pocos metros cada vez. Al descender, sin embargo, podía usarse con prudencia para tramos más largos, ya que el garfio podía clavarse más firmemente, pero era necesario mantener tensa la cuerda y tirar constantemente hacia abajo porque, en caso contrario, se habría desprendido fácilmente. El segundo invento era simplemente una modificación de un truco empleado por todos los escaladores. A menudo es necesario que el escalador solitario (o el último de una cordada durante un descenso) haga un nudo de ojal en el extremo de la cuerda, la pase sobre las rocas y descienda sujetando el extremo libre. Luego se da un tirón y se puede repetir la operación. Pero a veces ocurre que no hay rocas a mano que permitan esto y hay que recurrir a un nudo corredizo, de modo que no es posible soltar la cuerda y hay que abandonarla. Para evitarlo, sujeté una anilla de cinco centímetros de diámetro y nueve milímetros de grueso al extremo de la cuerda. Pasando el otro extremo de la cuerda por esta anilla se formaba el lazo que se deslizaba hacia arriba y se sujetaba firmemente mientras yo descendía agarrando el extremo libre. De la anilla pendía también un fuerte bramante. Al llegar

abajo tiraba de él y la anilla se deslizaba quedando libre. Mediante estos dos simples procedimientos pude subir y bajar rocas que de otro modo habrían sido completamente infranqueables. El peso de ambos objetos no llegaba al cuarto de kilo.

He mencionado que las rocas de la arista suroeste no son difíciles durante un trecho a partir del Col du Lion. Esto es cierto hasta el nivel de La Chimenea^[20], pero después la pendiente se hace mayor y lisa, con pocas fracturas, y presenta unos pequeños escalones especialmente inseguros cuando están cubiertos de hielo. En este punto (justo encima de La Chimenea) el escalador se ve obligado a seguir el lado meridional de la pendiente (el de Breuil), pero unos pocos metros más arriba tiene que volver al lado septentrional (el de Z'Mutt), donde casi todos los años la naturaleza cubre amablemente de nieve la ladera. Una vez superada, se puede volver a la cresta y seguirla sobre rocas fáciles hasta la base de la Grand Tour. Éste fue el punto más alto alcanzado por Hawkins en 1860 y también por nosotros el 9 de julio.

Esta Gran Tour es uno de los accidentes más espectaculares de la ladera. Surge como un torreón en la esquina de un castillo. Tras ella, una especie de muro con almenas conduce hasta la ciudadela. Vista desde el Col Théodule, parece un pináculo insignificante, pero a medida que uno se aproxima parece ganar en altura, y cuando uno se encuentra en su base, oculta por completo la parte superior de la montaña. Encontré ahí un lugar adecuado para la tienda, que, aunque no tan bien protegido como la segunda plataforma, tenía la ventaja de estar cien metros más alto, y, fascinado por los riscos y animado por el buen tiempo, seguí para ver qué había más allá.

El primer paso fue difícil. La arista disminuía su anchura hasta lo imposible. Era difícil mantener el equilibrio y, precisamente donde la arista era más estrecha, una masa perpendicular de rocas obstruía el paso. No había al alcance de la mano nada donde asirse. Era preciso saltar y cogerse a viva fuerza al borde de la roca. La progresión directa hacia arriba era imposible. Enormes e impresionantes precipicios caían por la izquierda hacia el glaciar Tiefenmatten, pero a la derecha todavía era posible avanzar. Un obstáculo sucedía a otro, y se perdía mucho tiempo buscando un paso. Recuerdo nítidamente una quebrada especialmente impactante con bordes lisos y paredes verticales. Los rebordes fueron disminuyendo hasta desaparecer y entonces me encontré con brazos y piernas abiertos, como crucificado contra la roca y sintiendo las palpitations de mi pecho. Busqué asidero y, al no encontrarlo, salté al fin de un lado a otro de la grieta. Es inútil intentar describir tales lugares. Tanto si se describen a la ligera o con minuciosidad, se corre el peligro de no ser comprendido. Su encanto, para el escalador, consiste en la intensa exigencia a la que obliga a sus facultades y a su fuerza, y en el placer que le produce superarlos con habilidad. El lector que no sea montañero no puede sentir esto y su interés por la descripción de tales lugares es normalmente escaso, a no ser que suponga que las situaciones son peligrosas. No lo son necesariamente, pero creo que es imposible evitar dar esa impresión si se insiste especialmente en las dificultades.

Había un cambio en la calidad de la roca y también en el aspecto de la pendiente. Las rocas por debajo de aquel punto eran especialmente firmes y apenas se hacía necesario tantear el agarre. Pero aquí todo era decadencia y ruina. La arista estaba maltrecha y quebrantada y los pies se hundían entre los fragmentos caídos, mientras que, arriba, enormes bloques esculpidos por la

mano del tiempo se inclinaban hacia el cielo cual fúnebres lápidas de gigantes. Movido por la curiosidad, avancé hasta una hendidura entre dos pilas de masas inmensas que sólo parecían necesitar una pequeña presión para hacerlas caer. Tan bien equilibradas estaban que debían literalmente mecerse con el viento, puesto que se movían al más ligero roce y sobre tan frágil base que me asombró que no se desplomaran ante mis ojos. En toda mi experiencia alpina no he hallado nada más impresionante que la desolada, ruinosa y quebrada arista que se extiende tras la Grand Tour. He visto formas extrañas, rocas que imitan formas humanas con caras monstruosas y pináculos aislados más grandes y puntiagudos que los de ese lugar, pero nunca había visto expuestos de forma tan impresionante los tremendos efectos de las heladas y de las fuerzas prolongadas cuyas consecuencias son impredecibles.

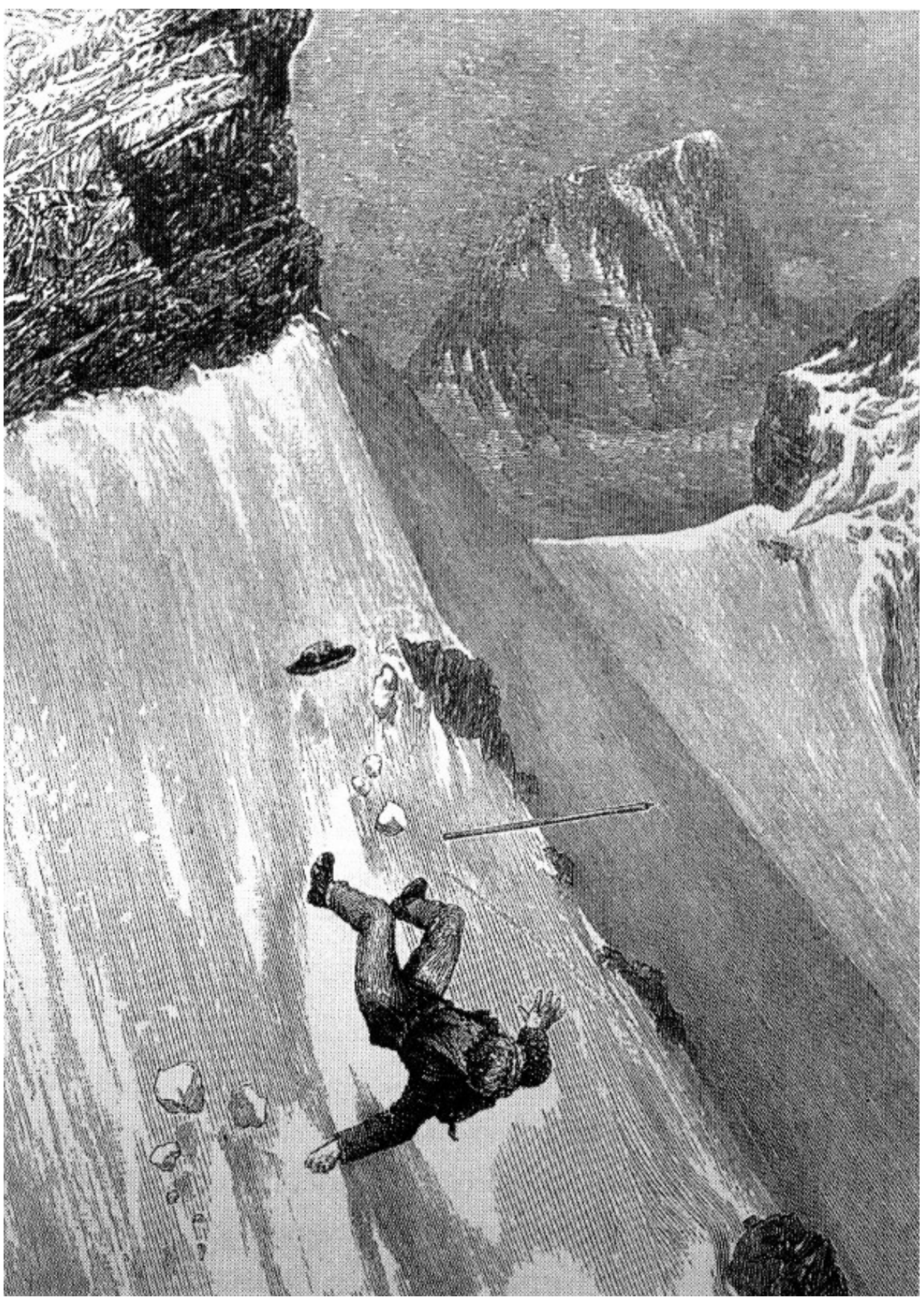
Sobra decir que es imposible escalar el caballete de la arista por aquella parte; sin embargo, hay que mantenerse cerca de él porque no hay otra ruta. En general, los perfiles del Cervino son demasiado abruptos para permitir la formación de grandes lechos de nieve, pero de vez en cuando hay una esquina donde ésta se acumula, y se agradece, porque sobre ella se asciende cuatro veces más deprisa que sobre las rocas.

La Torre se había ocultado casi a mi vista y yo contemplaba los Alpes Peninos centrales, el Grand Combin y la cordillera del Mont Blanc. El Dent d'Hérens seguía levantándose ligeramente por encima de mí, lo que me permitía calcular la altura alcanzada. Hasta entonces no albergaba dudas sobre mi capacidad para descender lo que había subido, pero poco después, mirando hacia delante, vi que la pendiente aumentaba y decidí volver (sin forzar mi paso y sin meterme en grandes dificultades), complacido por la idea de que aquellos riscos serían superados cuando volviera con mis compañeros y convencido de que yo, sin ayuda, había llegado casi a la altura del Dent d'Hérens y considerablemente más alto que nadie en el Cervino^[21]. Mi entusiasmo era algo prematuro.

Hacia las cinco de la tarde salí de nuevo de la tienda y me consideré poco menos que en Breuil. El garfio y la cuerda me habían prestado un buen servicio y habían allanado todas las dificultades. Sin embargo descendí La Chimenea dejando una cuerda fija, puesto que me sobraba. El hierro del piolet me había estorbado mucho en las bajadas y lo dejé en la tienda. Al subir por los lechos de nieve, lo arrastraba de una cuerda sujeta a la cintura, pero al descender con la cara hacia fuera (que es lo mejor, siempre que sea posible), se enganchaba con frecuencia en las rocas y en varias ocasiones llegó a ser un impedimento. Así que por desidia, si así se quiere, lo dejé en la tienda. Tal imprudencia habría de costarme cara.

Pasé el Col du Lion. Cincuenta metros más me hubieran llevado a La Escalinata, donde se puede descender rápidamente. Pero al llegar al ángulo de los riscos de la Tête du Lion, mientras seguía el borde superior de la nieve que se acumula sobre ellos, me encontré con que el calor de los dos últimos días había deshecho casi por completo los peldaños que cortamos al subir. Las rocas era impracticables y se hacía necesario hacer nuevos escalones. La nieve era demasiado dura para andar sobre ella y los ángulos eran puro hielo. Sólo necesitaba media docena de peldaños y luego podría seguir por el reborde. Así, me aferré a la roca con la mano derecha, hurgué la nieve con la punta de mi bastón para formar un peldaño y luego, rodeando el ángulo, quise hacer lo

mismo en el otro lado. Todo iba bien, pero al doblar el ángulo resbalé (sin que aún pueda decir cómo) y caí.



«Al doblar el ángulo, resbalé y caí».

La pendiente donde esto sucedió era muy abrupta y se encontraba en lo alto de una quebrada que conducía entre dos salientes secundarios hasta el Glacier du Lion, unos trescientos metros más abajo. La quebrada se iba estrechando hasta acabar en una simple línea de nieve entre dos paredes de roca, que terminaba abruptamente en lo alto del precipicio que la separaba del glaciar. Imagínese un embudo cortado por la mitad y en un ángulo de cuarenta y cinco grados, con el extremo más estrecho hacia abajo y el ancho hacia arriba, y se obtendrá una idea aproximada del lugar.

El peso de la mochila me hizo descender de cabeza, y a unos tres o cuatro metros más abajo tropecé con unas rocas. Rebotando, fui a caer hecho un ovillo en la quebrada. El bastón se me escapó de las manos y rodó en una sucesión de saltos, cada uno más largo que el anterior, sobre hielo y sobre rocas, golpeándome la cabeza cuatro o cinco veces, cada vez con mayor fuerza. El último salto me precipitó en una extensión de dieciocho o veinte metros, de un lado a otro de la quebrada y, afortunadamente, aterricé sobre las rocas con toda la extensión de mi lado izquierdo. Mis ropas se engancharon por un momento y volví a caer sobre la nieve a menor velocidad. Asiéndome donde pude, conseguí detenerme al borde mismo del precipicio. Mi sombrero, mi velo y mi bastón habían desaparecido. Oí despeñarse en el glaciar las piedras arrastradas en mi caída y el fragor que produjeron me hizo comprender lo cerca que había estado de la muerte. En todo caso, había descendido unos setenta metros en siete u ocho saltos. Tres metros más y mi último y gigantesco salto habría sido de doscientos cincuenta metros sobre el glaciar.

La situación era bastante grave. No podía soltarme de las rocas que me sostenían y la sangre brotaba por más de veinte cortes. Los más serios estaban en la cabeza e intenté en vano restañarlos con la mano mientras me sujetaba con la otra. Era inútil, la sangre salía a borbotones a cada latido. Al final, en un momento de inspiración, desprendí de un puntapié un gran trozo de nieve y me lo apliqué en la cabeza. La idea fue oportuna y la hemorragia disminuyó. Luego, trepando, llegué oportunamente a un sitio seguro donde me desmayé. Cuando recobré el conocimiento se estaba poniendo el sol, y ya era noche cerrada cuando descendí La Escalinata, pero, gracias a una combinación de suerte y atención, los 1700 metros de bajada hasta Breuil los recorrí sin un tropiezo ni un extravío. Pasé ante la cabaña de los vaqueros que hablaban y reían en su interior, avergonzado del estado en el que me encontraba por mi estupidez, y entré en la posada deseoso de alcanzar mi dormitorio sin ser visto. Pero Favre salió a mi encuentro en el pasillo preguntando: «¿Quién es?», y encendió una luz. Al verme, despertó a toda la casa. Dos docenas de cabezas celebraron un solemne consejo sobre la mía, con más discursos que acción. La gente del país recomendaba unánimemente la aplicación de vino caliente sobre las heridas. Protesté, pero insistieron, ya que no conocían remedio mejor. Es discutible si las heridas curaron pronto gracias a ese simple remedio o a mi buena salud. Lo cierto es que se cerraron con gran rapidez y a los pocos días me hallaba de nuevo en disposición de moverme^[22].

Estuve un tanto melancólico durante este tiempo. Lo pasé ocupado principalmente en meditar sobre la vanidad de los deseos humanos y en observar cómo se lavaba mi ropa en una primitiva máquina accionada por la corriente que descendía frente a la casa. Me decía que, si un inglés caía

enfermo alguna vez en el Val Tournanche, no debería sentirse tan solitario como me sentía yo durante aquellos monótonos días^[23].

La noticia del accidente hizo que Jean-Antoine Carrel viniera a Breuil, acompañado de uno de sus parientes, un joven fuerte y apto llamado César. Con ellos dos y Meynet emprendí otro intento el 23 de julio. Llegamos hasta la tienda sin dificultad, y al día siguiente habíamos ascendido más allá de la Grand Tour. Avanzábamos con precaución entre las piedras sueltas (que aún conservaban señales de mi paso una semana antes). El tiempo era bueno cuando ocurrió uno de esos cambios bruscos y abominables propios de la pendiente meridional del Cervino. El vapor invisible se condensó en bruma y, pocos minutos después, nevaba copiosamente. Nos detuvimos, ya que aquel trecho era extremadamente difícil, y, no queriendo retroceder, permanecimos allí varias horas con la esperanza de que llegara otro cambio, pero, al no producirse, volvimos a la base de la Grand Tour y comenzamos a construir una tercera plataforma a 3950 metros sobre el nivel del mar. Seguía nevando y nos refugiamos en la tienda. Carrel sostenía que el tiempo había cambiado definitivamente y que la montaña se cubriría de hielo, haciendo inútil cualquier intento, mientras que yo pensaba que el cambio era pasajero y que las rocas estaban demasiado calientes como para permitir la formación de hielo sobre ellas. Yo quería permanecer allí hasta que el tiempo mejorara, pero mi guía no admitía réplica e insistió en que debíamos descender. Regresamos y, cuando llegamos bajo el collado, vimos que se había equivocado, porque la nube estaba confinada a 900 metros y fuera de ella el cielo estaba despejado.

Carrel no era un hombre de trato fácil. Era plenamente consciente de ser el gallito de Val Tournanche y exigía el reconocimiento de los demás. También era consciente de que me resultaba indispensable y no se molestaba en ocultarlo. Con él no valían órdenes ni súplicas, pero repito que era el único escalador de categoría que creía que la montaña no era inaccesible. Con él tenía esperanzas, pero sin él, ninguna, así que imponía su voluntad. Su proceder en aquella ocasión fue incomprensible. Ciertamente no se le podía acusar de cobardía, pues difícilmente se encontraría un hombre más valiente. Tampoco huía ante la dificultad, porque nada de lo que habíamos encontrado parecía difícil para él, y su fuerte deseo personal de realizar la ascensión era evidente. No se trataba de descender en busca de comida, ya que en previsión de un caso así llevábamos suficiente para una semana, ni había peligro ni incomodidad en esperar en la tienda. Me pareció que Carrel demoraba la ascensión con miras propias y que, aunque deseaba ser el primero en la cumbre y no le molestaba ser acompañado de cualquiera que tuviera el mismo deseo, no tenía intención de conseguirlo demasiado pronto, tal vez para dar mayor brillo al éxito cuando al final lo alcanzara. Al no tener rival, quizá suponía que cuantas más dificultades hallara, mayor estima lograría él, aunque, a decir verdad, nunca mostró gran avidez de dinero. Sus peticiones eran justas, no excesivas, pero siempre pedía cierta cantidad al día, así que nunca le iba mal en cualquier circunstancia.

Aunque molesto por aquella pérdida de tiempo, me complació oír que estaba dispuesto a partir de nuevo al día siguiente si el tiempo era bueno. Avanzaríamos la tienda hasta el pie de la Grand Tour, para fijar cuerdas en los tramos más difíciles y para intentar hacer cumbre al día siguiente.

A la mañana siguiente (viernes, 25), al levantarme, vi que el bueno de Meynet me estaba

esperando. Dijo que los dos Carrel habían salido un poco antes diciendo que se iban a cazar marmotas, ya que el día les parecía idóneo para esa actividad^[24]. Mis vacaciones estaban a punto de expirar y estaba claro que esos hombres no eran de fiar, así que, como último recurso, le propuse al jorobado que me acompañara él solo para ver si llegábamos algo más arriba, aunque apenas había esperanzas de alcanzar la cumbre. No vaciló, y en pocas horas nos encontrábamos — por tercera vez juntos— en el Col du Lion. Era la primera vez que Meynet veía el paisaje despejado. El pobre y deforme campesino lo contempló un rato con reverencia y luego, doblando una rodilla en actitud de oración y con las manos entrelazadas, exclamó: «¡Oh, hermosas montañas!». Su acción fue tan apropiada como naturales sus palabras, y sus lágrimas daban testimonio de la sinceridad de sus emociones.

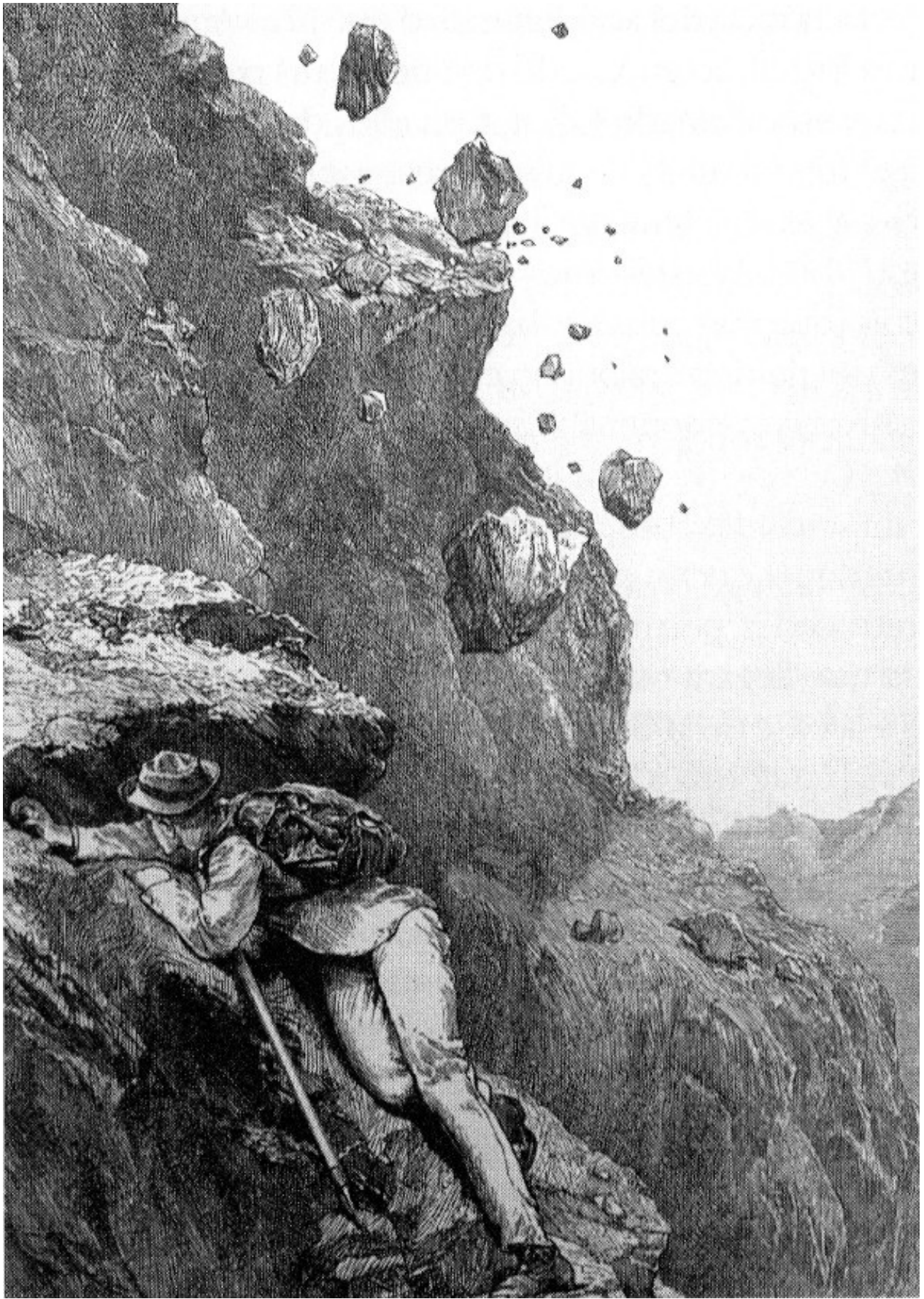
Nuestras fuerzas eran limitadas para avanzar la tienda, así que dormimos donde la dejamos la última vez y, saliendo muy temprano a la mañana siguiente, pasamos por el lugar desde donde habíamos regresado el 24 y, después, por el punto al que yo había llegado el 19. El crestón que seguíamos nos pareció tan traicionero que giramos hacia los riscos de la derecha, aunque a disgusto. Poco a poco nos abrimos paso hacia arriba, pero, al final, nos encontrábamos pegados, por así decirlo, a una pared perpendicular, incapaces de avanzar y apenas de descender. Volvimos al crestón. Era casi igual de difícil e infinitamente más inestable, así que después de extremar nuestros intentos tanto como era prudente, decidí volver a Breuil y procurarme una escala ligera para superar algunos de los tramos más empinados^[25]. Confiaba también en que, para entonces, Carrel se hubiese cansado de cazar marmotas y se dignara acompañarnos de nuevo.

Bajamos a buen paso porque ya estábamos tan familiarizados con la montaña y con nuestros deseos que sabíamos cuándo ayudarnos o no. Las rocas también se encontraban en mejor estado que nunca, casi por completo libres de hielo. Meynet se mostraba muy jovial en los pasos complicados, y en los más difíciles repetía continuamente: «No se muere más que una vez», una idea que parecía producirle infinita satisfacción. Llegamos a la posada a primera hora de la tarde y más proyectos se frustraron repentinamente de un modo inesperado.

El profesor Tyndall había llegado en nuestra ausencia y había contratado a César y Jean-Antoine Carrel. Bennen también iba con él, junto a un amigo fuerte y activo, un guía del Valais llamado Anton Walter. Ya tenían una escala preparada, habían hecho acopio provisiones y se disponían a partir a la mañana siguiente (domingo). Todo esto me cogió por sorpresa. Se recordará que Bennen se había negado rotundamente a acompañar al profesor Tyndall al Cervino en 1861. «Se mostraba totalmente en contra de cualquier intento de escalar la montaña», dice Tyndall. Y ahora estaba ansioso por subir. El profesor Tyndall no ha explicado el motivo de la transformación de su guía. También me asombré ante la infidelidad de Carrel y la atribuí a su despecho al ver que Meynet y yo habíamos subido solos. Era inútil intentar competir con el profesor y sus cuatro hombres, que estaban preparados para partir en unas horas, así que esperé a ver el resultado de su tentativa.

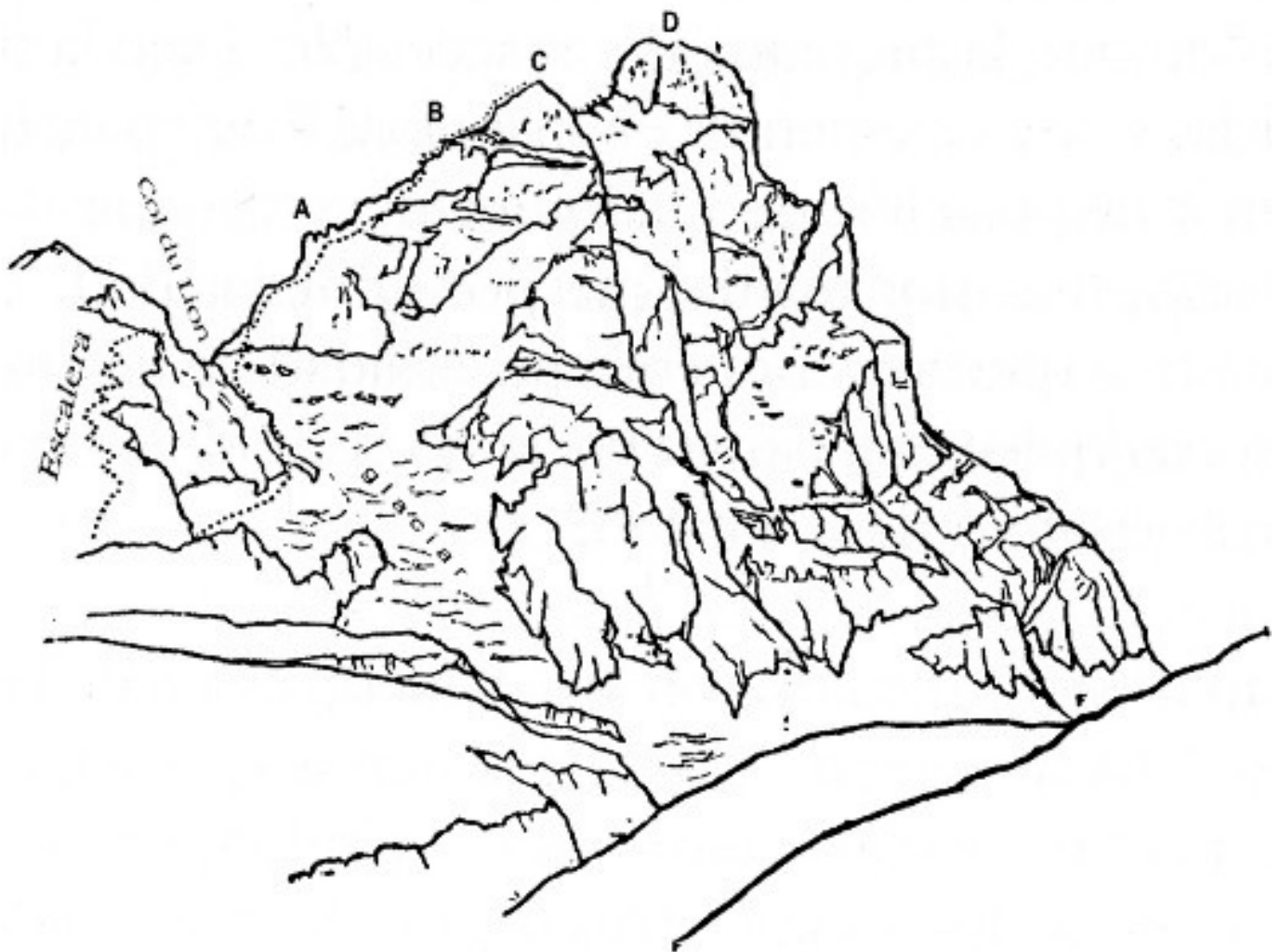
Todo parecía favorecerla y salieron con buen tiempo y buen ánimo, mientras a mí me roían la envidia y los pensamientos poco caritativos. Si tenían éxito, se llevarían el premio por el que tanto me había esforzado, y, si fracasaban, no quedaba tiempo para hacer otro intento, ya que pocos días

después debía encontrarme en Londres. Cuando comprendí esto con claridad decidí irme inmediatamente de Breuil, pero mientras hacía el equipaje vi que había dejado en la tienda ciertas cosas imprescindibles. Salí pues a mediodía para recogerlas, alcancé en el Col al grupo del profesor —que iba muy despacio—, los dejé allí comiendo y seguí hacia la tienda. Cerca de ella oí un ruido, y mirando hacia arriba vi una piedra de al menos treinta centímetros cúbicos que volaba directamente hacia mi cabeza. Me refugié bajo el saledizo de una roca mientras el proyectil pasaba con un zumbido. Era la avanzadilla de una auténtica tormenta de piedras que descendía con ruido infernal por el borde mismo del crestón, dejando detrás una estela de polvo y un fuerte olor a sulfuro que delataba la causa del desprendimiento. Las piedras no llegaron a los hombres que estaban más abajo sino que, apartándose, cayeron al glaciar^[26].



Caída de piedras en el Cervino (1862).

Esperé en la tienda para dar la bienvenida al profesor y, cuando él llegó, regresé a Breuil. A la mañana siguiente alguien acudió a decirme que una bandera ondeaba en la cumbre del Cervino. No era así, aunque vi que habían superado el punto en el que nosotros retrocedimos el día 26. Ya no tenía dudas de su éxito final, puesto que habían vencido el paso que Carrel y yo considerábamos como el más difícil de la montaña. Hasta allí no había otra ruta posible. A mi juicio, entre el collado y aquel punto no se podía derivar más de una docena de pasos a derecha o izquierda, pero más allá era distinto, y en nuestras discusiones siempre habíamos estado de acuerdo en que si lo grábamos superarlo, el éxito era cosa cierta. El siguiente dibujo realizado desde la puerta de la posada de Breuil ayudará a explicarlo. La letra A indica la posición de la Grand Tour; C, La Corbata (la intensa línea de nieve a la que nos hemos referido anteriormente y a la que no llegamos el día 26); B, el lugar donde ahora se veía algo que parecía una bandera. Detrás del punto B, una arista lleva al pie del último pico. Acabo de decir que creíamos que, una vez superado el punto C, el éxito era seguro. Tyndall se encontraba en el B a primera hora de la mañana, y no tuve dudas de que alcanzaría la cima, aunque seguiría siendo difícil llegar al punto más alto. La cima estaba formada por un largo risco sobre el que había dos puntos casi nivelados, tanto, que no se podía decir cuál era el más alto, y entre los dos parecía haber una grieta profunda que podría suponer la derrota en el último momento.



Mi mochila estaba preparada y bebí un vaso de vino de despedida con Favre, quien se

mostraba exultante ante el éxito que iba a hacer la fortuna de su fonda, pero no me resolví a partir hasta conocer el resultado, y me demoré como un tonto enamorado que sigue rondando al objeto de su amor aun tras haber sido rechazado. El sol se había puesto antes de que los expedicionarios pudieran ser vistos bajando por los prados. No había alegría en sus pasos... ellos también habían sido derrotados. Los Carrel iban cabizbajos y los demás afirmaban, como suelen hacer los vencidos, que la montaña era horrible, imposible, etc. El profesor Tyndall me dijo que habían llegado *a tiro de piedra de la cima*, y me aconsejó que no me ocupase más de la montaña. Le oí decir que no volvería a intentarlo y me fui a la aldea de Val Tournanche casi convencido de que la montaña era inaccesible. Dejé la tienda, las cuerdas y otros elementos en manos de Favre para que estuvieran a disposición de cualquier persona que deseara ascenderlo, más por ironía que por generosidad. Tal vez hubiera otros que creyeran en la posibilidad de tal empresa, pero en cualquier caso su creencia no se tradujo en obras. Nadie volvió a intentarlo en 1862.

Mis asuntos me llevaron al Delfinado antes de volver a Londres. Una semana después de la derrota de Tyndall, me encontraba una noche calurosa revolviéndome medio dormido en uno de los abominables lechos de la fonda que poseía el teniente de alcalde de Ville de Val Louise, contemplando un extraño fulgor rojo en el techo que creí un efecto eléctrico producido por las miríadas de pulgas, cuando la gran campana de la iglesia cercana rompió en atronadores repiques. Me levanté de un salto porque las voces y los movimientos de la gente en la casa me hicieron pensar en un incendio. Así era. Desde mi ventana vi, al otro lado del río, grandes llamas elevándose al cielo, puntos negros con largas sombras corriendo de un lado a otro y las crestas de las montañas iluminadas como espectros. Toda la comarca estaba en movimiento, porque en los pueblos vecinos cundía ya la alarma. Me vestí a medias y crucé el puente corriendo. Tres grandes chalés incendiados estaban rodeados por una multitud que traía vasijas de todas clases y cualquier recipiente que pudiera contener agua. Formaron varias cadenas de dos filas que descendían hacia la corriente y de este modo el agua subía por un lado y los recipientes vacíos bajaban por el otro. Mi viejo amigo el alcalde estaba allí golpeando el suelo con su bastón y gritando «¡Vamos, vamos!», pero los hombres, con gran presencia de ánimo, procuraban ponerse en el lado de los cubos vacíos dejando la parte real del trabajo a sus mujeres. Los esfuerzos resultaron inútiles y los chalés fueron pasto de las llamas.

A la mañana siguiente visité las ruinas todavía humeantes y vi las familias que se habían quedado sin hogar, mirando abatidas las cenizas de sus propiedades. La gente decía que uno de los chalés estaba bien asegurado y que su dueño intentaba aprovecharse de ello. Había preparado un buen incendio, prendiendo fuego en varios sitios y abandonando a su suerte a su mujer y a sus hijos en las habitaciones superiores. Sus planes sólo tuvieron éxito en parte y fue satisfactorio ver al bribón detenido en medio de dos corpulentos gendarmes. Tres días después, me encontraba en Londres.

EL VAL TOURNANCHE. PASODIRECTO DE BREUIL A ZERMATT (BREUILJOCH). ZERMATT. PRIMERA ASCENSIÓN AL GRAND TOURNALIN

*¡Cuán semejante a un invierno ha sido
mi ausencia de ti, oh placer de aquel año!*

SHAKESPEARE

Crucé el Canal de la Mancha otra vez el 29 de julio de 1863. Me incomodaba bastante el transporte de dos escalas de 3,65 metros cada una, que se empalmaban entre sí como las de los bomberos y se cerraban paralelamente como una varilla métrica. Mi equipaje parecía el de un ladrón de casas, porque contenía además varias cuerdas y numerosas herramientas de aspecto sospechoso, y fue admitido en Francia con reticencias, pero pasó la aduana con menos dificultades de las esperadas tras el oportuno gasto de unos pocos francos.

No soy amante de las aduanas. Son el purgatorio de los viajeros, donde los espíritus más dispares se mezclan durante un rato antes de ser separados en ricos y pobres. Los aduaneros miran a los turistas como si fueran sus enemigos. ¡Con qué interés examinan sus maletas! De pronto, uno descubre algo que no ha visto nunca antes y lo alza ante el rostro de su propietario con insolencia inquisidora. «¿Qué es esto?». La explicación sólo resulta satisfactoria a medias. «¿Pero qué es esto?», dice cogiendo una cajita. «Polvo». «Pues está prohibido llevar pólvora en el tren». «¡Bah!», interviene un empleado de más categoría y edad. «Deja pasar los efectos del señor». Y entonces el inglés, que empezaba a sonrojarse bajo las miradas de sus compañeros de viaje, es autorizado a continuar en posesión de su gastado cepillo de dientes, mientras el desconfiado aduanero se encoge de hombros con desprecio hacia las extrañas costumbres de aquellos «cuya situación insular les impide conocer las costumbres continentales».

Mis problemas comenzaron en Susa. Los funcionarios de ese lugar, más honrados y obtusos que los franceses, se negaron unánimemente a aceptar sobornos ni a dejar pasar mi equipaje mientras no diera una explicación satisfactoria del mismo. Y como se negaban a creer la explicación verdadera, yo no sabía qué más decir. Me vi liberado del dilema cuando uno de los hombres, más listo que sus compañeros, sugirió que yo iba Turín para exhibirme en las calles, que yo subía por la escala y me balanceaba en el extremo de la misma y entonces encendía mi pipa y ponía el bastón en el hornillo haciéndolo girar en torno a mi cabeza. La cuerda era para mantener a raya a los espectadores y el inglés que me acompañaba era mi agente.

—Entonces, ¿el señor es acróbata?

—Sí.

—Bien. Que pase el equipaje del señor acróbata.

Estas escaleras portátiles fueron la causa de interminables complicaciones. Prescindiendo de las dudas de los encargados del Hôtel d'Europe (Trombetta) sobre si una persona portadora de tan

discutibles efectos debía ser admitida en un establecimiento tan respetable, recordaré lo que ocurrió en Châtillon, a la entrada de Val Tournanche. Había alquilado una mula para transportarlas, y, como eran demasiado largas para atravesarlas sobre su lomo, las pusimos a lo largo de éste, y un extremo sobresalía por encima de la cabeza del animal y el otro sobre su cola. Como las mulas siempre llevan cierto movimiento de salto, sea cuesta arriba o cuesta abajo, las escalas golpeaban con fuerza al animal entre las orejas y en la grupa. Desconociendo la bestia qué extraña criatura llevaba encima, sacudía la cabeza y coceaba, lo cual sólo aumentaba la fuerza de los golpes. Al final salió corriendo, y se hubiera despeñado por un precipicio si los muleros no le hubiesen sujetado la cola. El resumen fue que, al fin, uno de ellos tuvo que seguir a la mula manteniendo levantado el extremo de las escalas, lo que le obligaba a mover los brazos continuamente hacia arriba y hacia abajo, y a inclinarse sobre la grupa del animal de una forma que divertía mucho más a sus compañeros que a él mismo.

Me encaminaba una vez más al Cervino, porque en la primavera de 1863 había sabido la causa del fracaso del profesor Tyndall, y comprendí que no era tan grave como en su día me pareció. Descubrí que sólo había llegado al extremo septentrional de El Hombro. El punto en el que dice que «se sentaron con la esperanza quebrantada, viendo la cumbre a tiro de piedra pero todavía desafiante^[27]», no era la hendidura grande D (que se encuentra literalmente a tiro de piedra de la cima), sino otra más formidable aún que se abre entre el extremo norte de El Hombro y el comienzo del pico final. Carrel y todos los hombres que habían estado conmigo sabían de la existencia de esa hendidura y del pináculo que se alzaba entre ella y el pico final, y a menudo habíamos hablado sobre la mejor manera de superarla. No estábamos de acuerdo al respecto, pero ambos pensábamos que al llegar a El Hombro sería necesario bajar gradualmente hacia la derecha o la izquierda para evitar situarnos en lo alto de la grieta. El grupo de Tyndall, tras llegar a El Hombro, fue conducido por los guías a lo largo de la arista del declive y, por tanto, al llegar a su extremo septentrional, se encontraron a gran altura sobre la grieta y no en el fondo, para abatimiento de todos, menos de los Carrel. Tyndall dice: «Allí interrumpe la ladera una profunda quebrada que la separa del precipicio final, y el caso se hacía más desesperado cuanto más nos acercábamos». El profesor añade: «La montaña tiene 4511 metros y habíamos escalado 4450». Pero Tyndall se engaña mucho porque, según las medidas barométricas de Giordano, la mencionada grieta está 244 metros por debajo de la cumbre. Según Tyndall, el guía Walter juzgó imposible continuar, y los Carrel, al ser consultados, dijeron: «Somos porteadores. Pregunte a los guías». Bennen, abandonado de esta suerte «se vio finalmente obligado a reconocer la derrota». De todas formas, Tyndall había conseguido avanzar 120 metros sobre las partes más difíciles de la montaña.

Hay importantes discrepancias entre los relatos escritos de Tyndall^[28] y los informes verbales de los Carrel. El primero dice que los hombres «habían de ser instigados», que «se pronunciaron abiertamente contra el intento de superar el precipicio final», que «se rindieron por completo» y que Bennen dijo en respuesta a una última exhortación: «¿Qué puedo hacer, señor? Ninguno me acompañaría». «Ésa es la verdad», añade Tyndall. Jean-Antoine Carrel dice que el profesor Tyndall dio la orden de volver, y que él habría avanzado para examinar la ruta, ya que no pensaba

que fuera imposible progresar, pero que el profesor se lo impidió^[29]. Dejemos que los interesados resuelvan estos desacuerdos. Tyndall, Walter y Bennen desaparecerán ahora de esta historia^[30].

Val Tournanche^[31] es uno de los valles más encantadores de los Alpes italianos. Es un paraíso para el artista y, si dispusiera de mayor espacio, me extendería sobre sus castañares, sus arroyos tintineantes, sus torrentes fragorosos, sus inesperados valles altos y sus nobles precipicios. El camino sube con mucha pendiente desde Châtillon, pero está bien sombreado y el calor del sol de verano está atemperado por el aire fresco y la humedad de los gélidos torrentes. Desde el camino, y en varios sitios a la derecha del valle, se ven grupos de arcos que han sido construidos a gran altura sobre las laderas. Los guías repiten —ignoro en qué autoridad se basan— que son restos de un acueducto romano. Tienen la audacia del diseño romano, pero no la usual solidez romana. Los arcos me han parecido siempre restos de una obra inacabada, y he sabido por Jean-Antoine Carrel que hay otros grupos de arcos que no se ven desde el camino y que presentan el mismo aspecto. Podría cuestionarse si son romanos los que se encuentran cerca de la aldea de Antey. Algunos son semicirculares, mientras que otros son claramente puntiagudos. Estos arcos merecen la atención de un arqueólogo, pero son de difícil acceso.

Remontamos el valle y llegamos a Breuil cuando todos dormían. Un halo que rodeaba la luna auguraba tiempo lluvioso y no nos engañó, porque al día siguiente (1 de agosto) llovió copiosamente y cuando las nubes se levantaron un tanto vimos que la nieve cubría todas las alturas superiores a 2700 metros. J. A. Carrel estaba preparado y esperando (ya que me había decidido a dar otra oportunidad al atrevido montañés), y no tuvo que decir que el Cervino sería impracticable durante varios días después de aquella nevada, aunque el tiempo cambiara inmediatamente. Pasamos el día, pues, visitando una montaña vecina, Cimes Blanches, conocida por sus bellas vistas panorámicas. Sin embargo, no se veía mucho porque en todas direcciones las masas de nubes oscuras velaban todo y, hacia el sur, la visión era interrumpida por un pico más alto que Cimes Blanches, llamado Grand Tournalin^[32]. Disfrutamos inocentemente observando unas cabras que al final se hicieron amigas después de que les diéramos un poco de sal. De hecho, demasiado amigas, porque nos empezaron a causar problemas mientras descendíamos. «Carrel», dije mientras caían a nuestro alrededor algunas piedras desprendidas por los animales, «hay que parar esto». «¡Diablos!», gruñó él. «Eso es fácil de decir, ¿pero cómo?». Dije que lo intentaría y, sentándome, eché un poco de coñac en el hueco de la mano y atraje a la cabra más cercana con ademanes engañosos. Era la que había engullido el papel donde llevaba la sal, un animal emprendedor, y avanzó sin miedo y lamió el coñac. No olvidaré su sorpresa. Se detuvo, tosió y me miró como diciendo: «Tramposo»; escupió y salió corriendo, deteniéndose de vez en cuando para volver a escupir. No nos molestaron más las cabras.

Durante la noche volvió a nevar, y nuestro intento fue aplazado indefinidamente. Como no había nada que hacer en Breuil, decidí dar una vuelta a la montaña buscando un paso entre Breuil y Zermatt en lugar del conocido Théodule. Cualquiera que mire el mapa verá que este paso se desvía considerablemente hacia el este, dando un largo rodeo. Pensé que era posible encontrar una ruta más corta tanto en distancia como en tiempo y el 3 de agosto salimos para comprobarlo.

Seguimos el camino Théodule durante un tiempo, lo abandonamos cuando viró hacia el este y continuamos en línea recta hasta que llegamos a las morrenas del glaciar del monte Cervino. Nuestra ruta proseguía por el centro del glaciar hasta el pie de un saliente rocoso que surge del Furggengrat, crestón que une el Cervino con el Théodulhorn. La cabecera del glaciar estaba conectada con ese pequeño pico mediante una empinada ladera de nieve, pero logramos cubrirla y llegamos al collado por su punto más bajo, un poco a la derecha (es decir, hacia el este) del mencionado pico. Al norte aparecía una ladera nevada que se correspondía con la del otro lado. En media hora llegamos a su base. Entonces marchamos por la superficie casi lisa del glaciar Furggen hacia el Hörnli, desde donde descendimos a Zermatt siguiendo un camino bien conocido. El paso al que me refiero ha sido llamado Breuiljoch por los topógrafos suizos. Es unos metros más alto que el Théodule y puede ser recomendable para quienes están familiarizados con aquel paso, ya que también tiene vistas hermosas y resulta siempre accesible. Pero nunca será tan frecuentado como el Théodule, ya que la ladera de nieve de su cumbre requiere en ocasiones el uso del piolet. Tardamos seis horas y cuarto en ir de un punto a otro. En uno de los libros de apuntes de J. D. Forbes leemos que esta depresión, ahora llamada Brejuiljoch, era antaño el paso usual entre Val Tournanche y Zermatt, y que fue sustituido por el Théodule a causa de cambios en los glaciares^[33]. No se cita la autoridad que respalda dicha afirmación. Supongo que procede de la tradición local y me parece verosímil, porque antes de que los glaciares disminuyeran tanto, las empinadas laderas de nieve antes mencionadas no existían con toda probabilidad, y los glaciares conducirían suavemente hasta la cima, en cuyo caso esta ruta habría sido el camino natural entre ambos puntos. No es imposible que si continúa el descenso de los glaciares, el propio Théodule, el paso alpino de altura más fácil y más frecuentado, se haga algo difícil, y si esto llega a ocurrir, la prosperidad de Zermatt podría resentirse^[34].

Carrel y yo nos pusimos otra vez en camino por la tarde y fuimos, en primer lugar, a un lugar predilecto de los turistas, cerca del final del glaciar Gorner (o propiamente hablando, Boden). Es una pequeña planicie verde donde abunda la *Euphrasia officinalis*, el deleite de enjambres de abejas que recolectan aquí la miel que luego se sirve en la *table d'hôtel*.

A nuestra derecha el glaciar se precipitaba hacia el valle por una garganta de vertiginosas paredes de difícil acceso^[35], porque la parte superior de la ladera era resbaladiza y las rocas habían sido rodeadas por el glaciar que se extendía hacia abajo. Esta garganta parece haber sido excavada por el torrente después de que se retirara el glaciar, porque en sus paredes vemos marcas del curso de agua y en las rocas redondeadas en lo alto de sus paredes, a unos veinte meros de altura sobre el nivel actual del torrente, hay algunas de esas singulares cavidades que sólo una corriente rápida produce en la roca.

Un pequeño puente de frágil apariencia cruza el torrente poco más arriba de la entrada de la garganta, y desde él se perciben, en las peñas de abajo, cavidades semejantes a las que acabo de mencionar. El torrente corre con fuerza, pero a veces es retenido por rocas salientes, produciendo remansos y remolinos en algunos lugares. En otros, la obstrucción origina fuentes que fluyen bajo la superficie de las masas pétreas, de modo que el agua no sólo trabaja bajo las peñas sino que las

rodea subterráneamente. En todos estos casos se producen concavidades. Los ángulos protuberantes son redondeados y más o menos convexos, pero prevalecen las formas cóncavas.

Aquí causa y efecto se complementan. Las desigualdades del lecho y los lados del torrente producen remolinos, y éstos a su vez, concavidades. Cuanto más profundas son, más alteraciones provocan en el agua. La destrucción de las rocas se produce a un ritmo cada vez más acelerado porque cuanto más superficie de roca queda expuesta, mayor es el asalto del frío y el calor.

Cuando el agua se presenta en forma de glaciar no produce en la roca concavidades como éstas ni actúa sobre superficies no opuestas a la dirección de la corriente. Su naturaleza cambia, opera de manera distinta y deja marcas que se diferencian claramente de las producidas por la acción de los torrentes.

Las formas predominantes de la acción de los glaciares son más o menos convexas. Al final, todos los ángulos y casi todas las curvas se borran, y sobrevienen grandes superficies lisas. Tal extremo de desgaste se encuentra pocas veces, excepto en lugares que han sido sometidos a una fricción mucho más intensa de la producida en los Alpes, y en términos generales el juicio del veterano geólogo Studer, citado abajo, es sin duda cierto^[36]. No sólo pueden seguirse las actividades de los glaciares extintos en los salientes rocosos, sino que sus efectos en todo un macizo montañoso pueden reconocerse fácilmente a una distancia de veinte o treinta kilómetros por la incesante repetición de estas formas convexas.

[...] Concluimos la jornada del 3 de agosto con un paseo por el glaciar Findelen y volvimos a Zermatt una hora después de lo que nos habíamos propuesto, sintiéndonos ambos muy soñolientos. Cito esto por lo que luego ocurrió. Pretendíamos cruzar el Col de Valpelline al día siguiente y para ello era aconsejable salir muy temprano. El señor Seiler, un hombre excelente, lo sabía y, cuando llamó a mi puerta, contesté: «Bien, Seiler. Ahora voy», e inmediatamente me volví del otro lado pensando: «Antes, cinco o diez minutos más de sueño». Pero Seiler esperó y escuchaba, y sospechando lo que ocurría volvió a llamar. «Señor Whympfer, ¿tiene usted luz?». Sin pensar en las consecuencias contesté: «No»; y entonces el buen hombre forzó la cerradura de su propia puerta para darme luz. Mediante actos de análoga simpatía y desinterés adquirió Seiler su envidiable reputación.

A las cuatro de la madrugada salimos del hotel Monte Rosa y poco después caminábamos a través de los bosquecillos de pardos alisos que bordean el camino del pintoresco valle que conduce al glaciar Z'Mutt^[37].

Nada puede parecer más inaccesible que el Cervino desde ese lado y hasta las personas con más sangre fría retienen el aliento contemplando sus espectaculares riscos. Pocos hay en los Alpes que los iguallen en dimensión y ninguno merece con más justicia el nombre de precipicio. El más inmenso de todos es el del norte, que se inclina hacia el glaciar Z'Mutt. Las piedras desprendidas de este prodigioso paredón caen unos 450 metros antes de tocar tierra, y las que proceden de más arriba aún y rebotan en el borde del precipicio dan un salto final de 300 metros. Este lado de la montaña siempre ha parecido sombrío, triste y terrible, y ahora lo parece más por los tristes

recuerdos asociados a él.

«No hay aspecto de destrucción en los riscos del monte Cervino», dice Ruskin. Es cierto... si se miran desde lejos. Pero, si nos aproximamos por el lado del glaciar Z'Mutt, oiremos la destrucción que tiene lugar incesantemente. La oiremos, pero probablemente no la veremos, porque, aunque las masas que caen retumban como cañones y los ecos retumban desde el Ebihorn, siguen siendo como cabezas de alfiler en relación con la grandiosa y enorme ladera.

Para ver esa destrucción tenemos que acercarnos más, trepar riscos y crestas o subir a la meseta del glaciar del monte Cervino, que aparece cortada y surcada por estos obuses y sembrada de sus fragmentos pequeños. Las masas más grandes, cayendo con tremenda velocidad, se hunden en la nieve y desaparecen de la vista.

El glaciar del monte Cervino también envía sus aludes, como rivalizando con las rocas. En todo su lado septentrional no termina, como suelen hacer los glaciares, en una pendiente suave, sino abruptamente en lo alto de las rocas escarpadas que le separan del glaciar Z'Mutt, y rara vez pasa una hora sin que se desprenda una masa de hielo cayendo con estrépito hacia las laderas inferiores, donde se vuelve a compactar.

Los desolados pinos de los bosques que limitan con el Z'Mutt, descortezados y escarchados, constituyen un fondo adecuado para un escenario que es difícilmente superable en solemnidad y grandeza. Es un tema digno del pincel de un gran pintor y pondría a prueba el talento de los mejores.

Remontando el glaciar, la montaña ofrece un aspecto menos salvaje, aunque no menos impracticable. Tres horas después, al llegar al islote de rocas llamado Stockje (que señala el fin del glaciar Z'Mutt propiamente dicho y separa la parte que lo alimenta, el Stock, de su zona más extensa y baja, el Tiefenmatten), el mismo Carrel, un hombre muy inexpresivo, no pudo refrenar su admiración ante las abruptas pendientes del monte y la audacia que nos llevaba a acampar en la ladera suroeste, cuyo perfil se ve muy bien desde el Stockje^[38]. Carrel divisaba entonces por primera vez los lados norte y noroeste de la montaña y se convenció más que nunca de que el ascenso sólo era posible desde Breuil.

Tres años después, pasando yo por el mismo lugar en compañía del guía Franz Biener, notamos un hedor arrastrado por una ráfaga de viento. Mirando hacia arriba, descubrimos una gamuza muerta a mitad de camino de las pendientes meridionales del Stockje. Llegamos hasta el animal y vimos que había sido víctima de un accidente insólito. Había resbalado desde unas rocas más altas, rodando por una cuesta de piedras movedizas y, al despeñarse, había quedado enganchado por ambos cuernos al reborde. Con las patas había arañado y coceado las rocas y luego, evidentemente, murió de hambre. La pobre bestia colgaba en el espacio con la cabeza hacia atrás, la lengua fuera y los ojos dirigidos hacia el cielo, como pidiendo ayuda.

Carrel y yo no hallamos nada análogo en 1863 y cruzamos este paso fácil hasta los chalés de Prerayén. Desde la cumbre descendimos de una tirada. El camino ya ha sido descrito antes, y quienes deseen más información sobre él pueden consultar la descripción de Jacomb, el descubridor del paso^[39]. Tampoco tuvimos que detenernos en Prarayé, aunque tuvimos tiempo de ver que el propietario de los chalés (a quien a veces se ha tomado por un pastor común) no debe

ser juzgado por su apariencia. Es un hombre rico, propietario de muchos rebaños y, aunque cortés si se le trata con amabilidad, puede actuar como señor de Prarayé, con toda la importancia de un hombre que paga 500 francos de impuestos anuales a su gobierno.

Al levantarnos el 5 de agosto vimos que las cumbres estaban nubladas. Decidimos no continuar inmediatamente nuestra ruta de montaña y volvimos sobre nuestros pasos del día anterior hasta el chalé, a mayor altura en el flanco izquierdo del valle, con la intención de atacar el Dent d'Hérens a la mañana siguiente. Nos interesaba esa cima, ante todo, por la excelente vista que tenía sobre la ladera suroeste y el pico final del Cervino.

Por entonces el Dent d'Hérens no había sido escalado aún y nosotros nos habíamos separado de nuestra ruta el día 4 y habíamos trepado un techo sobre la base del Mont Brulé para ver hasta qué punto eran accesibles sus laderas del suroeste. Nuestras opiniones sobre el modo de escalarlo divergían. Carrel, fiel a su hábito de preferir las rocas al hielo, aconsejaba ascender por el largo contrafuerte de la Tête de Bellazà (o Bella Cia, que desciende hacia el oeste y forma el límite meridional del último glaciar que llega al glaciar de Za-de-Zan), y desde ahí atravesar la cabecera de los tributarios del Za-de-Zan hasta la ladera rocosa occidental del Dent. Por mi parte, yo proponía seguir el Za-de-Zan en toda su longitud, y desde la llanura de su cabecera (donde mi ruta cortaba la de Carrel) buscar directamente la cumbre sobre la pendiente helada del glaciar. El jorobado, que nos acompañaba en estas excursiones, se adhirió al plan de Carrel y ése fue el que adoptamos.

La primera parte del programa fue ejecutada con éxito, y a las diez y media del 6 de agosto nos encontrábamos a caballo de la arista de la vertiente occidental, a 3810 metros de altura, mirando hacia el glaciar Tiefenmatten. Parecía que en una hora más llegaríamos a la cumbre, pero una hora después descubrimos que no lo lograríamos. La arista de la ladera —como todas las que he conocido en las cimas de los grandes picos— estaba fragmentada por el hielo y no era más que un montón de pedruscos apilados. Era siempre estrecha, y cuanto más se estrechaba, más inestable y difícil la encontrábamos. No podíamos apartarnos de la arista ni trepar por sus lados, pues el que miraba al Tiefenmatten era demasiado escarpado y, en ambos, el desplazamiento de un solo bloque rocoso hubiera hecho perder el equilibrio a todos los que estaban encima. Obligados, por tanto, a seguir estrictamente el crestón e incapaces de desviarnos lo más mínimo a derecha o izquierda, tuvimos que confiarnos a unas rocas inestables que temblaban bajo nuestros pies, desprendiéndose a veces con un ruido terrible, y que parecían a punto de despeñarse en un inmenso alud.

Yo marchaba tras mi guía, que no pronunciaba palabra, hasta llegar a un punto donde había que trepar una roca suelta que interceptaba el lomo del monte. Carrel no podía subir sin ayuda, ni avanzar después, hasta que yo me uniera a él. Al ayudarme Carrel a subir, sentí cómo la roca temblaba debajo de mí. Pensé que el peso de otro hombre encima podía desmoronarla. Entonces me acobardé. No ganaríamos honor perseverando ni deshonor abandonando un lugar peligroso por su excesiva dificultad. Así que regresamos a Prarayé, porque nos quedaba escaso tiempo para intentar la otra ruta, que al final resultaría ser la adecuada para ascender la montaña.

Cuatro días después, un grupo de ingleses, incluyendo a mis amigos W. E. Hall, Craufurd

Grove y Reginald Macdonald, llegaron a Valpelline (sin conocer nuestro intento) y el día 12, bajo la experta dirección de Melchior Anderegg, realizó el primer ascenso del Dent d'Hérens por la ruta que yo había propuesto. Ésta es la única montaña de los Alpes que me haya propuesto escalar y en la que no haya conseguido mi propósito antes o después. Nuestro fracaso fue mortificante, pero me consuela pensar que hicimos bien en volver, ya que de haber perseverado en la ruta de Carrel, habría que lamentar otro accidente alpino^[40].

El 7 de agosto cruzamos el paso de Valcournera (Va Cornère)^[41] y examinamos cuidadosamente la montaña llamada Grand Tournalin mientras descendíamos al Val de Cignana. Esta montaña se ve desde tantos sitios y de tal manera supera a sus picos vecinos que nos pareció que ofrecería vistas extraordinarias. Como el tiempo seguía sin ser favorable para el Cervino, acordé con Carrel ascenderlo al día siguiente y le envié al pueblo de Val Tournanche para hacer los preparativos mientras Meynet y yo volvíamos a Breuil por un paso situado detrás de Mont Panquero, conocido como Col de Fenêtre. Por la noche me reuní con Carrel en Val Tournanche y salimos de allí antes de las cinco de la madrugada del día 8 para atacar el Tournalin.

Meynet quedó atrás aquel día y el jorobado se conformó a regañadientes, insistiendo en que le llevásemos. «No me pague nada, sólo déjeme acompañarle». «Sólo pido un poco de pan y queso, y no comeré mucho». «Prefiero ir con usted a llevar cargas por el valle». Aquéllos eran sus argumentos y lamenté que la prisa que llevábamos nos obligara a prescindir del buen hombre.

Carrel me condujo por los prados al sur y al este del pueblo de Val Tournanche, y luego por un sendero en zigzag a través de un bosque espeso, tomando muchos atajos que demostraban un buen conocimiento del terreno. Cuando salimos de nuevo a campo abierto, nuestro sendero nos llevó a uno de esos pequeños y escondidos valles laterales que tanto abundan en las laderas que rodean el pueblo de Val Tournanche.

Este valle, el Combe de Ceneil, se inclina hacia el este y tiene sólo un pequeño caserío. El Tournalin está situado en lo alto del Combe, aproximadamente al este de la aldea de Val Tournanche, pero desde allí no se divisa la montaña. Después de pasar Ceneil, aparece el Tournalin elevándose sobre un anfiteatro de riscos (surcado por hermosas cascadas) al extremo del Combe. Para evitar esos riscos, el sendero vira hacia el sur, manteniéndose a la izquierda del valle, y a unos 1100 metros del pueblo y a unos 450 de Ceneil, llega a la base de unas morrenas cuyo tamaño es grande considerando las dimensiones de los glaciares que las formaron. Las montañas del lado occidental de Val Tournanche se ven muy bien desde este punto, pero aquí acaba el camino y aumenta la pendiente.

Cuando llegamos a aquellas morrenas tuvimos que escoger entre dos rutas. Una continuaba hacia el este, sobre las propias morrenas, los fragmentos arrastrados por el glaciar y una larga pendiente de nieve a mayor altura, hasta una especie de collado o depresión situado al sur del pico, donde una cresta fácil conducía a la cumbre. La otra, sobre un glaciar consumido al noreste de nuestra posición (que tal vez ya no exista), llegaba hasta un collado muy definido al norte del pico, desde el cual una arista fácil llevaba directamente a la cima. Seguimos la primera ruta y en poco más de media hora alcanzábamos el collado, desde el que se dominaba una vista espectacular de la ladera meridional del Monte Rosa, y de las crestas a su izquierda y al este de Val d'Ayas.

Mientras descansábamos en este lugar, una gran manada de gamuzas errantes llegó a la cumbre de la montaña desde la ladera norte. Algunas de las bestias, posando como estatuas, parecían apreciar el grandioso panorama que les rodeaba, mientras otras se entretenían, como turistas bípedos, en hacer rodar piedras por los precipicios. El ruido de esos pedruscos cayendo nos hizo mirar hacia arriba. Las gamuzas eran tan numerosas que no llegábamos a contarlas y estaban agrupadas en la cumbre sin reparar en nuestra presencia. Se dispersaron con pánico, como si una bomba hubiera explotado entre ellas, cuando mi camarada las saludó con gritos, y descendieron en todas direcciones con saltos precisos e infalibles y con tal gracia y belleza que sentimos admiración y respeto por su habilidad montañera.

La arista que subía hasta la cumbre era singularmente fácil, aunque quebrada por el hielo, y Carrel pensó que no sería difícil abrir un camino para mulas sobre los dispersos bloques de piedra, pero, cuando llegamos a la cumbre, nos encontramos separados del punto más alto por una hendidura que no habíamos visto hasta entonces. Su lado meridional era casi perpendicular, mas sólo medía unos cinco metros de profundidad. Carrel me ayudó a bajar y luego bajó él apoyándose en el hierro de mi piolet y luego en mis hombros, con una habilidad que contrastaba con mi torpeza tanto como sus propios movimientos con los de las gamuzas. Unos cuantos pasos más nos situaron en la cumbre. Nunca había sido escalada, y celebramos el éxito construyendo un gran hito que se veía desde varias millas y que hubiera durado muchos años de no haber sido demolido por orden del canónigo Carrel, ya que interrumpía el campo visual de una cámara fotográfica que llevó hasta la cima más baja en 1868 para fotografiar el panorama. Según los mapas italianos, la cima del Grand Tournalin se encuentra a 1855 metros sobre el pueblo de Val Tournanche y a 3379 sobre el nivel del mar. La escalada, incluyendo las paradas, sólo nos había ocupado cuatro horas.

Recomiendo el ascenso del Tournalin a toda persona que pueda disponer de un día libre en Val Tournanche. Debe recordarse, sin embargo (si la ascensión se realiza para contemplar el panorama), que la parte sur de estos Alpes Peninos rara vez está despejada después del mediodía, y de hecho, con frecuencia sólo lo está hasta las diez o las once. Hacia el crepúsculo se restablece el equilibrio atmosférico y las nubes suelen desaparecer.

Aconsejo la escalada de esta montaña no por su altura ni por su accesibilidad, sino por el magnífico panorama que ofrece desde la cumbre. Su situación es óptima, y la lista de cumbres que se ven desde allí incluye las principales de los grupos del Cottian, Delfinado, Graianos, Peninos y Oberland. La vista presenta en su mayor perfección los elementos pintorescos que faltan en las vistas puramente panorámicas que se gozan desde alturas mayores. Hay tres secciones principales en ella, cada una con un punto central o dominante hacia el que la mirada se vuelve espontáneamente. Las tres son magníficas por derecho propio, pero son diferentes. Hacia el sur, suavizada por los vapores del Val d'Aoste, se extiende la larga hilera de los Graianos, donde se suceden las cumbres de más de 3600 metros de altura. Pero, por magníficas que sean, la mirada no se detiene en ellas, sino sobre el Viso que se perfila al fondo. Hacia el oeste y hacia el norte, la cordillera de Mont Blanc y algunos de los mayores picos de los Alpes Peninos Centrales (incluyendo el Grand Combin y el Dent Blanche) son los que forman el fondo, si bien los superan en grandiosidad los riscos que culminan en el Cervino. La mirada tampoco se detiene hacia el este

y el norte en las gratas laderas verdes que conducen al Val d' Ayas, ni en los glaciares y lechos de nieve que lo dominan, ni en el Oberland que destaca al fondo, porque delante de nosotros, a varios kilómetros de distancia pero aparentemente cercano, perfiladas contra el azul del cielo, destacan las crestas centelleantes de Monte Rosa.

A quienes les gustaría hollar las cumbres más altas de los Alpes pero no puedan hacerlo, les queda consolarse sabiendo que normalmente no ofrecen las vistas que causan la impresión más honda y duradera. Sin duda son maravillosos los panoramas que se ven desde los grandes picos, pero carecen naturalmente de esos puntos aislados centrales de tan alto valor pictórico. El ojo vaga sobre multitud de objetos (cada uno tal vez individualmente grande) y distraído por tanta profusión de esplendor, vaga de uno a otro, borrando con la contemplación del siguiente el efecto del anterior y, cuando esos felices momentos vuelan con la rapidez usual, se abandona la cumbre con una impresión que rara vez perdura, por lo difusa que suele ser.

Ninguna vista crea impresiones tan duraderas como las que se ven por un momento cuando se rasga el velo de la bruma y se revela una aislada cumbre o pináculo. Los picos que se ven en esos momentos tal vez no son los más altos o majestuosos, pero su recuerdo dura más que el de una vista panorámica, porque la fotografía captada por el ojo tiene tiempo de secarse, en vez de ser borrada por nuevas impresiones. Lo contrario sucede con las perspectivas a vista de pájaro desde los grandes picos, que a veces abarcan extensiones de cien kilómetros en casi todas las direcciones. El ojo se confunde ante la multitud de detalles y es incapaz de distinguir la importancia relativa de los objetos que capta. Resulta casi tan difícil calcular a simple vista las alturas respectivas de varios picos desde una cumbre alta como desde el fondo de un valle. Creo que los miradores más grandiosos y satisfactorios para contemplar el paisaje de las montañas son aquellos que están suficientemente elevados para dar sensación de profundidad así como de altura, pero no tanto como para hundirlo todo bajo el nivel del espectador. La vista desde el Grand Tournalin constituye un buen ejemplo de esta clase de vistas panorámicas.

Descendimos de la cima por la ruta norte y nos resultó medianamente fácil llegar hasta el collado. Desde allí, siguiendo el glaciar, el camino era recto y nos incorporamos a la ruta tomada en el ascenso hasta el pie de la ladera este. Al atardecer regresamos a Breuil.

A unas dos millas al norte del pueblo de Val Tournanche el valle sube bruscamente y, en este punto, el torrente ha socavado su lecho formando un abismo extraordinario que se conoce desde hace tiempo por el nombre de Gouffre des Busserailles. Allí nos detuvimos para escuchar el fragor del agua oculta y para observar cómo surgía tumultuosa de la sombría abertura, pero nuestros esfuerzos por desentrañar los misterios del lugar fracasaron. En noviembre de 1865, el intrépido Carrel indujo a dos camaradas —los Maquignaz de Val Tournanche— a descenderle mediante una cuerda a la hoz y a la cascada. La hazaña requería nervios de acero y músculos nada ordinarios, y por sí sola acreditó a Carrel como un hombre de indomable valor. Uno de los Maquignaz descendió posteriormente de la misma forma y ambos se quedaron tan asombrados ante lo que veían que se dispusieron, a base de martillo y escoplo, a construir una senda de descenso hasta aquel romántico paraje. En pocos días construyeron una tosca pero sólida galería de tablas hasta el centro de la hoz y hoy, previo pago de un franco, cualquiera puede entrar y ver la Gouffre des

Busserailles.

No podría, sin planos ni diseños, dar al lector una idea exacta de este notable lugar. Se corresponde, en algunas de sus características, con el torrente del glaciar Gorner, pero exhibe de manera mucho más sobresaliente la acción característica y la extraordinaria fuerza del agua. La longitud de la hoz es de unos cien metros. Y desde lo alto de sus paredes a la superficie del agua hay unos treinta metros. En ningún punto puede verse con una sola mirada toda la longitud o profundidad de la hoz. Porque, aunque la anchura en algunos lugares es a veces de cinco metros o más, la vista está limitada por lo sinuoso de las paredes, pulidas por doquier en forma de superficies de aspecto vítreo. En algunos puntos el torrente ha horadado la roca formando puentes naturales. Los rasgos más extraordinarios de la *Gouffre des Busserailles* son, sin embargo, las cavernas (o *marmites*, como allí las llaman), que el agua ha excavado en el corazón de las rocas. El camino de tablas de Carrel conduce hacia una de las mayores, una gruta de nueve metros en su mayor extensión y unos cinco de altura, con techo de roca viva y con el torrente rugiendo a unos quince metros más abajo, al fondo de una hendidura. Esta caverna está iluminada por bujías y en su interior sólo es posible entenderse por señas.

Visité el interior de la *gouffre* en 1869 y mi asombro ante sus cavernas aumentó al observar la dureza de la piedra en la que están practicadas, Carrel cortó un fragmento de roca que ahora tengo ante mí. Presenta una superficie cristalina y bruñida que podría tomarse a primera vista por una roca alisada por el hielo. Pero el agua ha encontrado las partículas menos duras causando en la piedra pequeñas depresiones, como el rostro de un afectado por la viruela. Los bordes de estos hoyitos son redondeados y la superficie de la depresión está tan pulida como el resto^[42]. El agua ha mordido algunas vetas de esteatita más profundamente que el resto de la roca. Y es posible que la presencia de este mineral explique de algún modo la formación de la *gouffre*.

Llegué de nuevo a Breuil, tras una ausencia de seis días, satisfecho de la ruta en torno al Cervino, que había sido muy placentera gracias a la buena disposición de mis guías y a la amabilidad de los montañeses. Pero hay que reconocer que los moradores de Val Tournanche están muy atrasados. Sus caminos son tan malos, si no peores, que los del tiempo de De Saussure. Y sus posadas muy inferiores a las de la vertiente suiza^[43]. Si no fuese por esto, nada impediría que aquel valle se convirtiera en uno de los más populares y frecuentados de los Alpes. En las presentes circunstancias, los turistas que llegan no parecen pensar más que en el modo de marcharse pronto, y por eso el valle es mucho menos conocido de lo que se merece por sus atractivos naturales.

Creo que el mayor impedimento para la mejora de los caminos en los valles italianos es la impresión generalizada de que los únicos que se beneficiarían de ello son los posaderos. Esto es así hasta cierto punto, pero, al estar tan conectada la prosperidad de los habitantes con las de los hospederos, los intereses de unos y otros son casi idénticos. Hasta que los italianos no hagan menos difíciles y duros sus caminos, deberán resignarse a ver cómo los mayores beneficios se quedan en Suiza y Saboya. Al mismo tiempo, los posaderos deberían cuidar sus suministros. Sus provisiones no sólo suelen ser deficientes en cantidad sino que a menudo resultan deplorables en calidad.

No me atreveré a criticar en detalle los platos que sirven en la mesa, ya que ignoro en absoluto de qué se componen. Entre los turistas alpinos se suele decir que la carne de cabra pasa por carnero y la de mula por buey y gamuza. Me reservo mi opinión sobre este punto hasta que se demuestre qué se hace con las mulas muertas. Pero diré, espero que sin herir la susceptibilidad de mis conocidos entre los posaderos italianos, que su relación con los huéspedes mejoraría si la demanda de viandas más sólidas no fuera contemplada casi como un delito. El talante con el que reciben la demanda de comida más sustanciosa me recuerda a un posadero del Delfinado que me comentó que había oído que muchos turistas iban a Suiza.

—Sí, muchos —repuse.

—¿Cuántos?

—He visto hasta cien reunidos en la mesa de un hotel —contesté.

El hombre alzó los brazos al cielo.

—¿Y querían comer todos los días?

—Sí, no es improbable.

—En ese caso —replicó—, creo que estamos mejor sin ellos.

NUESTRO SEXTO INTENTO DE ASCENDER EL CERVINO^[44]

*Pero el poderoso Júpiter corta con justo desdén
las miras exageradas del hombre pobre y astuto.*

HOMERO

Carrel tenía carta blanca en cuestión de contratar guías, y su elección recayó en su pariente César, en Luc Meynet y en otros dos cuyos nombres no recuerdo. Estos hombres se reunieron para completar nuestros preparativos mientras el tiempo iba clareando.

Descansamos el domingo 9 de agosto observando con ansiedad cómo disminuían las nieblas en torno a la cumbre del Cervino y nos pusimos en marcha el día 19, antes del amanecer, en una mañana apacible y sin nubes que parecía augurar un final feliz a nuestra empresa.

Caminando sin cesar, aunque sin prisa, llegamos al Col du Lion antes de las nueve en punto. Había cambios evidentes. Salientes muy familiares habían desaparecido. La plataforma donde habíamos puesto la tienda tenía un aspecto desolado, con sus piedras dispersas por el viento y el hielo y reducidas a la mitad, y la misma parte superior del Col, que en 1862 era bastante ancha y cubierta de nieve, se había vuelto más angosta que el caballete del tejado de una iglesia y tenía hielo duro. Antes de eso, habíamos visto que el mal tiempo de la semana anterior había causado estragos. Desde varios cientos de metros debajo del Col, las rocas estaban cubiertas de hielo. Los lechos más viejos y duros estaban cubiertos de nieve suelta y estuvimos a punto de perder a nuestro guía, víctima de aquella nieve traidora. Había pisado nieve que parecía firme y levantaba su piolet para golpear, cuando la cresta de la pendiente cedió y se vino abajo en repentinos surcos que brillaban bajo el sol, porque eran de hielo puro. Con admirable presteza, Carrel saltó de la roca a la que se había subido y así se salvó. Entonces se limitó a observar: «Ha llegado el momento de encordarnos», y después continuó como si nada hubiera pasado.

Durante las siguientes dos horas tuvimos abundantes pruebas de la utilidad de una cuerda para los escaladores. Íbamos encordados con bastante amplitud y solíamos avanzar en parejas. Carrel, que abría la marcha, iba seguido de cerca por otro hombre que le ayudaba prestando su hombro o el hierro de su piolet cuando era necesario, y cuando esta pareja estaba asegurada, avanzaba la siguiente de manera semejante. Los de arriba tiraban de la cuerda y los de abajo la soltaban gradualmente. Luego avanzaba de nuevo la pareja en vanguardia o la tercera. Esta manera de progresar era lenta pero segura. Sólo un hombre se movía cada vez, y si resbalaba, como sucedía con frecuencia, no llegaba a desviarse medio metro antes de que los demás le detuvieran. La seguridad de ese método daba confianza al que se desplazaba y no sólo le infundía ánimo para desarrollar todas sus facultades, sino valor en los pasos más duros, porque esas rocas (que, como se ha dicho, eran fáciles de superar en otras ocasiones) ofrecían ahora mucha dificultad. El aguanieve que cayera durante muchos días por la ladera en pequeños arroyos había tomado naturalmente el mismo camino que empleábamos para ascender y, al helarse de nuevo durante la noche, cubría las piedras que pisábamos con una capa a veces tan fina como la hoja de un papel y

otras tan gruesa que teníamos que cortar peldaños en ella. El tiempo era soberbio, los hombres se tomaban con buen ánimo el trabajo y gritaban para despertar ecos en el Dent d'Hérens.

Seguimos con alegría, rebasamos nuestro segundo campamento, La Chimenea y otros puntos conocidos y confiábamos en dormir aquella noche en lo alto de El Hombro. Pero antes de llegar al pie de la Grand Tour, una repentina ráfaga de aire frío nos hizo mirar hacia arriba.

Resultaba difícil adivinar de dónde venía el aire. No soplaban como viento, sino que descendía más bien como el agua en una ducha. Todo quedó en calma otra vez y no se veía ni una nube. Pero aquello no duró. La ráfaga de aire frío volvió de nuevo, y esta vez parecía proceder de todas partes a la vez. Nos encasquetamos los sombreros porque el viento golpeaba contra la arista y aullaba entre los peñascos. Antes de llegar al pie de la Grand Tour, se había condensado niebla arriba y abajo. Al principio apareció en varios sitios al mismo tiempo, en forma de jirones aislados que bailaban y se fragmentaban por el viento, pero fueron aumentando de tamaño. Se reunían y se quebraban de nuevo mostrándonos por un momento el cielo azul y ocultándolo otra vez, y aumentaron incesantemente hasta que nos encontramos rodeados de nubes espesas y arremolinadas. Antes de que pudiéramos quitarnos las mochilas y buscar algún refugio, un huracán de nieve nos asaltó desde el este. En pocos minutos el dorso de la montaña se había cubierto de una espesa capa blanca.

—¿Qué hacemos? —grité a Carrel.

—Señor —dijo—, el tiempo ha cambiado, el viento es malo y llevamos mucha carga. Aquí hay algún refugio. Detengámonos. Si seguimos, nos helaremos. Ésa es mi opinión.

Nadie se opuso, así que nos dispusimos a preparar un lugar para la tienda y, en un par de horas, completamos la plataforma que habíamos comenzado en 1862. Las nubes se habían vuelto más oscuras y, apenas habíamos terminado nuestra tarea, cuando una tormenta se abatió sobre nosotros con inusitada furia. Los rayos caían sobre los pináculos y los riscos por encima y por debajo de nosotros. Estaban tan próximos que nos estremecíamos con cada uno, porque nos encontrábamos en el foco mismo de la tormenta. Los truenos eran simultáneos a los relámpagos, cortos e intensos, como un portazo mil veces multiplicado.

Al decir que truenos y relámpagos eran simultáneos incurro en inexactitud. Quiero decir que el tiempo transcurrido entre relámpago y trueno me parecía inapreciable. Deseo hablar con toda precisión posible y hay dos puntos respecto a la tormenta sobre los que puedo ser preciso. El primero es respecto a la distancia entre los rayos y nuestro grupo. Podríamos estar a 350 metros de ellos si pasaba un segundo entre la visión del rayo y el trueno, y un segundo no es apreciable por personas poco exactas. Lo cierto es que, a veces, esa distancia era menor, porque veía pasar los rayos, por encima y por debajo de nosotros, ante conocidos puntos de la cresta que se encontraban a menor distancia (a veces considerablemente menor) que trescientos metros.

El segundo punto trata de la dificultad de distinguir el trueno en sí de sus ecos. En sus *Ensayos meteorológicos*, Arago estudia con alguna extensión este tema y parece dudar de la posibilidad de determinar si los ecos son siempre la causa de los ruidos que normalmente denominamos truenos^[45]. No intentaré demostrar si esos ruidos deben ser considerados como verdaderos truenos, sólo afirmo que, durante esta tormenta, en el Cervino era posible distinguir el trueno en sí

de los sonidos que eran simplemente los ecos del ruido original.

En el lugar donde acampamos existía un eco tan notable que si se oyera en Inglaterra atraería multitudes sólo para oírlo. Creo que procedía de las paredes del Dent d'Hérens. Para nosotros constituía una diversión habitual gritar para despertarlo y oír cómo repetía nuestro grito de manera clara después de un intervalo de unos doce segundos. La tormenta duró casi dos horas, a veces arreciando con gran furia. Los prolongados ecos de los truenos que, tras cada relámpago, devolvían las montañas del contorno no cesaban hasta que otro conjunto de ecos retomaba el discurso, y las reverberaciones continuaban sin interrupción. En ocasiones se producía una pausa, interrumpida por una descarga, y después yo podía reconocer los ecos del Dent d'Hérens por sus peculiares repeticiones, y por el lapso de tiempo que transcurría.

De haber desconocido la existencia de este eco, habría supuesto que las resonancias eran el sonido original de explosiones no advertidas, ya que en intensidad eran difícilmente distinguibles de los truenos verdaderos. Durante toda la noche me pareció que éstos consistían en un solo sonido, crujiente e instantáneo^[46].

Si en vez de estar a menos de trescientos metros de los puntos de explosión (oyendo por tanto el trueno casi al mismo tiempo que veíamos el rayo y los ecos bastante tiempo después), nuestra situación hubiera sido tal que el ruido original nos llegase a la par que sus ecos, habríamos considerado que los ecos eran truenos de sucesivas explosiones.

De las numerosas tormentas que he presenciado en los Alpes, ésta es la única en la que pude hallar la prueba de que los ruidos posteriores al trueno proceden de los ecos y no necesariamente de descargas sucesivas ocurridas a distinta distancia, y cuyo sonido no llegara por tanto al mismo tiempo^[47].

Durante todo este tiempo el viento parecía soplar continuamente desde el este. Zarandeaba con tanta fuerza la tienda, a pesar estar parcialmente protegida por rocas, que llegamos a temer que pudiera ser arrastrada con nosotros en su interior, por lo cual, en los momentos de calma, salíamos para construir una muralla a barlovento. A las tres y media el viento viró hacia el noroeste y las nubes desaparecieron. Aprovechamos inmediatamente la oportunidad para hacer descender a uno de los portadores (bajo la protección de algunos de los otros, hasta algo más allá del Col du Lion) porque la tienda no podía acomodar a más de cinco personas. Desde este momento hasta la salida del sol, el tiempo fue variable. A veces hacía mucho viento y nevaba, y otras estaba en calma total. El tiempo inestable estaba evidentemente confinado al Cervino, pues cuando las nubes se alzaban veíamos todo el panorama que dominaba nuestro campamento. El Monte Viso, a 150 kilómetros de distancia, aparecía despejado, y el sol se puso gloriosamente tras las laderas del Mont Blanc. Pasamos la noche tranquila, e incluso cómodamente, en nuestros sacos, pero resultaba difícil dormir entre el ruido del viento, los truenos y las rocas cayendo. Mas perdoné al trueno a cambio del rayo. No creo que vea jamás un espectáculo más grandioso que aquella iluminación del Cervino.

Las grandes caídas de rocas siempre parecían ocurrir de noche, entre medianoche y el amanecer. Me di cuenta de esto en cada una de las siete noches que pasé en la ladera suroeste a alturas entre 3600 y 4000 metros.

Tal vez me equivoque al suponer que los desprendimientos nocturnos son mayores que los diurnos, ya que el sonido impresiona más en la oscuridad que cuando se ve su causa. Incluso un suspiro puede ser terrible en la quietud de la noche. Durante el día, la atención se encuentra dividida entre el sonido y la contemplación de las rocas que caen, o puede estar concentrada en otros asuntos. Pero lo cierto es que los mayores desprendimientos ocurridos de noche tenían lugar después de las doce, y esto lo relaciono con el hecho de que la temperatura mínima se suele alcanzar frecuentemente entre esta hora y el amanecer.

Nos levantamos a las tres y media del día 11 y vimos con desánimo que seguía nevando. A las nueve dejó de nevar y el sol apareció débilmente, así que recogimos nuestras cosas y nos dispusimos a intentar alcanzar El Hombro. Avanzamos con esfuerzo hasta las once y entonces volvió a nevar. Celebramos un consejo. Las opiniones que se expresaron eran unánimes contra la idea de seguir. Decidí la retirada porque habíamos ascendido menos de cien metros en dos horas y ni siquiera habíamos alcanzado la cuerda atada a las rocas que dejó el grupo de Tyndall en 1862. Con ese ritmo de progresión habríamos tardado hasta cinco horas en llegar a El Hombro. Ninguno de nosotros se atrevía a intentarlo en tales circunstancias, porque además de tener que mover nuestro propio peso, lo cual ya era bastante difícil en esa parte de la subida, teníamos que transportar mucho equipo pesado: la tienda, las mantas, provisiones, la escala y ciento cuarenta metros de cuerda, además de otros pequeños artículos. Esto, sin embargo, no era lo más grave. Suponiendo que alcanzáramos El Hombro, podíamos encontrarnos detenidos allí varios días, incapaces de subir ni de bajar^[48]. No podía arriesgarme a esa posibilidad ante mis obligaciones de presentarme en Londres al final de la semana.

Volvimos a Breuil por la tarde. El tiempo allí era bueno, y la gente de la posada recibió nuestro relato con evidente escepticismo. Les extrañaba oír que habíamos estado expuestos a una tormenta de nieve durante veintiséis horas. «¿Cómo?», dijo Favre, el posadero. «Aquí no ha nevado. Ha hecho buen tiempo durante toda su ausencia y sólo había una nube pequeña en la montaña». ¡Ay, la pequeña nube! Nadie, excepto quien lo haya sufrido, sabe cuán formidable obstáculo puede llegar a ser.

¿Por qué está sometido el Cervino a estos tremendos cambios meteorológicos? La primera respuesta es que, al estar tan aislado, atrae las nubes. Ésta no es una respuesta satisfactoria. Aunque la montaña está aislada, no lo está más que los picos vecinos para que atraiga nubes cuando los otros no lo hacen. No explica la nube a la que me he referido, que no se forma por la agregación de nubes errabundas más pequeñas (como la espuma se concentra alrededor de un leño en el agua), sino que se crea sobre la propia montaña y surge donde antes no se veían nubes. Se forma y se adhiere, sobre todo, a las laderas meridionales, y, especialmente, a la del sureste. Con frecuencia no llega a envolver la cima y pocas veces se extiende hasta el glaciar du Lion y al glaciar del Cervino. Se forma en días de buen tiempo, sin nubes y sin viento.

Opino que la explicación debe buscarse más en las diferencias de temperatura que en la altura o el aislamiento de la montaña. Me inclino a atribuir la variabilidad atmosférica en las laderas meridionales del Cervino en días de buen tiempo al hecho de que se trata de una montaña rocosa. Absorbe gran cantidad de calor y se rodea también de una atmósfera a mayor temperatura que

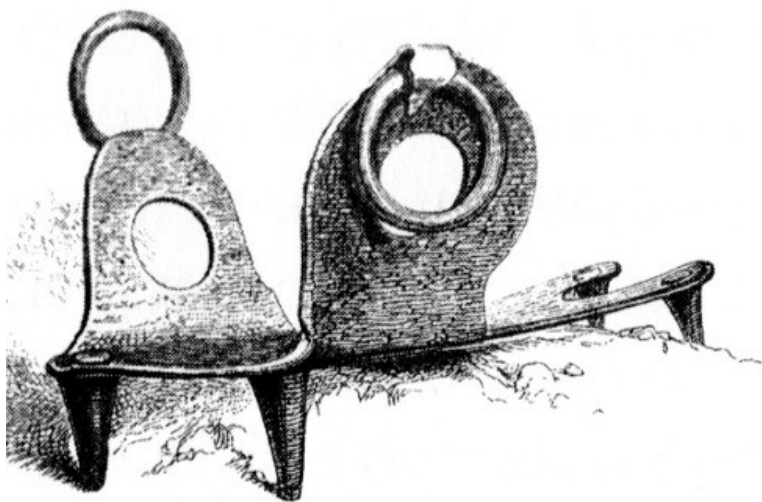
cumbres como el Weisshorn o el Lyskamm, que son esencialmente montañas de nieve^[49].

En ciertos estados de atmósfera la temperatura puede ser tolerablemente uniforme en amplias zonas y en grandes alturas. He visto el termómetro marcar 22 grados a la sombra en lo alto de un pico alpino de 4000 metros y sólo unos pocos grados más en puntos 2000 metros más abajo. En cambio, otras veces, hay diferencias de 20 o 30 grados entre puntos separados por una distancia similar.

Si la temperatura fuera uniforme o parecida en todas las vertientes del Cervino y hasta una considerable distancia sobre su cumbre, no se formarían nubes sobre la montaña. Pero si la atmósfera que la rodea es más caliente que las capas contiguas, se genera necesariamente una corriente ascendente, y parte del aire frío superpuesto será naturalmente atraído hacia ella, donde condensará rápidamente la humedad del aire cálido con el que entra en contacto. No sé explicar de otro modo las ráfagas descendentes de aire frío que ocurren cuando los alrededores están en calma. Las nubes se producen por el contacto de dos capas de aire, con temperaturas muy distintas, cargadas con humedad invisible, igual que ciertos líquidos incoloros producen una masa turbia y blanca al mezclarse. El orden, por tanto, es: viento a baja temperatura, niebla, lluvia, y nieve o granizo^[50].

Esta opinión está apoyada, hasta cierto punto, por el comportamiento de las montañas vecinas. El Dom (4554 metros) y el Dent Blanche (4634) poseen ambos grandes riscos de roca desnuda en sus laderas meridionales, y sobre ellas suelen formarse nubes con buen tiempo, al igual que en el Cervino. Sin embargo, el Weisshorn (4512 metros) y el Lyskamm (4538), montañas de similar altura y situación parecida, suelen permanecer perfectamente claras.

Llegué a Châtillon a medianoche del día 11, derrotado y desconsolado, pero, como un jugador que pierde todas sus apuestas y aumenta su determinación de seguir jugando a ver si la suerte cambia, volví a Londres dispuesto a diseñar nuevas combinaciones y trazar nuevos planes.



PRIMERA TRAVESÍA DEL PASO DEL MOMING-ZERMATT

Un líder osado es siempre un peligro.

EURÍPIDES

El 1 de julio, Cruz y yo fuimos a Sierre, en el Valais, pasando por el Col de Balme, el Col de Forclaz y Martigny. El lado suizo del Forclaz no honra a Suiza. El camino desde Martigny a la cumbre ha mejorado en los últimos años, pero la presencia de mendigos lo desfiguran.

Pasamos junto a muchos cansados viandantes que subían con aquel calor perseguidos por grupos de niños mendicantes. Esos niños pululan como gusanos en un queso podrido. Llevan cestas de frutas con las que atosigan al turista, revoloteando a su alrededor como moscas, poniéndole la fruta en la cara y agobiándolo con su insistencia. Hay que tener cuidado con ellos y no conviene tocar ni probar su fruta. A ojos de esos niños, cada albaricoque y cada uva valen su peso en oro. Es tan inútil enfadarse con ellos como con un enjambre de avispas: sólo se consigue que zumben más. Da igual lo que se haga o lo que se diga, el final es siempre el mismo: «Deme algo»; es el alfa y el omega de sus discursos. Se dice que aprenden la frase antes que el alfabeto. Está en boca de todos. Desde el pequeñajo hasta la muchacha de dieciséis años, sólo se escucha ese coro universal: «Deme algo. Tenga la bondad de darme algo».

Desde Sierre subimos por Val d'Anniviers hasta Zinal para reunimos con nuestros compañeros Moore^[51] y Almer. Moore aspiraba a descubrir una ruta más corta que la conocida entre Zinal y Zermatt^[52]. Me había mostrado, sobre el mapa de Dufour, que una línea directa entre ambos lugares pasaba exactamente sobre la depresión entre el Zinal-Rothorn y el Schallhorn. Confiaba en encontrar un paso sobre esta depresión y creía que, al ser directo, resultaría una ruta más rápida que la que, mediante rodeos, cruzaba Triftjoch y el Col Durand.

Nos estaba esperando y en seguida comenzamos a subir el valle. Franqueando el pie del glaciar Zinal, nos dirigimos al Arpitetta Alp, donde se suponía que había un chalé en el que podríamos pasar la noche. Al final lo encontramos^[53], pero defraudó nuestras expectativas. No era uno de esos hermosos chalés de madera, con salientes aleros cubiertos de sentencias pías grabadas en caracteres ininteligibles. Era una choza que parecía brotar de la ladera, techada con toscos fragmentos de pizarra, sin puerta ni ventanas, y rodeada por montones de excrementos y porquería de toda clase.

Un sucio individuo nos invitó a entrar. El interior estaba oscuro, pero cuando nuestros ojos se acostumbraron a la oscuridad, vimos que nuestro «palacio» medía unos cinco metros por seis. Uno de sus lados tenía apenas metro y medio de altura, y el otro, dos. En ese lado había una plataforma de 1,80 metros de ancho, cubierta de sucia paja y pieles de oveja aún más sucias. Éste era el dormitorio. El resto de la estancia era el salón y a la vez la fábrica, porque allí se elaboraba queso, y el hombre estaba ocupado en esa labor. Para ello, soplabla repetidamente sobre una tina y luego se sentaba de nuevo en una banqueta de un solo pie, para tomar aliento y dar unas chupadas a una pipa corta, tras lo cual, repetía la operación. Nos dijo que este procedimiento era necesario,

aunque a nosotros nos pareció desagradable. Tal vez eso explique el olor de algunos quesos suizos.

Grandes y oscuras nubes plomizas ascendían desde Zinal y se encontraban sobre el glaciar Moming con otras que procedían del Rothorn. Llovía a torrentes y retumbaban los truenos. Los pastores corrieron a buscar refugio, porque el ganado, sin necesidad de ser conducido, rompió a correr ladera abajo como disputando una carrera. Hombres, vacas, cerdos, ovejas y cabras olvidaron sus animosidades y se precipitaron hacia el único refugio de la montaña. Se había roto el hechizo que retuviera a los elementos durante algunas semanas y el anfiteatro que se extiende desde el Weisshorn hasta Lo Besso era el escenario donde exhibían su furia.

Una sombría mañana sucedió a una noche desagradable. Debatíamos entre nosotros si avanzar o regresar valle abajo. Pensamos que el bien vencería al mal, así que a las seis menos veinte de la mañana salimos del chalé para dirigirnos hacia nuestro paso (entre los ánimos que nos daban los alpinos para que no nos preocupáramos por el tiempo, ya que no era posible lograr a nuestro objetivo)^[54].

Nuestra ruta nos condujo al principio sobre laderas comunes y luego sobre una lisa superficie de glaciar. Antes de abandonarla era necesario determinar la ruta exacta que íbamos a seguir. Nuestras opiniones estaban divididas. Yo propuse marchar hacia el sur y alcanzar la parte alta del glaciar Moming dando un gran rodeo hacia la derecha. Mi sugerencia fue rechazada unánimemente. Almer quería dirigirse hacia unas rocas al suroeste del Schallhorn y llegar sobre ellas a la parte superior del glaciar. Cruz aconsejaba una ruta intermedia, escalando una zona muy empinada y abrupta del glaciar. La ruta de Cruz parecía impracticable porque hubiera requerido practicar muchos cortes en el hielo. Las rocas de Almer no tenían buen aspecto y probablemente no eran escalables. Yo pensaba que ambas rutas eran malas y me negué a votar por ninguna de ellas. Moore vaciló, Almer cedió y se adoptó la ruta de Cruz.

Sin embargo, no avanzamos mucho y el propio Cruz descubrió pronto que la empresa era excesiva y, después de mirarnos de reojo para ver qué pensábamos, sugirió que, después de todo, tal vez sería más sensato escalar las rocas del Schallhorn. Es decir, proponía abandonar su ruta y adoptar la de Almer. Nadie se opuso al cambio de planes y, en ausencia de instrucciones contrarias, se dispuso a tallar escalones en la ladera de hielo que conducía a aquellas rocas.



Michael Croz, el guía de Whymper que abrió la puerta hacia la cima del Cervino.

Si el lector consulta el mapa del valle de Zermatt, verá que, al abandonar las laderas del Arpitetta Alp, tomamos un derrotero hacia el sureste sobre el glaciar del Moming. Poco después de llegar al hielo, nos detuvimos para perfilar el plan de ataque. Las rocas del Schallhorn, cuya escalada recomendaba Almer, se encontraban entonces a nuestro sureste. La ruta propuesta por Croz pasaba por el suroeste de las rocas y llevaba hasta el lado sur del glaciar, muy empinado y quebrado^[55]. La parte que se proponía atravesar era sin duda practicable. La abandonó porque requería mucho trabajo en el hielo. Pero la zona del glaciar que se interponía entre su ruta y las rocas de Almer era impracticable en toda la extensión de la palabra. Pasaba sobre una prolongación de las rocas y quedaba partida por ellas. La parte superior estaba separada de la inferior por una larga ladera de hielo construida por los bloques del glaciar que habían caído desde arriba. La base de esta ladera aparecía rodeada de cantidades inmensas de enormes bloques precipitados por los aludes. Los bordeamos cautelosamente y, cuando Croz se detuvo, los habíamos dejado muy abajo y nos encontrábamos a medio camino de la gran ladera que conducía a la base del paredón de hielo.

Croz comenzó a cortar peldaños en esa ladera. Era como hacer un movimiento de flanco ante un enemigo que podía atacarnos en cualquier momento. El peligro era evidente. Era una locura monstruosa. Lo prudente hubiera sido retirarse^[56].

«No me avergüenza confesar», escribió Moore en su diario, «que, durante todo el tiempo que estuvimos cruzando esa ladera, sentía mi corazón en la garganta, y nunca me he sentido tan aliviado de una preocupación como cuando, tras un pasaje de unos veinte minutos, llegamos a la seguridad de las rocas... Nunca había oído un juramento en boca de Almer, pero el lenguaje en el que iba haciendo comentarios, más para sí mismo que para mí, mientras avanzaba, era más fuerte de lo que pudiera haber imaginado en él. Su sentimiento predominante parecía ser el de indignación por encontrarnos en tal situación, y de culpabilidad por participar en ella. El énfasis con el que exclamaba a intervalos “¡Rápido, rápido!”, demostraba suficientemente su alarma».

No era necesario meter prisa a Croz. Él era tan consciente del peligro como los demás. Después me dijo que ese lugar era el más peligroso que había cruzado jamás y que bajo ninguna circunstancia volvería a pasarlo. Croz se esforzó virilmente por escapar de la inminente destrucción. Su cabeza, inclinada sobre su trabajo, no se volvía nunca a derecha ni a izquierda. Su piolet golpeaba una, dos, tres veces... y entonces pisaba en el lugar donde había estado tallando: ¡Cuán inseguros habríamos considerado esos peldaños en otro momento! Pero ahora sólo pensábamos en las rocas que teníamos enfrente y en los traicioneros pináculos de hielo que acechaban encima, dispuestos a precipitarse en cualquier momento.

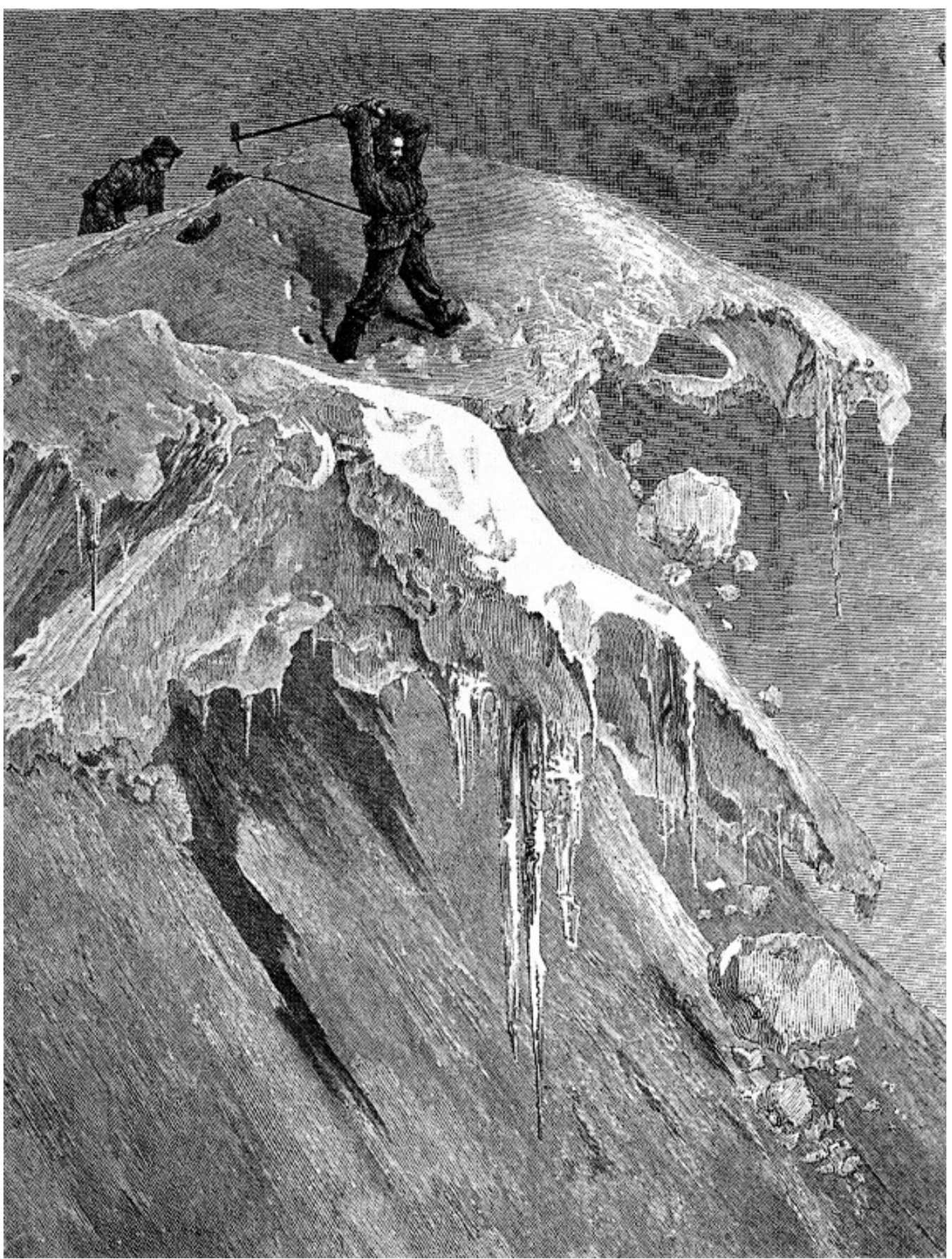
Llegamos a salvo hasta las rocas y, aunque hubieran sido el doble de difíciles, habríamos quedado satisfechos. Nos sentamos para tranquilizar nuestro ánimo con la mirada fija en los pináculos de hielo bajo los cuales habíamos pasado. Sin un sonido de aviso previo, uno de los más grandes, alto como el monumento del Puente de Londres, se precipitó ladera abajo. La imponente masa pareció balancearse como si girara sobre un gozne (manteniéndose unida hasta los treinta grados de inclinación), luego se quebró por la base y, dividida en miles de fragmentos, cayó

verticalmente sobre la ladera que acabábamos de cruzar. Hasta el último vestigio del camino que habíamos hecho quedó borrado, toda la nieve reciente fue arrastrada y una ancha sábana de hielo cristalino mostró la irresistible fuerza con la que había caído.

Resultaba inexcusable haber seguido una ruta tan peligrosa, pero es fácil comprender por qué se tomó. Habernos retirado desde el lugar donde Cruz sugirió un cambio de plan, haber descendido por debajo del alcance del peligro y haber remontado de nuevo por la ruta sugerida por Almer, hubiera sido tanto como renunciar a la expedición, porque nadie hubiera estado dispuesto a pasar otra noche en la cabaña de Arpitetta Alp. «Muchos», dice Tucídides, «ven los peligros que les esperan, pero se ven obligados a afrontarlos por miedo al deshonor, como el mundo lo llama, con lo cual, vencidos por una palabra, caen en calamidades irremediables». Tal fue prácticamente nuestro caso. Nadie podía justificar el camino seguido y todos sabíamos bien el peligro que corríamos; sin embargo, asumimos deliberadamente —aunque a regañadientes— un grave riesgo, antes de admitir, mediante la retirada de una posición insostenible, que se había cometido un error de cálculo.

Tras un laborioso avance sobre muchas clases de nieve y diversidad de vapores —desde los propios de una niebla escocesa a los de una bruma londinense—, llegamos por fin a la depresión entre el Rothorn y el Schallhorn^[57]. Por el lado correspondiente a Zinal había una empinada ladera de nieve, pero no sabíamos cómo sería el descenso por el otro lado, ya que nos impedía la visión una cornisa de nieve empujada sobre la cresta por los vientos del oeste y suspendida sobre Zermatt como una ola marina congelada en el momento de romperse^[58].

Cruz, sujeto por los demás, que permanecían en el lado de Zinal, echó hacia atrás los hombros, se acercó a la masa de nieve y cortó la cornisa donde ésta se unía a la cresta. Luego saltó atrevidamente y nos llamó para que le siguiéramos.



Moming Pass, en 1864.

Éramos afortunados al contar con un hombre así como guía. Otro inferior o menos atrevido hubiera vacilado en iniciar el descenso en medio de una niebla espesa, y el propio Croz habría hecho bien en detenerse de no hallarse en tan buena forma física. Su actuación parecía decir: «Por donde hay nieve espesa, pueden pasar hombres. Donde hay hielo se puede abrir camino. Es cuestión de voluntad y yo la tengo. Sólo tienen que seguirme». Lo cierto es que no escatimó esfuerzos y, de haber realizado sobre el escenario de un teatro las hazañas que ejecutó en esta ocasión, habría provocado atronadores aplausos. Esto es lo que Moore escribió en su diario:

«El descenso se asemejaba mucho al del Col de Pilatte, pero era mucho más empinado y más difícil, lo que ya es decir mucho. Croz se encontraba en su elemento y escogía el camino con maravillosa sagacidad, mientras Almer mantenía una posición igual de honorable y quizás de más responsabilidad en la retaguardia, donde cumplía con su habitual firmeza... Un paso en concreto se ha impreso en mi memoria como uno de los más difíciles que he superado nunca. Teníamos que pasar por una cresta de hielo afilada como un cuchillo. A nuestra izquierda se abría un profundo abismo cuyo fondo se perdía en una neblina azul y, a nuestra derecha, a un ángulo de 70 grados o más, caía una pendiente hacia un precipicio similar. A medida que Croz avanzaba por el borde, iba practicando pequeñas hendiduras en el hielo, donde nosotros colocábamos los pies, con los dedos hacia fuera, haciendo todo lo posible por conservar el equilibrio. Mientras pasaba de uno de esos precarios asideros a otro, me tambaleé por un momento. No había llegado a perder pie, pero la angustiada voz con la que Almer, detrás de mí, exclamó al verme tropezar, “¡No resbale, señor!”, nos dio una impresión aún más clara de la inseguridad de nuestra posición. Una gran grieta, cuyo borde superior estaba bastante más alto que el inferior, y que no podía saltarse ni rodearse, amenazaba con convertirse en una barrera insuperable. Pero Croz demostró estar a la altura de las circunstancias. Sostenido por el resto del grupo, cavó una serie de agujeros para los pies a lo largo de la pared de hielo casi perpendicular que formaba el lado superior del cortado. Bajamos por esa resbaladiza escalera, cara a la pared, hasta un punto donde la anchura de la grieta no era tanta que impidiera saltarla. Antes nos habíamos acostumbrado ya a saltar sobre las grietas. Para resumir la historia, tras una lucha desesperada y emocionante y un trabajo sobre el hielo tan difícil como quepa imaginar, llegamos a la parte superior del glaciar Hohlicht».

Las perspectivas que habíamos obtenido de la parte inferior de dicho glaciar eran desalentadoras, así que decidimos cruzar el crestón comprendido entre ella y el glaciar Rothorn, lo que conseguimos tras mucho esfuerzo. De nuevo alcanzamos una altura de más de 3600 metros. Al final seguimos la ruta del menospreciado Triftjoch y descendimos por el camino áspero pero conocido que lleva a ese paso, llegando al hotel Monte Rosa de Zermatt a las siete y veinte de la tarde. Habíamos empleado casi doce horas de caminata desde el chalet de Arpitetta Alp (que estaba a dos horas y media por encima de Zinal) y, por tanto, descubrimos que el paso de Moming no era la ruta más breve entre Zinal y Zermatt, aunque fuera la más directa.

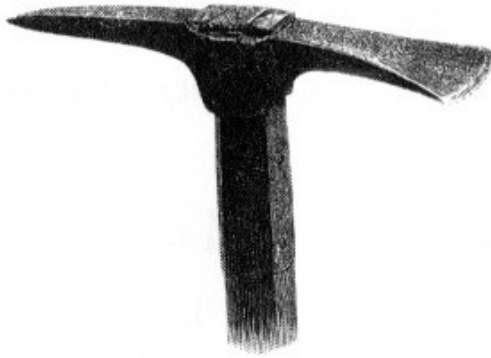
Es muy común ver, junto a la fachada del hotel Monte Rosa, hasta dos docenas de guías entre buenos, medianos y malos, tanto franceses como italianos o suizos, esperando ser contratados, mirando a los recién llegados y especulando sobre el número de francos que podrán sacarles. Los

messieurs —vestidos a veces de manera extraña y estrafalaria— se encuentran de pie, en grupos, sentados en sillas o recostados en los bancos junto a la puerta. Llevan botas extraordinarias y sombreros más extraordinarios aún. Sus rostros, pelados, curtidos e hinchados, merecen estudio. Algunos, con mucha atención y continuo cuidado, han conseguido un color siena uniforme, pero la mayoría no han sido tan afortunados. Se han despellejado en las rocas y se han abrasado en los glaciares. Sus mejillas, primero hinchadas y luego agrietadas, han exudado una materia semejante a la trementina, que ha corrido por su cara secándose en algunos puntos, como la resina de los troncos de los pinos. Al quitársela, se han llevado también grandes trozos de piel. Su caso ha ido de mal en peor, haciéndose irremediable. Han recurrido a cuchillos y tijeras, y esmerada y cuidadosamente han intentado reducir sus mejillas a un matiz uniforme. No ha de hacerse, pero ellos han proseguido fascinados, y al final han llevado sus felices semblantes a un estado de completa y desesperada ruina. Sus labios están agrietados, sus mejillas hinchadas, sus ojos enrojecidos y sus narices peladas e indescriptibles.

Tales son los «placeres» del montañero. Despectivo y burlón, el recién llegado compara el espectáculo con su propio rostro terso y sus manos cuidadas, sin darse cuenta de que él también puede figurar pronto entre aquellos a quienes ahora ridiculiza.

Hay un talante de franqueza entre estos hombres de singular rostro y extraños atavíos que no recuerda a los salones de la vida urbana. Es grato ver, en el Club Alpino de Zermatt, cómo nuestros compatriotas, a menudo demasiado fríos, se deshielan en ese ambiente, y también resulta agradable contemplar la calurosa bienvenida que el hostelero y su excelente esposa dan a los recién llegados.

Dejé aquella alegre compañía para recoger cartas en la oficina de correos. Las noticias que traían eran pésimas y mis vacaciones terminaron repentinamente. Esperé la llegada de Reilly (que estaba haciendo los preparativos para el ataque del Cervino) sólo para informarle de que nuestros planes se habían trastocado, y luego viajé hacia Inglaterra de día y noche tan deprisa como podían llevarme los expresos.



PERDIDOS EN EL COL D'HÉRENS. MI SÉPTIMO INTENTO EN EL CERVINO

*¡Oh, dioses inmortales!,
¿dónde nos encontramos?*

CICERÓN

Habríamos salido hacia Zermatt a las siete de la mañana del día 18 si Biener no hubiera pedido permiso para asistir a misa en Evolène, una aldea situada a dos horas y media de Abricolla. Lo obtuvo con la condición de que no volviera más tarde de mediodía, pero no llegó hasta las dos y media, desbaratando nuestros planes.

El paso que íbamos a cruzar y que nos llevaría hasta Zermatt, el Col d'Hérens, es una de las pocas rutas glaciares de la región que se conocen desde tiempos inmemoriales. Se utiliza frecuentemente en verano y es una ruta muy fácil, a pesar de que su cima se encuentra a 3480 metros sobre el nivel del mar.

Desde Abricolla hasta lo alto del paso, el camino transcurre por encima del glaciar de Ferpècle. El glaciar asciende con suaves ondulaciones, sus grietas son pequeñas y pueden sortearse con facilidad, y lo único que hay que hacer después de llegar al hielo es seguir hacia el sur lo más directamente posible. De esta manera se alcanza la cima del paso en unas dos horas.

Naturalmente, al llegar al glaciar nos encordamos y Biener se situó a la cabeza, ya que él había cruzado el paso con frecuencia. Suponíamos que su experiencia nos ahorraría tiempo. Habíamos cubierto aproximadamente la mitad de la ascensión cuando una pequeña nube se cernió sobre nosotros. Era tan tenue y ligera que no pensamos que nos pudiera ocasionar ningún problema, así que en aquel momento no tomé la precaución de estimar el camino que debíamos seguir, es decir, de observar nuestra situación exacta en relación con la cima del paso.

Durante un rato Biener progresó siguiendo una trayectoria más o menos recta, pero, al final, comenzó a desviarse, a veces hacia la derecha y a veces hacia la izquierda. Cuando Croz se percató de ello, se adelantó inmediatamente y, sacudiendo al pobre joven por los hombros, le dijo que era un imbécil, que se desatara y que se pusiera atrás. Biener parecía medio asustado y obedeció sin rechistar. Croz empezó a guiarnos vigorosamente y mantuvo una línea recta durante algunos minutos. Luego, a mi parecer, comenzó a desviarse hacia la izquierda. Miré hacia atrás, pero la niebla era ya demasiado densa como para ver nuestras huellas, así que seguimos a nuestro guía. Al final, los demás (que iban atrás y en mejor posición para juzgar) pensaron igual que yo, y llamamos a Croz para expresarle nuestra opinión. Recibió nuestras críticas sin molestarse, pero cuando Biener abrió la boca, aquello le pareció excesivo y volvió a decir al joven:

—Eres un imbécil. Te apuesto veinte francos contra uno a que mi ruta es mejor que la tuya. Veinte francos, imbécil.

Almer se puso al frente. Nos hizo volver atrás unos cien metros y luego empezó a trazar una

tangente respecto a la curva de Croz. Seguimos ese curso durante media hora y entonces estuvimos seguros de que no nos encontrábamos en la ruta correcta, porque la ladera nevada era cada vez más empinada. Fuimos derivando cada vez más hacia la derecha para evitarla, pero al final me rebelé, ya que llevábamos bastante tiempo marchando casi hacia el suroeste, en una dirección completamente equivocada. Tras una larga discusión, volvimos sobre nuestros pasos y giramos hacia el suroeste, pero continuamente encontrábamos empinadas pendientes y, para evitarlas, caminábamos hacia la derecha o la izquierda, según fuera necesario.

Estábamos muy confusos y no sabíamos si nos encontrábamos demasiado cerca del Dent Blanche o demasiado cerca de la Tête Blanche. La nube se había hecho más densa y era ya como una moderada niebla londinense. No había rocas ni ecos para orientarnos y la guía de la brújula nos llevaba invariablemente hacia esas laderas empinadas. Los hombres estaban muy cansados. Todos habían intentado dirigir una o varias veces y, al final, renunciaron y preguntaron qué podíamos hacer. Eran las siete y media y sólo quedaba una hora de luz. Empezábamos a sentirnos agotados porque llevábamos tres horas y media avanzando a buen paso, así que dije:

—Mi consejo es éste: volvamos sobre nuestros pasos y descendamos lo más rápido posible sin perder el rastro ni por un momento.

Todos aceptaron mi consejo, pero, cuando comenzábamos a descender, las nubes se levantaron un poco y nos pareció ver el Col. Estaba a nuestra derecha y nos dirigimos rápidamente hacia allí. Antes de que hubiéramos dado cien pasos volvió a caer la niebla. A pesar de ello, seguimos avanzando unos veinte minutos más y entonces, como la noche llegaba rápidamente y seguíamos encontrando laderas empinadas, nos dimos la vuelta y, casi a la carrera, conseguimos salir del glaciar Ferpècle justo cuando la oscuridad se hacía completa. Llegamos por fin a nuestro triste chalet y nos acostamos sin cenar porque se había acabado la comida. Todos estábamos muy enfadados, por no decir encolerizados, y sólo había acuerdo en quejarse de Biener.

A las siete de la mañana del día 19 nos pusimos en marcha por tercera vez hacia el Col d'Hérens. Hacía buen tiempo y fuimos recuperando el buen humor cuando vimos las torpezas cometidas el día anterior. El itinerario oscilante de Biener no estaba tan errado, pero Croz se había alejado de la ruta correcta desde el primer momento y había trazado un semicírculo completo, de modo que, cuando le detuvimos, estábamos orientados hacia Abricolla, de donde habíamos salido. Almer había comenzado con mucho acierto, pero siguió durante demasiado tiempo y había cruzado la ruta correcta. Cuando yo les detuve (porque íbamos hacia el suroeste), nos encontrábamos bastante cerca de Tête Blanche. Nuestro último intento fue en dirección correcta, estábamos a punto de alcanzar la cima del paso y cincuenta metros más adelante habríamos comenzado a descender. No hace falta decir que de haber consultado la brújula en el momento adecuado —cuando cayó la niebla— nos habríamos evitado todos esos problemas. Después ya servía para poco, excepto para decirnos cuándo estábamos mal orientados.

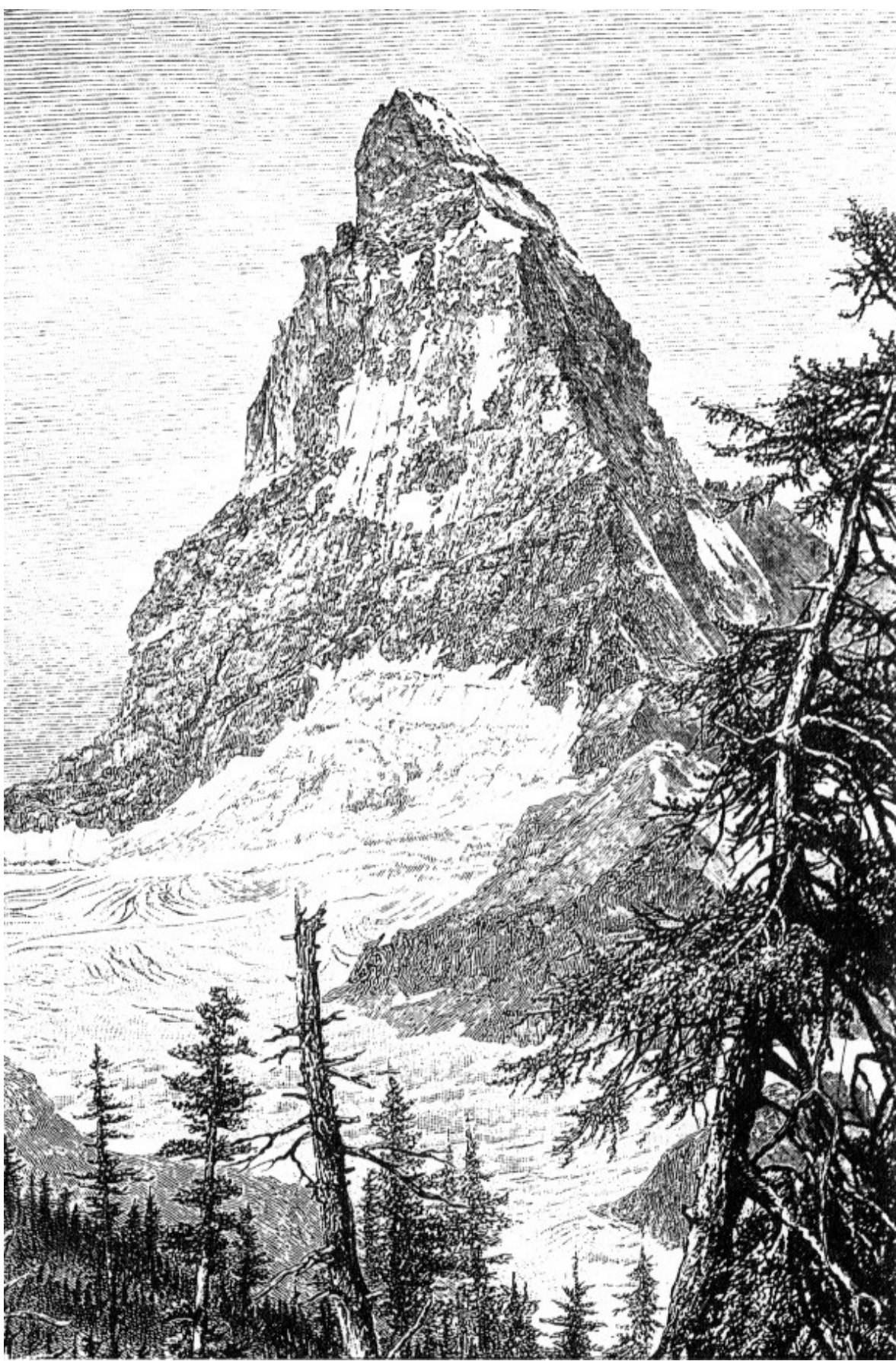
Llegamos a Zermatt en seis horas y media desde Abricolla, y la hospitalidad de Séller nos resultó muy reconfortante. El día 20 subimos al paso Théodule y ascendimos desde su cima al Théodulhorn (3472 metros) con el fin de examinar una ruta que yo había sugerido para el Cervino. Antes de continuar con la descripción de nuestras actividades debo detenerme un instante para

explicar por qué propuse esta nueva ruta en lugar de la de la arista suroeste.

El Cervino puede ser dividido en tres partes. La primera está orientada hacia el glaciar Z'Mutt y parece completamente inaccesible. La segunda, que mira hacia el este, es también inexpugnable. La tercera, orientada hacia Breuil, era la única que ofrecía ciertas esperanzas. Desde esta última dirección había realizado todos mis intentos previos. Se recordará que también Hawkins, Tyndall y los guías de Val Tournanche intentaron el ascenso por ese lado. ¿Por qué abandonar entonces una ruta que había demostrado ser factible hasta cierto punto?

La abandoné por cuatro razones. 1.^a Debido a mi creciente aversión por la escalada en aristas y mi preferencia por las laderas nevadas y rocosas. 2.^a Porque estaba convencido de que los cambios meteorológicos (que nos habían derrotado varias veces) podían ocurrir una y otra vez. 3.^a Porque descubrí que la pendiente de la cara este era engañosa. Parecía casi perpendicular, cuando, de hecho, su ángulo apenas superaba los 40 grados. 4.^a Porque observé por mí mismo que los estratos de la montaña se inclinaban hacia el oeste-suroeste. No es necesario añadir nada más de lo dicho sobre los dos primeros puntos, pero sobre los dos últimos resultan indispensables algunas palabras. Consideremos en primer lugar por qué la mayoría de la gente recibe una impresión tan exagerada de la inclinación de la cara oriental.

Cuando se contempla el Cervino desde Zermatt, se está observando la montaña casi desde el noreste. Por tanto, la cara orientada hacia el este no se ve de perfil ni de frente, sino desde un punto de vista intermedio, lo que hace que parezca más inclinada de lo que realmente es. La mayoría de los visitantes de Zermatt suben hasta Riffelberg o Gornergrat y, desde esos lugares, la montaña parece aún más vertical, porque su cara oriental (que es prácticamente lo único que se ve) aparece directamente de frente. Desde el hotel Riffel, la pendiente parece presentar un ángulo de 70 grados. Si el turista continúa hacia el sur y cruza el paso Théodule, llega a estar enfrente de la cara oriental, que entonces parece absolutamente perpendicular. Pocas personas corrigen la errónea impresión que se obtiene desde esos miradores estudiando el perfil de la ladera y la mayoría abandonan el lugar con una idea inexacta y exagerada de la verticalidad de ese lado de la montaña, porque han considerado la cuestión desde un único punto de vista.



Cervino desde Riffelberg

Tuvieron que pasar varios años antes de que yo abandonara mis primeras y falsas impresiones sobre la pendiente de ese lado del Cervino. En primer lugar, vi que había lugares en esa cara oriental donde la nieve era permanente durante todo el año. No me refiero a neveros protegidos, sino a las amplias laderas que se ven a media altura de la montaña. Tales laderas nevadas no podrían mantenerse durante todo el verano a no ser que la nieve pudiera acumularse en gran cantidad durante el invierno, y la nieve no puede acumularse de esa forma en ángulos que superen los 45 grados^[59]. Así llegué a la conclusión de que la pendiente de la cara oriental estaba lejos de ser perpendicular, y, para asegurarme, fui hasta las laderas entre los glaciares Z'Mutt y Cervino, por encima de los chalets de Staffel, desde donde se podía contemplar la cara de perfil. El aspecto que presentaba desde allí asombraría a quien sólo la hubiera visto desde el este. Tiene una apariencia tan distinta al precipicio aparentemente liso e inexpugnable que se ve desde Riffelberg que cuesta creer que sea la misma pendiente. Su ángulo apenas supera los 40 grados.

Cuando lo comprendimos, dimos un gran paso adelante. Sin embargo, esta observación no me habría llevado por sí sola a intentar la ascensión por la cara oriental en vez de hacerlo por la suroccidental. Cuarenta grados tal vez no parezca una inclinación formidable para el lector y no lo es en un tramo pequeño. Pero es poco frecuente encontrar un declive tan pronunciado y sostenido como el ángulo de la pendiente de una gran montaña, y en los Alpes se encuentran muy pocos ejemplos de un ángulo así con una caída de 900 metros.

No creo que la inclinación ni la altura de esta ladera hubieran desanimado a los escaladores, de no haber parecido, además, tan completamente lisa. A primera vista no había lugar donde agarrarse. Algunas de las dificultades de la ladera suroccidental procedían de la lisura de las rocas, aunque incluso desde lejos parecía bastante fragmentada. Por tanto, se podía esperar una dificultad mucho mayor aún en la escalada de una pared que, observada de cerca, parecía lisa y continua.

Un problema más serio para la escalada de la cara suroccidental se encuentra en los salientes rocosos que presenta. La gran masa del Cervino está compuesta de estratos rocosos regulares que se alzan hacia el este. En el texto se ha mencionado en más de una ocasión que las rocas de algunas partes de la ladera que va desde el Col du Lion hasta la cima presentan salientes pronunciados. Es fácil entender que se trata de obstáculos importantes para los escaladores y que la posibilidad de superarlos depende en gran medida de la frecuencia de grietas y fisuras. Las rocas de la cara suroeste presentan numerosas grietas, pero, de no ser así, su textura y disposición las harían inexpugnables^[60].

No es posible pasar una sola vez sobre las rocas de la ladera suroccidental, desde el Col du Lion hasta la base de la Gran Torre, sin ver estos salientes que cuelgan sobre el vacío, ni se puede dejar de observar que esta característica es lo que provoca que los fragmentos rotos por las heladas no permanezcan *in situ* sino que se precipiten hacia abajo. Cada día los desprendimientos barren la ladera y apenas se ve otra cosa que roca firme^[61].

Hace mucho que se señaló que la montaña está compuesta por series de estratos. De Saussure observó esta característica, y en su libro *Viajes por los Alpes* comenta de forma explícita que los estratos «se alzan hacia el noreste con un ángulo de unos 45 grados». Forbes también recoge el

dato, aunque opina que los estratos están «casi horizontales». En mi opinión, la realidad se encuentra a mitad de camino entre ambas apreciaciones.

Yo conocía las dos descripciones mencionadas, pero ese conocimiento no me resultó de utilidad práctica alguna hasta que lo observé por mí mismo. No fue hasta mi fracaso en 1863 cuando relacioné las especiales dificultades de la cara suroeste con los estratos salientes, pero una vez convencido de que el obstáculo principal era la estructura y no la textura, era razonable suponer que la cara opuesta —es decir, la oriental— podía ser comparativamente más fácil. Esta deducción trivial fue la clave del ascenso al Cervino.

La cuestión era si los estratos mantenían una inclinación similar en toda la montaña. De ser así, en vez de ser absolutamente impracticable, esa gran cara oriental sería todo lo contrario. De hecho, formaría una gran escalinata natural, con escalones inclinados hacia dentro, y su aspecto liso podría no tener importancia, ya que esa inclinación ofrecería buen apoyo para los pasos.

Tal parecía ser el caso, al menos por lo que se podía juzgar desde la distancia. Cuando nevaba en verano, aparecían largas líneas de terrazas en la montaña, más o menos paralelas entre sí, y en esas ocasiones la cara oriental quedaba a menudo completamente blanca, mientras que las otras permanecían oscuras, ya que la nieve no se depositaba en ellas.

El propio perfil de la montaña confirmaba también la suposición de que su estructura sería una ayuda en el ascenso por la cara oriental, aunque dificultara la escalada por las demás. Si miramos una fotografía del pico tomada desde el noreste veremos que, hacia la derecha (la parte orientada al glaciar Z'Mutt), hay una frecuente repetición de salientes rocosos orientados hacia abajo, y que, en la ladera de la izquierda (sureste) las formas son precisamente las contrarias. No cabe duda de que los contornos de la montaña, vistos desde esa dirección, se ven afectados por la inclinación de los estratos.

Por tanto, no fue por capricho que invité a Reilly a unirse a un ataque de la cara oriental, sino por la creciente convicción de que podía tratarse de la ruta más fácil hasta la cumbre. De no habernos visto obligados a separarnos, la montaña habría sido sin duda conquistada en 1864.

En cuanto mis guías pudieron contemplar el perfil de la cara este, mientras descendíamos el glaciar Z'Mutt hacia Zermatt, admitieron enseguida que se habían engañado respecto a la pendiente que presentaba. Sin embargo no creían que fuera fácil escalarla, y Almer y Biener se declararon decididamente contrarios a intentarlo. Yo cedí de momento ante su falta de entusiasmo y ascendimos el Théodulhorn para examinar una ruta alternativa, confiando en que les pareciera más fácil ya que gran parte de la misma transcurría sobre nieve.

En el Cervino hay una grieta inmensa que sube desde el glaciar del mismo nombre hasta un punto bastante elevado sobre la cara sureste. Propuse subir por ella hasta el final y luego cruzar por la arista sureste hasta la cara oriental. Esto nos llevaría al final de la gran ladera nevada en el centro de la cara oriental. Esta ladera podría cruzarse en diagonal para llegar a la nieve sobre la arista noreste, muy cerca de la cima. El resto de la escalada podría desarrollarse sobre las rocas fragmentadas y mezcladas con nieve del lado norte de la montaña. Croz captó la idea

inmediatamente y consideró factible el plan. Perfilamos los detalles y descendimos a Breuil. Convocamos a Luc Meynet, el jorobado, quien se mostró muy contento de recuperar su antiguo puesto de porteador de la tienda. Poco después, la cocina de Favre estaba ajetreada preparando raciones para tres días, porque ésa era la duración prevista para la escalada. La primera noche dormiríamos sobre las rocas en lo alto de la grieta, al día siguiente intentaríamos hacer cumbre y regresar a la tienda; y el tercer día volveríamos a Breuil.

Salimos a las seis menos cuarto de la mañana del 21 de junio, y durante tres horas seguimos la ruta del Breuiljoch. Llegamos así a un punto desde el que teníamos una perspectiva completa de la grieta. Cuanto más nos acercábamos, más favorable parecía a nuestro propósito. Contenía gran cantidad de nieve, depositada sobre una inclinación pequeña y parecía que, al menos la tercera parte de la ascensión, sería muy sencilla. Algunas marcas en la nieve de la base sugerían que por allí caían piedras, y como medida de precaución ascendimos al principio por uno de sus lados, al amparo de los salientes. Nada cayó, así que continuamos subiendo por el lado de la derecha, a veces hollando la nieve y otras, trepando por las rocas. Poco después de las diez de la mañana llegábamos a un lugar conveniente para hacer un alto y nos detuvimos a descansar sobre unas rocas cercanas a la nieve, desde las cuales teníamos una excelente perspectiva de la grieta.

Mientras los hombres sacaban la comida, trepé a un pequeño promontorio para examinar con más detenimiento la ruta propuesta, y para admirar nuestro noble collado, que se adentraba trescientos metros casi en línea recta hasta el corazón de la montaña. Luego giraba hacia el norte y subía hasta la cresta de la arista sureste. Sentí curiosidad por saber qué había tras esa curva y, mientras seguía con la mirada los delicados surcos que presentaba la nieve y que convergían en un nervio central, vi unas piedrecitas que caían rodando. Me consolé pensando que no nos molestarían si seguíamos evitando el centro. Pero entonces se desprendió una piedra más grande, solitaria, cayendo a 90 kilómetros por hora, y luego otra y otra más. No quise alarmar a los hombres innecesariamente y no dije nada. Ellos no oyeron las piedras. Almer estaba sentado sobre una roca, cortando grandes rodajas de una pierna de cordero y los demás charlaban. La primera señal que tuvieron de peligro fue un terrible estruendo repentino que resonó entre los riscos y, al mirar hacia arriba, vieron una masa de rocas y piedras que aparecían por la curva a unos veinticinco metros por encima de nosotros, golpeaban contra la pared opuesta y caían estrepitosamente. Algunas piedras rebotaban de una pared a otra, otras daban saltos de treinta metros o más sobre la nieve y otras bajaban rodando en una masa confusa, mezcladas con nieve y hielo, haciendo más profundos los surcos que un momento antes provocaban mi admiración.

Los hombres buscaron con ansiedad a su alrededor, tratando de hallar protección, y, abandonando la comida, corrieron en todas direcciones para ponerse a cubierto. El cordero quedó a un lado y el odre de vino cayó al suelo, donde empezó a derramarse su contenido, mientras los cuatro se agazapaban cuanto les era posible bajo rocas salientes. No quiero dar la impresión de que su temor era infundado o que yo estaba libre de él. Yo también tomé la precaución de refugiarme y me acurruqué en una grieta hasta que pasó la tormenta. Pero su estampida para ponerse a cubierto fue indescriptiblemente cómica. Nunca había visto tal exhibición de pánico en la ladera de una montaña.

Este extraño fenómeno era nuevo para mí. Surgía, naturalmente, de la curva que formaba el collado y de la velocidad que traían las rocas al llegar a ella. En desfiladeros rectos probablemente nunca ocurrirá nada semejante. La regla es, como ya he comentado, que las piedras, al caer, se mantienen en el centro del desfiladero y uno puede evitarlas siguiendo los laterales.

No habría sido cómico y sí muy peligroso continuar ascendiendo por la grieta, así que decidimos unánimemente abandonarla. Entonces surgió la pregunta: «¿Qué hacemos?». Sugerí escalar las rocas que teníamos encima, pero todos lo consideraron imposible. Pensé que tenían razón, pero no quise rendirme sin asegurarme y comencé a trepar para resolver la cuestión. Unos minutos después me vi obligado a detenerme. Mis fuerzas flaqueaban y sólo me seguía el pequeño jorobado, con una amplia sonrisa en la cara y la tienda sobre sus hombros. Croz, más atrás, seguía vigilando a su patrón. Almer, treinta metros más abajo, permanecía sentado sobre una roca con la cara oculta entre las manos y Biener no estaba a la vista.

—¡Baje! —gritó Croz—. ¡Es inútil!

Al final, desistí, convencido de que era así. Mi plan quedó trastocado y nos vimos forzados a retomar a la idea original.

Inmediatamente nos pusimos en marcha hacia el paso Morshead (la ruta más directa para llegar a Hörnli, donde queríamos dormir y preparar el ataque de la cara oriental), y llegamos a su cima a las doce y media de la tarde. Entonces tuvimos una sorpresa inesperada. ¡El paso había desaparecido! Nos encontramos separados del glaciar Furggen por una pared vertical de roca. El glaciar se había reducido tanto que el descenso era impracticable. Durante la última hora habían estado llegando nubes desde el sur, nos rodeaban ya y empezó a soplar un viento fuerte. Los hombres se acurrucaron juntos y exigieron abandonar la montaña. Almer preguntó con cierta brusquedad:

—¿Por qué no intenta subir una montaña que pueda escalarse?

—Ésta es imposible —dijo Biener.

—Señor —dijo Croz—, si cruzamos al otro lado, perderemos tres días y con toda probabilidad no conseguiremos nuestro propósito. Usted quiere realizar ascensiones en la cadena del Mont Blanc y creo que podemos hacerlas. Pero no podré acompañarle si paso tres días aquí, ya que debo estar en Chamonix el día 27.

Había fuerza en sus argumentos y sus palabras me hicieron vacilar. Confiaba en sus fuertes brazos para ciertos tramos que se vaticinaban especialmente difíciles. Comenzó a nevar, aquello resolvió la cuestión y di la orden de regresar. Volvimos a Breuil y seguimos hasta la aldea de Val Tournanche, donde dormimos. Al día siguiente continuamos hasta Châtillon, y desde allí subimos por el valle de Aosta hasta Courmayeur.

No puedo sino lamentar que prevaleciera el consejo de los guías. De no haber pronunciado Croz sus palabras bien intencionadas, tal vez seguiría con vida. Se despidió de nosotros en Chamonix en la fecha prevista, pero, por una extraña casualidad, volvimos a encontrarnos en Zermatt tres semanas después, y dos días más tarde pereció ante mis ojos en la misma montaña que abandonamos, siguiendo su consejo, el 21 de junio.

PRIMERA ESCALADA DEL RUINETTE. EL CERVINO

*En casi todas las artes,
la experiencia vale más que los preceptos.*

QUINTILIANO

Todas las excursiones que yo tenía en mi programa habían sido llevadas a cabo, con la excepción del ascenso al Cervino, y, por tanto, nos dirigimos hacia allí; pero, en vez de ir por el Val Tournanche, tomamos una ruta campo a través y de camino decidí escalar la cumbre del Ruinette.

Pasamos la noche del 4 de julio en Aosta, bajo el techo del genial Tairraz, y el día 5 fuimos por el Val d'Ollomont y el Col de la Fenêtre (2786 metros) hasta Chermontane. Aquella noche dormimos en los chalés de Chanrion (abominable lugar que debe ser evitado). Salimos a las cuatro menos diez de la madrugada y, después de una corta escalada de la ladera inmediata y un recorrido por el glaciar de Breney, cruzamos al Ruinette (3789 metros) y lo ascendimos casi directamente. Creo que no hay en los Alpes otra montaña con la misma altura que se pueda subir tan fácilmente. Basta caminar hacia adelante, pues su ladera meridional no presenta apenas obstáculos.

Aunque hable con tal ligereza de un pico tan respetable, no haré lo mismo con las vistas que ofrece. Está situado en un lugar privilegiado con respecto al resto de los Alpes Peninos y, como mirador, hay pocos que le aventajen. Desde allí se ven montañas, sólo montañas. Es una vista solemne —algunos la llamarían tétrica—, pero grandiosa. El Combin (4317 metros), con toda la cordillera del Mont Blanc al fondo, nunca parece tan grande como vista desde aquí. En la dirección contraria, el Cervino sobrepasa todo lo demás. El Dent d'Hérens, aunque más cercano, resulta insignificante junto a su gran vecino, y las nieves del Monte Rosa parecen dispuestas para dar más relieve a los riscos que tienen delante. Hacia el sur hay un incesante despliegue de *becs* y *beccas* contra el fondo de los grandes picos italianos, mientras el Mont Plureur (3706 metros), hacia el norte, resalta sobre el más distante Wildstrubel.

Alcanzamos la cima a las nueve y cuarto^[62] y permanecemos allí hora y media. Mis fieles guías me advirtieron entonces que el Prerayén, hacia donde nos dirigíamos, seguía lejos, y que aún nos faltaba cruzar dos vertientes importantes. Recogimos el material y partimos, no sin antes levantar un gran hito con los bloques de piedra que salpicaban la cumbre. Bajamos por las laderas del Ruinette, cruzamos el glaciar de Breney y un paso, al que llamé Col des Portons por estar junto a esos picos. Después teníamos que cruzar el gran glaciar de Otemma para dirigirnos al Col d'Olen.

La parte del glaciar que atravesábamos estaba cubierta de nieve, lo que ocultaba por completo sus numerosas grietas. Marchábamos en fila y encordados. De pronto, Almer cayó en una grieta hundiéndose hasta los hombros. Tiré de la cuerda inmediatamente, pero la nieve empezó a ceder y tuve que separar los brazos para detener mi descenso. Biener tiró con fuerza, pero después nos dijo que también se le habían hundido los pies, así que por un momento los tres estuvimos en las fauces de la grieta. Decidimos alterar ligeramente el rumbo para cruzar las fisuras

transversalmente, y después de pasar el centro del glaciar, giramos de nuevo para dirigirnos directamente hacia la cima del Col d'Oren.

Apenas es necesario advertir que tengo por norma usar la cuerda cuando atravieso un glaciar cubierto de nieve. Muchos guías, incluso entre los mejores, rehúsan encordarse, sobre todo a primera hora del día, cuando la nieve está dura. A veces les parece una medida innecesaria. Las grietas cubiertas de nieve suelen ser más o menos perceptibles por las ondulaciones en la superficie que marcan su curso. Un guía experimentado observa las más leves ondulaciones, vira hacia un lado u otro según sea necesario, y rara vez atraviesa una grieta sin advertirlo. Los guías consideran superflua la cuerda porque no creen en la posibilidad de sufrir una sorpresa. Michel Croz era de esta opinión, y solía decir que sólo los imbéciles y los niños necesitaban encordarse por la mañana. Le dije que, en este punto en concreto, yo era un niño respecto a él. «Usted ve esas cosas, mi buen Croz, y las evita. Yo no, salvo que usted me las señale. Por tanto, lo que no es un peligro para usted, sí lo es para mí». Cuanto más experta sea la mirada, menos necesaria es la cuerda para protegerse contra estas grietas ocultas, pero, según mi experiencia, una mirada nunca llega a ser tan experta que las evite infaliblemente, y he comentado lo que ocurrió en el glaciar Otemma para ilustrarlo.

Recuerdo bien la primera vez que pasé el Col Théodule, el más fácil de los altos pasos alpinos. Teníamos una cuerda y mi guía dijo que no era necesario usarla, ya que conocía todas las grietas. Sin embargo no había avanzado ni trescientos metros cuando se hundió hasta el cuello en la nieve de una grieta. Era un hombre pesado y difícilmente habría conseguido salir solo. En cualquier caso se alegró mucho de contar con mi ayuda. Después de salir dijo: «¡Vaya! ¡No tenía ni idea de que hubiera una grieta ahí!». No puso más objeciones al uso de la cuerda y proseguimos. Yo, por mi parte, me sentía mucho más tranquilo que antes. He cruzado el paso dieciocho veces desde entonces y siempre he insistido en que nos encordáramos.

Los guías prefieren no encordarse en un glaciar cubierto de nieve porque temen ser objeto de burla por parte de sus compañeros, y ésta es tal vez la razón más frecuente. A este respecto citaré otra experiencia en el Théodule. Habíamos llegado al borde del hielo y propuse encordarnos. Mi guía, un hombre de Zermatt y de buena reputación, dijo que nadie usaba cuerdas para cruzar el paso. Yo me negué a discutir el asunto y nos encordamos, aunque en contra de la voluntad del guía, que se quejaba de que tendría que sufrir las burlas si nos encontrábamos con alguno de sus conocidos. No habíamos llegado muy lejos cuando vimos venir un grupo en dirección contraria. «¡Ah!», exclamó mi guía, «Ése es Ritz» (un guía que solía trabajar en el hotel Riffel para el ascenso del Monte Rosa). «Lo que he dicho, ya me puedo ir preparando». El guía que nos encontramos iba seguido por un grupo de novatos, todos sin encordar y llevaba la cara cubierta por una máscara para evitar quemarse. Cuando hubieron pasado, dije: «Si Ritz se burla de usted, pregúntele por qué toma tantas precauciones para protegerse la piel de la cara, que se curaría en una semana, y rechaza una medida tan obvia como proteger su vida, que sólo puede perder una vez». Esto era una idea novedosa para mi guía y no volvió a protestar contra el uso de la cuerda mientras estuvimos juntos.

Creo que el rechazo que exhiben frecuentemente los hombres de montaña a usar la cuerda en

glaciares cubiertos de nieve se debe, en primer lugar, cuando se trata de hombres expertos, a la conciencia de que ellos mismos corren poco peligro. En segundo lugar, en hombres inferiores, al temor al ridículo. Y en tercero, a pura ignorancia o pereza. Pero, en cualquier caso, levanto mi voz contra el olvido de una medida tan simple y efectiva. En mi opinión, lo primero que necesita quien atraviesa un glaciar es la seguridad de una buena cuerda.

En cuanto a la manera de utilizarla, hay un modo acertado y otros erróneos de hacerlo. A menudo me he encontrado, en pasos glaciares, personas elegantemente vestidas que se encuentran claramente fuera de su elemento y que siguen a un guía que no atiende en absoluto a los infelices que están a su cargo. Van encordados por una cuestión de forma, pero evidentemente no tienen ni idea de por qué están atados, ya que caminan unos al lado de otros o juntos, con la cuerda arrastrándose por la nieve. Si alguno cae en una grieta, los demás miran y dicen: «¡Vaya! ¿Qué le pasa a Smith?», a no ser, como es más probable, que todos caigan juntos. Ésta es la manera errónea de usar una cuerda. Es el abuso de la cuerda.

Es extremadamente importante mantener la tensión de la cuerda entre hombre y hombre. Si no se hace así, la cuerda no proporciona seguridad alguna, incluso los riesgos se ven considerablemente aumentados. No es difícil sacar a un hombre que ha caído en una grieta si la cuerda está tensa, pero el caso puede ser muy distinto si dos hombres caen a la vez, juntos, y sólo hay dos más para ayudar, o incluso uno. Es más, la cuerda no debe arrastrarse en ningún caso sobre nieve, hielo o rocas, pues el material sufre y puede ponerse en peligro la vida de todo el grupo. Aparte de esto, es muy molesto tener una cuerda golpeando los talones. Si las circunstancias hacen imposible que la cuerda se mantenga tensa por sí misma, el que va a atrás debe recogerla con las manos y no permitir que incomode a los que le preceden^[63]. Un hombre tiene que ser incompetente, descuidado o egoísta para permitir que la cuerda se enrede en los pies de la persona que marcha delante de él.

La distancia entre hombre y hombre no debe ser demasiado grande ni demasiado pequeña. Bastan unos cuatro metros entre cada uno. Si sólo hay dos o tres personas, es prudente permitir un poco más, digamos cinco metros. Más de esto es innecesario, y menos de tres no es conveniente.

Es esencial revisar la cuerda de vez en cuando, para comprobar que se encuentra en buenas condiciones, y no se hará mal en hacer esto diariamente. En los últimos tiempos he examinado cada noche mi cuerda, pulgada a pulgada, y en más de una ocasión he hallado el cáñamo medio cortado a causa de roces accidentales.

Hasta ahora hemos comentado el uso de la cuerda en glaciares cubiertos de nieve para evitar el riesgo de grietas ocultas. En rocas y pendientes se usa para otro propósito, el de prevenir resbalones y, en estos casos, es igualmente importante mantenerla tensa y guardar una distancia razonable. Es mucho más difícil mantener la tensión de la cuerda en una pendiente que en llano, y sobre rocas difíciles es completamente imposible, salvo que se adopte el plan de que los montañeros se muevan alternativamente y no conjuntamente.

No hay ninguna buena razón para usar una cuerda en rocas fáciles, y creo que su uso innecesario puede aumentar la negligencia. En rocas difíciles y pendientes de nieve (que impropriamente suelen llamarse pendientes de hielo) es una gran ventaja estar encordado, siempre

que la cuerda se maneje adecuadamente, pero en verdaderas pendientes de hielo, como las del Col Dolent, o en pendientes donde el hielo se mezcla con piedras pequeñas y sueltas, como la parte superior del Pointe des Ecrins, es casi inútil, porque el resbalón de una sola persona puede desequilibrar a todo el grupo^[64]. No quiero decir que no haya que encordarse en pendientes así. Estar atado da confianza normalmente, y la confianza ayuda al equilibrio. La cuestión es si los hombres deben estar en un lugar así. Si un hombre sabe mantenerse sobre escalones cortados en una pendiente de hielo, no veo por qué privarle de que use esa forma particular de escalada. Si no sabe, que no se acerque a esos lugares.

No sería provechoso extenderse en detalle sobre el uso de la cuerda. Un solo día en la ladera de una montaña dará una idea más clara sobre el uso de una buena cuerda y sobre sus numerosas utilidades que la que se pueda extraer de la lectura de cuanto se ha escrito sobre el tema, pero nadie será un buen conocedor de su manejo sin mucha experiencia.

Desde el Col d'Olen^[65] descendimos por el Combe del mismo nombre hasta los chalés de Prarayé (Prerayén) y pasamos la noche del día 6 bajo el techo de nuestro antiguo amigo, el rico pastor. El día 7 cruzamos el paso de Valcournera (Va Cornère) en ruta hacia Breuil. Mis pensamientos se centraban en el Cervino y mis guías sabían que yo deseaba que me acompañaran. Sentían aversión por la montaña y expresaron repetidamente su opinión de que era inútil intentar escalarlo. «Cualquier cosa menos el Cervino, señor», decía Almer, «cualquier cosa menos el Cervino». No hablaba de dificultad ni de peligro, ni huía del trabajo. Se ofrecía a ir a cualquier sitio, pero proponía abandonar el Cervino. Ambos hombres hablaban con franqueza. No creían que pudiera realizarse dicha ascensión y, tanto por su propio crédito como por mi bien, no deseaban acometer una empresa que, en su opinión, sólo supondría una pérdida de tiempo y de dinero.

Les envié por un atajo a Breuil y llegaron hasta Val Tournanche para buscar a Jean-Antoine Carrel. No estaba allí. Los vecinos dijeron que había salido el día 6 con otros tres hombres para intentar por su propia cuenta el Cervino siguiendo la ruta antigua. Pensé que no tendrían suerte, porque las nubes estaban bajas en las montañas, y fui hasta Breuil esperando encontrármelos. No me equivocaba. A medio camino encontré un grupo de hombres reunido en un chalet al otro lado del torrente y, al cruzarlo, descubrí que la expedición había regresado. Allí estaban Jean-Antoine y César, C. E. Gorret y J.-J. Maquignaz. No habían tenido éxito. Dijeron que el tiempo había sido horrible y que apenas habían alcanzado el Glacier du Lion.

Explicué la situación a Carrel y le propuse que, junto con César y otro hombre, cruzáramos el Théodule a la luz de la luna el día 9 para acampar el día 10 lo más alto posible sobre la cara oriental. Él se mostraba reticente a abandonar la vieja ruta y me animó a intentarla otra vez. Le prometí hacerlo si la nueva fracasaba. Esto le pareció satisfactorio y aceptó mi propuesta. Entonces subí a Breuil y despedí a Almer y Biener, con gran pesar, porque nunca dos hombres me habían servido más fiel y voluntariosamente^[66]. Al día siguiente cruzaron a Zermatt.

Dedicamos el día 8 a los preparativos. El tiempo era tormentoso y negros vapores de lluvia oscurecían las montañas. Al atardecer llegó un joven desde Val Tournanche e informó de que allí

había un inglés muy enfermo. Recordé el voto que había hecho en su día y en la mañana del domingo 9 bajé al valle para cuidar del enfermo. De camino, me crucé con un desconocido que llevaba una mula y varios porteadores cargados de equipaje. Entre esos hombres se encontraban Jean-Antoine y César, transportando unos barómetros.

—¡Hola! —dije—. ¿Qué hacen?

Me explicaron que aquel hombre había llegado cuando se disponían a salir y que estaban ayudando a sus porteadores.

—Muy bien. Sigán hasta Breuil y espérenme allí. Saldremos a medianoche, como acordamos.

Jean Antoine dijo entonces que no podría venir conmigo después del martes 11 ya que estaba comprometido para guiar «a una familia distinguida» por el valle de Aosta.

—¿Y César? —pregunté.

—César también.

—¿Por qué no me lo dijeron antes?

—Porque no era seguro. El compromiso se adoptó hace tiempo, pero el día no estaba fijado. Cuando regresé a Val Tournanche el viernes por la noche, después de dejarle, recibí una carta con el día.

No pude replicar a la respuesta, pero la perspectiva de quedarme sin guías me indignaba. Ellos siguieron valle arriba y yo hacia abajo.

El enfermo declaró que se encontraba mejor, aunque el simple esfuerzo de decirlo le hizo tambalearse con un desmayo. Necesitaba urgentemente medicinas, y bajé a Châtillon para conseguirlas. Volví tarde a Val Tournanche, porque el tiempo era pésimo y llovía torrencialmente. Una figura pasó a mi lado junto al pórtico de la iglesia.

—¿Quién vive? —pregunté.

—Jean-Antoine.

—Le creía en Breuil.

No, señor. Cuando llegó la tormenta comprendí que no podíamos salir esta noche, así que he bajado a dormir aquí.

—Vaya, Carrel —dije—. Esto es un fastidio. Si mañana no hace buen tiempo, no podremos hacer nada juntos. He despedido a mis guías confiando en usted y ahora me abandona para viajar con un grupo de mujeres. Ese trabajo no es digno de usted —sonrió, lo que yo atribuí al cumplimiento implícito—. ¿No podría enviarme a alguien en su lugar?

—No, señor. Lo siento, pero me he comprometido. Me gustaría acompañarle, pero no puedo romper el trato.

Habíamos llegado ya a la puerta de la posada, y le dije:

—Bueno, la culpa no es suya. Venga con César y beberemos algo de vino.

Vinieron y permanecimos hasta medianoche en la posada de Val Tournanche, recordando nuestras viejas aventuras.

El día 10 persistía el mal tiempo y volví a Breuil. Los dos Carrel estaban de nuevo en el chalet antes mencionado y me despedí de ellos. Al atardecer llegó el enfermo sintiéndose mucho mejor, pero no llegó ninguna otra persona. La multitud de turistas que solía congregarse los domingos en

Zermatt para cruzar el Théodule no se presentó el lunes a causa de la gran tormenta^[67]. La posada estaba solitaria. Me acosté pronto y me despertaron al día siguiente: era el enfermo, que preguntaba si me había enterado de la noticia.

—No, ¿qué noticia?

—Que una gran partida de guías ha salido esta mañana para escalar el Cervino, llevando una mula cargada de provisiones.

Fui a la puerta y, con un catalejo, divisé al grupo en las laderas bajas de la montaña. Favre, el posadero se reunió conmigo.

—¿Qué es esto? —le pregunté—. ¿Quién guía esa partida?

—Carrel.

—¿Cómo? ¿Jean-Antoine?

—Sí, Jean-Antoine.

—¿Y va César con él?

—Sí.

Entonces comprendí que había sido estafado y burlado. Y poco a poco averigüé que el asunto se había urdido con antelación. El ensayo del día 6 había sido sólo un reconocimiento preliminar, la mula con que me había cruzado llevaba provisiones para el ataque, y «la familia distinguida» era el *signor* F. Giordano. Éste había despachado la partida para preparar la ruta a la cima, adonde él, una vez facilitado todo, sería llevado con el señor Sella^[68].

Me sentí muy mal. Mis planes quedaban trastocados. Los italianos me llevaban una jornada de ventaja y, además, veía que el astuto Favre se reía de mi decepción, ya que, de alcanzar éxito la ruta oriental, su posada no se vería beneficiada. ¿Qué podía hacer? Me retiré a mi habitación y, tranquilizado por el tabaco, volví a estudiar mis planes para ver si era posible ganar la mano a los italianos. «Se han llevado una mula cargada de provisiones. Eso es un punto a mi favor, porque tardarán dos o tres días en acumularlas y, entre tanto, no podrán hacer nada. ¿Cómo está el tiempo?». Me acerqué a la ventana. «Otro punto a mi favor. Tienen que facilitar el camino. Bueno, si lo hacen a conciencia tendrán mucho trabajo». En resumen, calculé que no podrían subir la montaña y volver a Breuil en menos de siete días. Me calmé porque era evidente que ellos también podrían ser burlados. Había tiempo suficiente para ir a Zermatt, intentar la cara oriental y, si resultaba impracticable, volver a Breuil antes del regreso de los hombres. Y, entonces, como la montaña no era propiedad de nadie, también podría salir al mismo tiempo que los *signores* y llegar a la cima antes que ellos.

Lo primero era ir a Zermatt. Era más fácil decirlo que hacerlo. Los siete guías en la montaña incluían a los mejores del valle, y ninguno de los muleros comunes se hallaba en Breuil. Necesitaba al menos dos hombres para mi equipaje y no podía encontrar ni un porteador. Uno estaba con Carrel, el otro estaba enfermo, el siguiente se encontraba en Châtillon, y así sucesivamente. Ni siquiera logré convencer a Meynet, el jorobado, pues estaba dedicado a importantes operaciones de elaboración de queso. Me encontraba en la situación de un general sin ejército. Podía hacer planes, pero no tenía a nadie para llevarlos a cabo. Esto no me preocupaba demasiado porque era evidente que mientras el mal tiempo impidiera el paso por el Théodule,

también retrasaría a los hombres en el Cervino.

Hacia el mediodía del martes 11, apareció viniendo de Zermatt un grupo numeroso precedido por un ágil joven inglés y uno de los hijos de Peter Taugwalder, *el Viejo*^[69]. Me dirigí al joven inglés para preguntarle si podía prescindir de Taugwalder. Dijo que no, porque debían regresar a Zermatt al día siguiente, pero que el muchacho podía ayudarme a transportar mi equipaje porque no llevaba nada. Tras esto, entablamos conversación. Le conté mi historia y él me dijo que el joven inglés era lord Francis Douglas^[70], cuya reciente hazaña —el ascenso del Gabelhorn— había despertado en mí viva admiración. Traía buenas noticias. Peter *el Viejo* había estado últimamente más allá del Hörnli y le parecía posible ascender al Cervino por ese lado. Almer se había ido de Zermatt y era imposible recuperarle, así que decidí buscar a Peter *el Viejo*. Lord Francis Douglas expresó un vehemente deseo de subir a la montaña y pronto convinimos que se uniría a la expedición.

Como Favre ya no podía dificultar nuestra marcha, nos facilitó a uno de sus hombres. En la mañana del miércoles 12 de julio cruzamos el Col Théodule, rodeamos la base del glaciar Ober Théodule, atravesamos el de Furggen y depositamos la tienda, las mantas, las cuerdas y otros efectos en la capillita del Schwarzsee. Los cuatro íbamos muy cargados porque habíamos recogido todos mis enseres de Breuil. Sólo en cuerda, llevábamos 180 metros: 65 metros de cuerda de cáñamo, luego 45 de una más gruesa que la anterior y, por último, más de 70 de una más débil y ligera que la primera, del tipo que yo utilizaba antes.

Descendimos a Zermatt para buscar y contratar al Peter *el Viejo* y le dimos permiso para escoger otro guía. Cuando volvimos al hotel Monte Rosa vimos nada menos que a mi antiguo jefe guía, Michel Croz. Pensé que había venido con el señor B... pero luego supe que ese caballero había llegado enfermo a Chamonix y regresó a Inglaterra. Croz, una vez libre, fue contratado por el reverendo Charles Hudson y habían llegado a Zermatt con el mismo objetivo que nosotros: intentar el ascenso al Cervino.

Lord Francis Douglas y yo cenamos en el hotel Monte Rosa y ya habíamos acabado cuando Hudson y un amigo entraron en el comedor. Venían de inspeccionar la montaña y algunos desocupados les preguntaron sus intenciones. Oímos una confirmación de lo que había dicho Croz y supimos que Hudson se disponía a salir al amanecer a la misma hora que nosotros. Salimos del comedor para mantener consejo y decidimos que no era conveniente que dos grupos independientes se encontraran en la montaña al mismo tiempo y con el mismo objetivo. Invitamos a Hudson a unirse a nosotros y aceptó nuestra propuesta. Antes de admitir a su amigo —Hadow— tuve la precaución de preguntar qué había hecho en los Alpes, y Hudson contestó: «El señor Hadow ha subido al Mont Blanc en menos tiempo que la mayoría^[71]». Luego mencionó otras varias excursiones que me eran desconocidas y añadió en respuesta a una pregunta más: «Creo que es lo suficientemente bueno como para venir con nosotros». Hadow fue admitido sin más, y luego pasamos a la cuestión de los guías. Hudson pensaba que Croz y Peter *el Viejo* serían suficientes. Se planteó el asunto a los propios guías y no pusieron objeción alguna.

De esta forma, Croz y yo volvíamos a ser camaradas y, cuando me acosté en la cama para

procurar dormir, pensé en la extraña serie de sucesos que nos habían separado al principio y que nos reunían de nuevo. Recordé el error de Croz al aceptar el contrato del señor B..., en su desconfianza para aceptar mi ruta, en sus recomendaciones para concentrar nuestras energías en la cadena del Mont Blanc, en el despido de Almer y Biener, en la deserción de Carrel, en la llegada de lord Francis Douglas y por último, en nuestro casual encuentro en Zermatt. Meditando sobre esas cosas, no pude menos que preguntarme: «¿Qué más sucederá?». Si tan sólo uno de los eslabones de esa cadena de circunstancias hubiera fallado, ¡qué historia tan diferente tendría que contar!

PRIMERA ASCENSIÓN AL CERVINO

*De haber alcanzado el éxito,
habríamos sido incluidos entre los sabios.
Así juzgan nuestras mentes los sucesos.*

EURÍPIDES

Es una costumbre injusta, pero habitual, ensalzar o censurar propósitos (que en sí mismos pueden ser buenos o malos) según resulten bien o mal. De aquí que las mismas acciones sean a veces atribuidas al mérito y otras a la vanidad.

PLINIO «EL JOVEN»

Salimos de Zermatt el 13 de julio de 1865 a las cinco y media, en una mañana despejada y sin una sola nube. Éramos ocho en total: Croz, Peter *el Viejo* y sus dos hijos^[72], lord F. Douglas, Hadow, Hudson^[73] y yo. Para asegurar un buen ritmo de marcha, un extranjero y un montañés caminaban juntos. El joven Taugwalder fue mi compañero y andaba bien, orgulloso de participar en la expedición y de demostrar sus facultades. Las botas de vino también quedaron entre las cosas que yo transportaba y, durante el día, después de cada trago, las rellenaba en secreto con agua, de manera que en la siguiente parada parecían más llenas que antes. Esto se consideraba un buen presagio y poco menos que un milagro.

El primer día no pretendíamos ascender mucho, y fuimos subiendo tranquilamente. Recogimos las cosas que quedaban en la capilla del Schwarzsee a las ocho y veinte de la mañana y seguimos a lo largo del escarpe que une el Hörnli con el Cervino^[74]. A las once y media llegamos a la base del pico, entonces abandonamos el escarpe y trepamos algunos salientes hacia la ladera oriental. Ya estábamos a buena altura en la montaña y nos asombró descubrir que algunos lugares que desde el Riffel o incluso desde el glaciar Furggen parecían enteramente impracticables, eran tan fáciles que podíamos «correr» por ellos.

Antes de las doce habíamos encontrado un buen sitio para la tienda, a una altura de 3350 metros^[75]. Croz y el joven Peter se adelantaron para ver qué había más arriba, con el fin de ahorrar tiempo a la mañana siguiente. Atravesaron las cabeceras de las pendientes de nieve que descienden hacia el glaciar Furggen y desaparecieron tras un recodo, pero poco después los vimos subiendo rápidamente por la ladera. Al final, antes de las tres, les vimos regresar muy animados. «¿Qué dicen, Peter?». «Caballeros, dicen que no traen buenas noticias». Pero cuando se acercaron escuchamos una historia distinta. «Todo bien, sin dificultad, sin una sola dificultad. Podríamos haber llegado a la cima y regresado hoy mismo sin problemas».

Pasamos las restantes horas del día tumbados al sol, haciendo dibujos y recogiendo muestras y, cuando el sol se puso, ofreciendo en su despedida una promesa gloriosa para el día siguiente, volvimos a la tienda para prepararnos para la noche. Hudson hizo té, yo café, y luego nos

retiramos cada uno a su saco de dormir. Los Taugwalder, lord Francis, Douglas y yo ocupábamos la tienda, los demás prefirieron quedarse fuera. Mucho tiempo después de cerrar la noche, los riscos resonaban con nuestras risas y con las canciones de los guías, porque nos sentíamos felices en aquel campamento y no preveíamos mal alguno.

Antes del amanecer del día 14 nos reunimos fuera de la tienda y nos pusimos en marcha inmediatamente, en cuanto hubo suficiente luz para moverse. El joven Peter vino con nosotros como guía y su hermano regresó a Zermatt^[76]. Seguimos la ruta que había sido adoptada el día anterior y en pocos minutos doblamos el largo saliente que impedía la vista de la cara oriental desde la plataforma de nuestra tienda. Ante nosotros apareció toda esa gran ladera, elevándose unos 900 metros en forma de una enorme escalinata natural^[77]. Algunas partes eran más fáciles y otras menos, pero no tuvimos que detenernos ni una sola vez ante un impedimento serio, porque, cuando encontrábamos un obstáculo delante, siempre podíamos superarlo por la derecha o la izquierda. Durante la mayor parte del camino no hubo necesidad de usar la cuerda y a veces guiaba Hudson y otras yo. A las seis y veinte habíamos alcanzado una altura de 3900 metros y nos detuvimos media hora. Luego continuamos el ascenso sin pausas hasta las diez menos cinco, cuando paramos cincuenta minutos a 4267 metros de altura. En dos ocasiones probamos a seguir el crestón del lomo noreste de la montaña sin obtener ventaja, ya que normalmente era más abrupto y empinado y siempre más difícil que la ladera. Sin embargo, nos mantuvimos cerca de él por si caían piedras^[78].

Habíamos llegado al pie del paraje que, visto desde Riffelberg o desde Zermatt, parece perpendicular o incluso saliente, y no podíamos continuar ya en la falda oriental. Durante un breve trecho seguimos sobre la nieve de la arista que desciende hacia Zermatt, y luego, de común acuerdo, giramos hacia la derecha o lado septentrional. Antes de eso, realizamos un cambio en el orden de ascenso. Croz iría el primero, yo detrás, Hudson en tercer lugar y por último Hadow y Peter *el Viejo*. «Ahora», dijo Croz, «vamos a por algo diferente». El avance se hizo difícil y requería atención. En algunos tramos había pocos agarraderos, y era deseable que los que iban delante fueran los hombres más seguros. La pendiente general de la montaña en esa parte era de menos de 40 grados y la nieve se había acumulado rellenando los intersticios de las rocas, dejando sólo ocasionalmente algunos salientes. Éstos estaban a veces cubiertos de una fina capa de hielo producida por el deshielo y posterior congelación de la nieve. Era la contrapartida, a menor escala, de los últimos doscientos metros de la Pointe des Ecrins, con la diferencia de que esa punta presentaba un ángulo de 50 grados, si no mayor, y la del Cervino no llegaba a los 40 grados^[79]. Era un tramo en el que cualquier montañero experimentado podría moverse con seguridad, y Hudson la superó, igual que el resto de la montaña, sin precisar asistencia en ninguna ocasión. A veces, después de aferrarme a la mano de Croz o recibir su impulso, me volvía para ofrecerle lo mismo a Hudson, pero él invariablemente lo declinaba diciendo que no era necesario. Hadow, sin embargo, no estaba acostumbrado a este tipo de escalada y necesitaba ayuda constante. Es justo decir que la dificultad que encontró en ese tramo se debía simplemente a su falta de experiencia.

El único tramo difícil no era demasiado largo^[80]. Caminamos por él, al principio casi

horizontalmente, durante unos 120 metros, luego ascendimos directamente hacia la cumbre unos veinte metros y después volvimos hacia la arista que baja a Zermatt. Un recodo bastante enojoso nos llevó de nuevo hasta la nieve. La última duda se había desvanecido. ¡El Cervino era nuestro! Sólo nos quedaban sesenta metros de nieve fácil.

Tenemos que volver ahora a los siete italianos que habían salido de Breuil el 11 de julio. Habían pasado cuatro días desde su partida y nos atormentaba la posibilidad de que pudieran alcanzar la cima antes que nosotros. Durante todo el camino habíamos estado hablando de ellos e incluso varias veces había surgido la falsa alarma a la voz de «¡Hombres en la cima!». Cuanto más subíamos, mayor se hacía nuestro nerviosismo. ¿Y si éramos vencidos en el último momento? La pendiente se suavizó, pudimos desencordarnos por fin, y Croz y yo nos adelantamos corriendo alocadamente hasta sofocarnos. A las dos menos veinte de la tarde el mundo estaba a nuestros pies y el Cervino era conquistado. ¡Hurra! No se veía ni una sola pisada.

Aún no estábamos seguros de no haber sido vencidos. La cima del Cervino estaba formada por una cresta larga y lisa de unos cien metros de longitud^[81], y los italianos podían encontrarse al otro extremo. Corrí hasta el extremo meridional escudriñando con afán la nieve a derecha e izquierda. ¡Hurra de nuevo! La nieve no había sido hollada. «¿Dónde están los hombres?». Me asomé al borde, entre esperanzado y dudoso, y los vi enseguida, como simples puntos en la arista del monte, a una distancia inmensa. Alcé los brazos y el sombrero y grité:

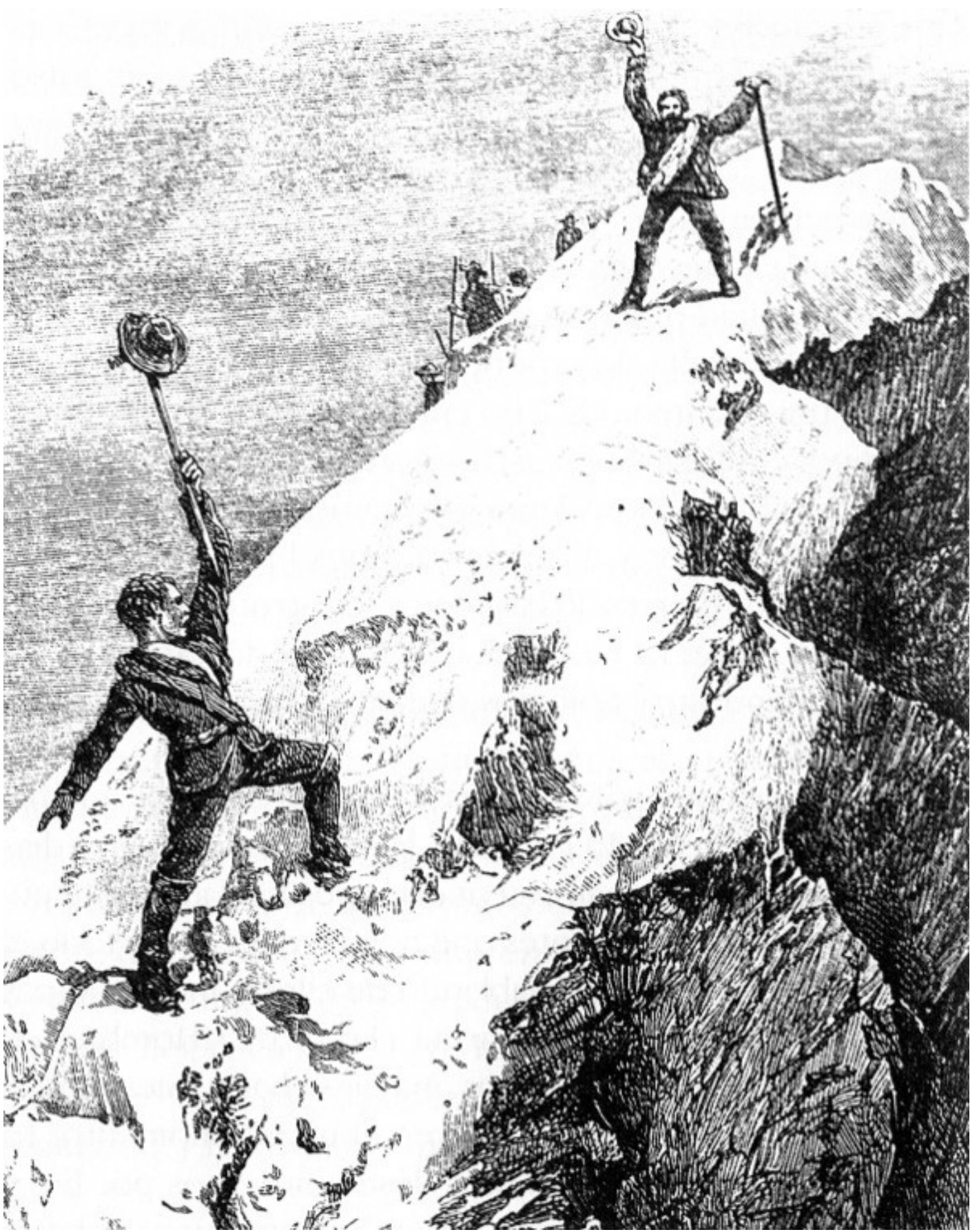
—¡Croz, Croz! ¡Venga!

—¿Dónde están, *monsieur*?

—Allí, ¿no los ve? Allí.

—¡Ah! ¡Qué abajo están!

—Croz, tenemos que conseguir que nos oigan.



«¡Croz! ¡Croz! ¡Venga!». En la cumbre del Cervino.

Gritamos hasta quedarnos roncos. Los italianos parecían vernos, pero no estábamos seguros.

—Croz, tienen que oírnos. Es preciso.

Cogí un bloque de roca, lo empuje por la ladera y animé a mi compañero, en nombre de la amistad, a hacer lo mismo. Introdujimos nuestros palos entre los peñascos y pronto un torrente de piedras cayó por la pendiente. Esta vez no hubo duda. Los italianos dieron la vuelta y se retiraron^[82].

Sin embargo, me hubiera gustado que el jefe de ese grupo estuviera con nosotros en ese momento, porque nuestros gritos de victoria significaban privarle de la ilusión de su vida. De cuantos intentaron subir al Cervino, él era el más merecedor de ser el primero en la cumbre. Fue el primero en dudar de su inaccesibilidad y fue el único hombre que siguió creyendo que el ascenso se conseguiría. El objetivo de su vida había sido subir desde el lado de Italia, por el honor de su valle natal. Durante algún tiempo la partida fue suya y la jugó como quiso, pero realizó un movimiento en falso y la perdió.

Los demás habían llegado, así que volvimos al extremo septentrional de la cresta. Croz sacó el palo de la tienda^[83] y lo plantó en el punto más alto.

—Sí —dijimos—. Aquí está el mástil, ¿pero dónde está la bandera?

—Aquí —contestó, quitándose la camisa y atándola al palo.

La bandera era bastante mezquina y no había viento que la hiciera ondear, pero la vieron desde todas partes. La vieron en Zermatt, en Rieffel, en Val Tournanche... En Breuil gritaron: «¡La victoria es nuestra!». Prorrumpieron en bravos a Carrel y en vivas a Italia, y se apresuraron a festejar el «éxito». A la mañana siguiente supieron la verdad. Todo cambió cuando los exploradores volvieron tristes, descorazonados, confusos y sombríos, diciendo: «Es cierto. Lo hemos visto nosotros mismos. Nos arrojaron piedras. Las viejas tradiciones son ciertas, hay espíritus en la cima del Cervino^[84]».

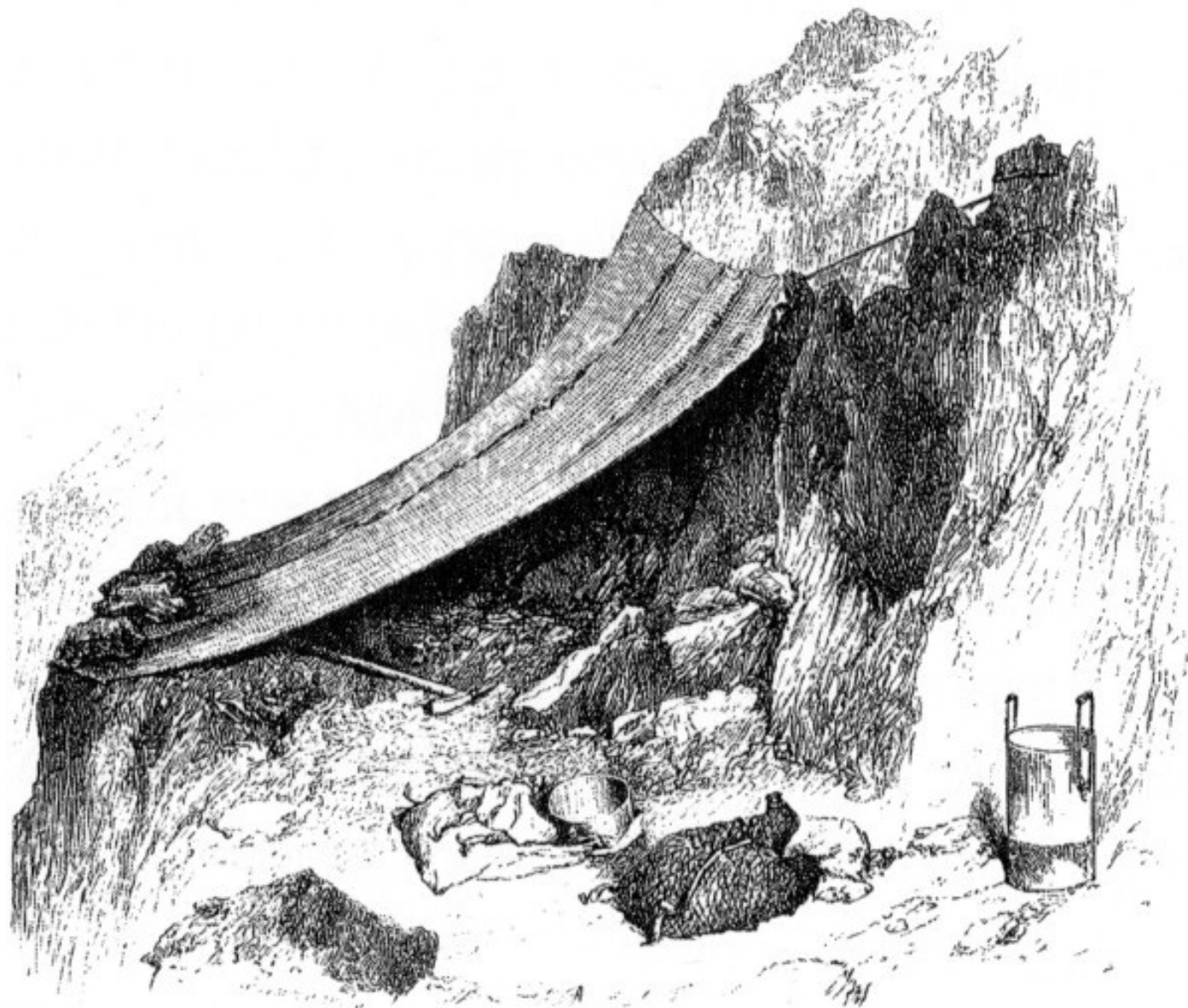
Volvimos al extremo meridional de la cumbre para levantar un hito y luego rendimos homenaje al panorama^[85]. El día era uno de éstos de calma y claridad superlativas que suelen preceder al mal tiempo. La atmósfera estaba en completa tranquilidad y sin una sola nube ni vapores. Las montañas, a cincuenta o incluso cien millas, parecían cercanas y se recortaban nítidamente. Todos sus detalles de aristas, riscos, nieves y glaciares aparecían perfectamente definidos. Gratos pensamientos de antiguos días felices acudían a la memoria mientras reconocíamos viejas formas familiares. Ni uno sólo de los principales picos de los Alpes quedaba oculto. Todavía veo claramente el gran círculo interior de cumbres gigantes, con un fondo de cordilleras, sierras y macizos. Primero el Dent Blanche, alto y grande, el Gabelhorn y el agudo Rothorn; el Weisshorn, el majestuoso Mischabelhörner, flanqueado por el Allaleinhorn, el Strahlhorn y el Rimpfischhorn; luego el Monte Rosa, el Lyskamm y el Breithorn. Detrás estaba el Oberland bearnés, dominado por el Finsteraarhorn; los grupos del Simplon y el macizo de San Gotardo; el Disgrazia y el Orteler. Hacia el sur, divisábamos Chivasso, en la llanura piemontesa, y más allá el Viso, que a cien millas de distancia parecía cerca, los Alpes Marítimos, a ciento treinta millas, resaltaban libres de neblina. Luego venía mi primer amor, el Pelvoux, los Écrins y el

Meije, el grupo de los Graianos y por último, hacia el oeste, reluciendo bajo el sol, el monarca de todos, el Mont Blanc. A tres mil metros bajo nosotros se extendían los verdes valles de Zermatt, salpicados de chalés, de los que brotaban perezosos humos azules. Por el otro lado se veían los prados de Breuil. Había bosques oscuros y siniestros, y praderas brillantes y vivaces, bulliciosas cataratas y lagos tranquilos, tierras fértiles y páramos desolados, llanuras soleadas y mesetas heladas. Había formas muy abruptas y perfiles delicados, audaces precipicios perpendiculares y suaves pendientes onduladas, montañas rocosas y montañas nevadas, sombrías y solemnes o brillantes bajo la nieve blanca con muros, torretas, pináculos, pirámides, conos y espiras. Había todas las combinaciones que el mundo puede ofrecer y todo el contraste que un corazón puede desear.

Permanecimos más una hora en la cumbre...

Una hora pletórica de gloriosa vida.

Transcurrió rápidamente y comenzamos a preparar el descenso.



EL DESCENSO DEL CERVINO^[86]

Hudson y yo estudiamos de nuevo cuál sería el orden mejor y más seguro para el grupo. Acordamos que Cruz fuera el primero^[87] y Hadow segundo. Hudson, que parecía casi un montañés por la seguridad de sus pasos, deseaba ir tercero, lord Francis Douglas iría detrás y Peter *el Viejo*, el más fuerte de los restantes, a continuación. Le sugerí a Hudson que atáramos una cuerda a las rocas cuando llegáramos al tramo difícil y que la sujetáramos mientras descendíamos para mayor protección. Hudson aprobó la idea, pero no acordamos definitivamente ponerla en práctica. El grupo se dispuso en el orden citado mientras yo hacía un boceto de la cumbre. Ya había terminado y me esperaban para encordarnos cuando alguien recordó que no habíamos dejado nuestros nombres en una botella. Me pidieron que los escribiera y se pusieron en marcha mientras yo lo hacía.

Unos minutos después me encordé con Peter *el Joven*, salimos detrás de los demás y les alcanzamos justo cuando comenzaban el descenso del tramo difícil. Estábamos tomando muchas precauciones. Sólo un hombre se movía cada vez. Cuando se encontraba seguro avanzaba el siguiente, y así sucesivamente. Sin embargo, no habían atado otra cuerda a las rocas y no se habló de ello. No había hecho la sugerencia pensando en mí y ni siquiera recuerdo haber vuelto a pensar en ella. Durante un breve trecho seguimos a los demás, separados de ellos, y habríamos continuado así, pero, hacia las tres de la tarde, lord Francis me pidió que me atara a Peter *el Viejo*, ya que temía que Taugwalder no fuera capaz de mantenerse firme en caso de que ocurriera un resbalón.

Unos minutos después, un muchacho de ojos vivos corría al hotel Monte Rosa y decía a Seiler que había visto un alud cayendo desde la cima del Cervino al glaciar del mismo nombre. El muchacho fue reprendido por contar falsedades, sin embargo estaba en lo cierto, y vio lo que voy a narrar.

Michel Cruz había puesto a un lado su piolet, y, para dar más seguridad a Hadow, estaba literalmente sujetando sus piernas y colocándole los pies uno a uno en las posiciones adecuadas^[88]. Por lo que recuerdo, nadie estaba descendiendo. No estoy absolutamente seguro porque los dos hombres que iban delante se encontraban parcialmente ocultos a mi vista por un bloque de roca. Creo, por los movimientos de sus hombros, que Cruz, una vez realizada la operación descrita, estaba dándose la vuelta para descender él también un paso o dos. En ese instante, Hadow resbaló, cayó sobre él y le hizo perder el equilibrio. Oí una sobresaltada exclamación de Cruz y luego le vi cayendo con Hadow. Un momento después, Hudson fue arrastrado tras ellos y lord Douglas los siguió inmediatamente^[89]. Todo ocurrió en un instante. En cuanto oímos la exclamación de Cruz, Peter *el Viejo* y yo nos aferramos tan firmemente como permitían las rocas^[90]. La cuerda entre nosotros estaba tensa, y notamos el tirón al mismo tiempo.

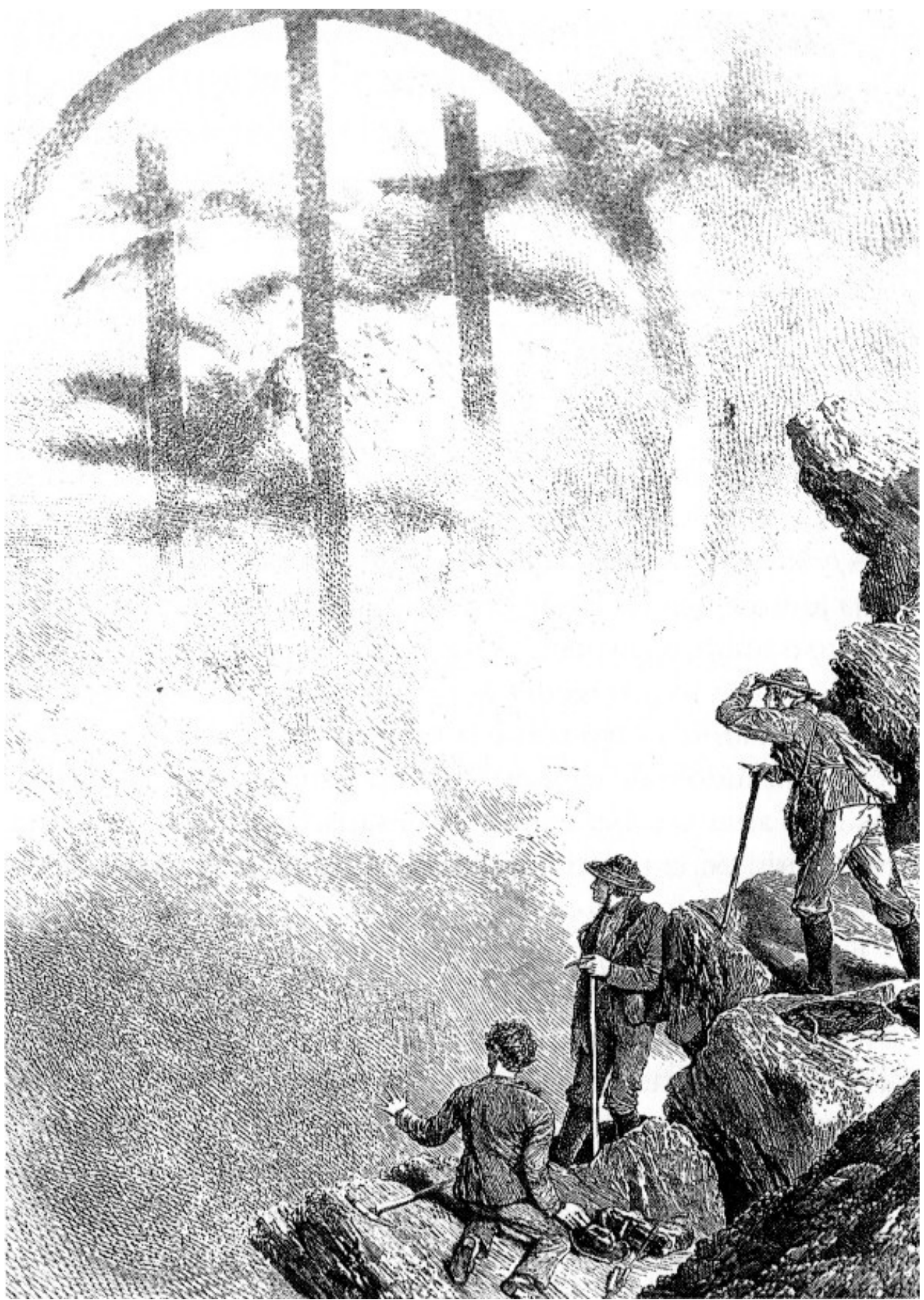
Lo aguantamos, pero la cuerda entre Taugwalder y lord Francis Douglas se rompió. Durante unos segundos vimos a nuestros desgraciados compañeros resbalando hacia abajo de espaldas y abriendo los brazos intentando salvarse. Desaparecieron de nuestra vista sin haber sufrido daño alguno y cayeron, de precipicio en precipicio, hasta el glaciar del Cervino, a unos 2200 metros más abajo. Desde el momento en que la cuerda se rompió, era imposible ayudarles.

¡Así perecieron nuestros camaradas! Durante media hora permanecemos en el sitio, sin dar un solo paso. Los dos guías, paralizados por el terror, lloraban como niños y temblaban de tal manera que todos estábamos en peligro. Peter *el Viejo* llenaba el aire de exclamaciones: «¡Chamonix! ¿Qué dirán en Chamonix?». Quería decir que nadie creería que Croz pudiera caer. El joven no hacía más que llorar y musitar: «¡Estamos perdidos! ¡Estamos perdidos!». Situado entre los dos, no podía moverme ni hacia arriba ni hacia abajo. Le pedí al joven que descendiera, pero no se atrevía. Si no lo hacía, no podríamos avanzar. Peter *el Viejo* reparó en el peligro y se unió al grito de «¡Estamos perdidos! ¡Estamos perdidos!». El temor del padre era natural: temblaba por su hijo. El del joven era cobardía, porque sólo pensaba en sí mismo. Al final, Peter *el Viejo* reunió valor y cambió su posición a una roca en la que podía fijarse una cuerda. El joven descendió y nos reunimos todos. Inmediatamente pedí la cuerda que se había roto y descubrí con sorpresa, incluso con horror, que era la más débil de las tres. No se había traído para el propósito en que se empleó y nunca debió usarse así. Era una cuerda vieja y floja comparada con las demás. La llevábamos como reserva, por si teníamos que dejar mucha cuerda detrás colgando de las rocas. Comprendí inmediatamente que aquello implicaba algo muy serio y pedí a Peter que me diera el extremo roto. Se había roto en el aire y no parecía haber padecido daño previo.

Durante las siguientes dos horas pensé casi en cada momento que el siguiente sería el último de mi vida, porque los Taugwalder, con los nervios destrozados, no sólo eran incapaces de ofrecer ayuda, sino que se encontraban en un estado que hacía temer un resbalón en cualquier instante. Después de un rato logramos hacer lo que se debía haber hecho desde el principio, y fijamos una cuerda a rocas firmes además de ir encordados. Cortábamos estas cuerdas de vez en cuando y las dejábamos atrás^[91]. Incluso con esa medida de precaución los hombres tenían miedo de continuar, y varias veces se volvió hacia mí Peter *el Viejo* con el rostro lívido y los miembros temblorosos diciendo con terrible énfasis: «¡No puedo más!».

Hacia las seis de la tarde llegamos a la nieve del risco que descendía hacia Zermatt y superamos el peligro. Buscamos durante mucho tiempo, pero en vano, rastros de nuestros desgraciados compañeros. Nos asomamos a la arista y gritamos, pero no llegaba ninguna respuesta. Convencidos al final de que no podríamos verlos ni oírlos, abandonamos nuestros inútiles esfuerzos, recogimos en silencio nuestras cosas y los pocos efectos de nuestros amigos y nos dispusimos a seguir el descenso. De repente, apareció en el cielo, a gran altura sobre el Lyskamm, un gran arco. Esta extraordinaria aparición era pálida, silenciosa e incolora, pero perfectamente nítida y definida, excepto donde se perdía en las nubes. Era como una visión de otro mundo y después, paralizados por el asombro, vimos que se dibujaban gradualmente dos gigantescas cruces, una a cada lado. De no haber sido los Taugwalder los primeros en percibirlo, habría dudado de mis sentidos. Ellos creían que tenía alguna relación con el accidente, y yo,

después de un rato, que debía de tener relación con nosotros mismos. Pero nuestros movimientos no tenían efecto alguno sobre el fenómeno. Las formas espectrales permanecían fijas. Era una visión terrible y maravillosa, única en mi experiencia, e impresionante más allá de toda descripción por el momento en que se producía^[92].



El espectro de Brocken durante el trágico descenso del Cervino. «[Los Taugwalder] creían que tenía alguna relación con el accidente».

Me dispuse a partir y esperaba a los otros. Ya habían recuperado el apetito y el uso del habla. Hablaban en un dialecto que yo no comprendía. Al final el hijo dijo en francés:

—*Monsieur...*

—¿Qué?

—Somos pobres y hemos perdido a nuestro jefe. Ahora no cobraremos y nos supondrá un grave perjuicio^[93].

—¡Basta! —dije interrumpiéndole—. Eso es una tontería. Yo les pagaré, por supuesto, como si su patrón estuviera aquí.

Hablaron entre ellos en su dialecto y luego el hijo volvió a hablar.

—No queremos que nos pague. Queremos que escriba en el registro del hotel de Zermatt y en los periódicos que no hemos sido pagados.

—¿Qué tonterías está diciendo? No le entiendo. ¿Qué quiere decir?

—El año que viene habrá muchos turistas en Zermatt —continuó el joven— y así conseguiremos más contratos^[94].

¿Qué contestar a tal proposición? No les respondí verbalmente^[95], pero ellos eran muy conscientes de la indignación que sentía. Aquello fue la gota que colmó el vaso de mi amargura y bajé por la pendiente de forma tan alocada y descuidada que más de una vez me preguntaron si pretendía matarlos. Cayó la noche, y durante una hora continuamos descendiendo en la oscuridad. A las nueve y media encontramos un lugar para descansar, en un miserable abrigo de roca, apenas lo bastante grande para los tres, pasamos seis horas muy desagradables. Al amanecer continuamos el descenso y, desde el crestón de Hörnli, bajamos a los chalés de Buhl y desde allí a Zermatt. Seiler me esperaba en la puerta y me siguió en silencio hasta mi habitación.

—¿Qué ha pasado?

—Los Taugwalder y yo *sí* hemos regresado.

No necesitó oír más y estalló en lágrimas, pero no perdió tiempo en inútiles lamentaciones y dio la alarma en el pueblo. En poco tiempo un grupo de hombres iniciaba el ascenso a las alturas de Hohlicht, sobre Kalbermatt y Z'Mutt, desde donde se dominaba el glaciar del Cervino. Volvieron seis horas después y dijeron que habían visto los cuerpos inmóviles sobre la nieve. Era sábado y propusieron salir el domingo por la tarde para llegar al glaciar al amanecer del lunes. No queriendo desaprovechar ninguna posibilidad, el reverendo J. M'Cormick y yo decidimos partir la mañana del domingo. Los hombres de Zermatt, amenazados de excomuniación por sus sacerdotes si faltaban a misa a primera hora, no podían acompañarnos. Para varios de ellos aquello era una prueba difícil. Peter Perrn declaró con lágrimas en los ojos que ninguna otra cosa le habría impedido unirse a la búsqueda de sus viejos camaradas. Los ingleses acudieron en nuestra ayuda. El reverendo J. Robertson y J. Phillpotts se ofrecieron voluntarios con su guía, Franz Andermatten. Otro inglés nos cedió a Joseph Mane y Alexandre Lochmatter. Frédéric Payot y Jean Tairraz, de Chamonix, también nos acompañarían.

Salimos a las dos de la madrugada del domingo 16 y seguimos la ruta que habíamos tomado el jueves pasado hasta Hörnli. Desde allí bajamos a la derecha del crestón y pasamos por los

pináculos de hielo del glaciar del Cervino. A las ocho y media habíamos llegado a la llanura en lo alto del glaciar y nos encontrábamos ante el punto donde debían hallarse nuestros compañeros. Cuando vimos cómo un hombre curtido tras otro levantaba el telescopio y lo pasaba sin una palabra al siguiente, supimos que toda esperanza se había desvanecido. Nos acercamos. Habían llegado abajo en el mismo orden en que cayeron: Croz algo adelantado, Hadow detrás y Hudson a alguna distancia de Hadow. Pero no había ni rastro de lord Francis Douglas^[96]. Dejamos a las víctimas donde habían caído, enterradas en la nieve al pie del mayor precipicio de la montaña más majestuosa de los Alpes.

Todos los muertos iban encordados con la cuerda de cáñamo o con la segunda, igualmente fuerte, y por tanto sólo había un eslabón —entre Peter *el Viejo* y lord Francis Douglas— donde se había empleado la cuerda débil. Esto presentaba mal aspecto para Taugwalder, porque no era posible suponer que los demás hubieran aprobado el uso de una cuerda tan inferior cuando quedaban sin usar más de setenta y cinco metros de las otras, de más calidad^[97]. Por el bien del viejo guía, que gozaba de buena reputación, y por otras cuestiones, era deseable aclarar esta cuestión. Después de mi declaración ante el tribunal nombrado por el gobierno, formulé unas cuantas preguntas para que Peter *el Viejo* tuviera oportunidad de librarse de las graves sospechas que recaían sobre él. Me dijeron que las preguntas fueron formuladas y contestadas, pero las respuestas nunca me llegaron aunque se me prometieron^[98].

Mientras tanto, las autoridades dieron órdenes estrictas de recuperar los cuerpos, y el día 19 de julio veintiún hombres de Zermatt cumplieron aquella triste y peligrosa tarea^[99]. Tampoco encontraron el cuerpo de lord Francis Douglas, que probablemente quedó retenido entre las rocas, más arriba^[100]. Los restos de Hudson y Hadow fueron enterrados en el lado norte de la iglesia de Zermatt, en presencia de una multitud de amigos. El cuerpo de Michel Croz yace al otro lado, bajo una lápida más sencilla, cuya inscripción rinde honroso homenaje a su rectitud, valor y dedicación^[101].

Así se desvaneció la tradicional inaccesibilidad del Cervino y fue reemplazada por leyendas de un carácter más real. Otros tratarán de escalar sus orgullosas pendientes, pero para ninguno será la montaña lo que fue para sus primeros exploradores. Otros hollarán su cumbre nevada, pero ninguno conocerá los sentimientos de los que por primera vez contemplaron su maravilloso paisaje. Y espero que ninguno se vea obligado a contar cómo la alegría se convirtió en tristeza y la risa en duelo. El Cervino demostró ser un adversario obstinado. Resistió mucho y dio numerosos golpes. Al final fue vencido con una facilidad que nadie habría anticipado, pero, igual que un enemigo implacable, vencido pero no aplastado, se cobró una terrible venganza. Llegará un tiempo en que el Cervino habrá desaparecido, y sólo un montón de fragmentos señalará el lugar donde se alzaba la gran montaña, porque átomo a átomo, y centímetro a centímetro, se rinde a fuerzas irresistibles. Ese momento está muy lejano y las generaciones futuras seguirán contemplando maravilladas sus tremendos precipicios y su forma única. Por exaltadas que sean

sus ideas y por exageradas que sean sus esperanzas, no quedarán defraudadas.

La obra ha terminado, y el telón está a punto de caer. Antes de separarnos diré unas palabras sobre las enseñanzas de las montañas. ¡Miremos hacia las alturas! Inmediatamente surge la palabra «imposible». «¡No!», dice el montañero. «El camino es largo, lo sé. Es difícil y puede ser peligroso, pero es posible, estoy seguro. Buscaré la ruta. Consultaré a mis hermanos montañeros y descubriré cómo han alcanzado alturas similares y cómo evitar los peligros». Así se pone en marcha (mientras todos duermen). El camino es resbaladizo y también puede ser laborioso. Al final, con precaución y perseverancia, alcanza la cima. Entonces los de abajo exclaman: «¡Increíble! ¡Es algo sobrehumano!».

Los que escalamos montañas siempre hemos tenido presente la superioridad de la perseverancia y la voluntad sobre la fuerza bruta. Sabemos que cada altura, cada paso, han de ganarse mediante un trabajo paciente y laborioso y que el deseo no sustituye al esfuerzo. Conocemos los beneficios de la ayuda mutua y nos consta que encontraremos muchas dificultades y obstáculos que han de ser vencidos o rodeados. Pero también sabemos que, donde hay voluntad, hay un camino, y volveremos a nuestras ocupaciones cotidianas mejor preparados para luchar en la batalla de la vida y para superar los impedimentos a nuestro avance, fortalecidos y animados por el recuerdo de pasadas labores y por la memoria de victorias ganadas en otros terrenos.

No pretendo hacer apología del montañismo ni usurpar el papel de un moralista, pero mi tarea quedaría incompleta de concluirla sin una referencia a las lecciones más importantes del montañero. Nos complacemos de la regeneración física, que es producto de nuestros esfuerzos, nos exaltamos ante la grandeza de los paisajes que se presentan ante nuestros ojos, el esplendor del amanecer y del atardecer y las bellezas de montañas, valles, lagos, bosques y cascadas, pero valoramos más el desarrollo de la virilidad frente al combate con las dificultades, y de las más nobles cualidades de la naturaleza humana: el valor, la paciencia, la persistencia y la fortaleza.

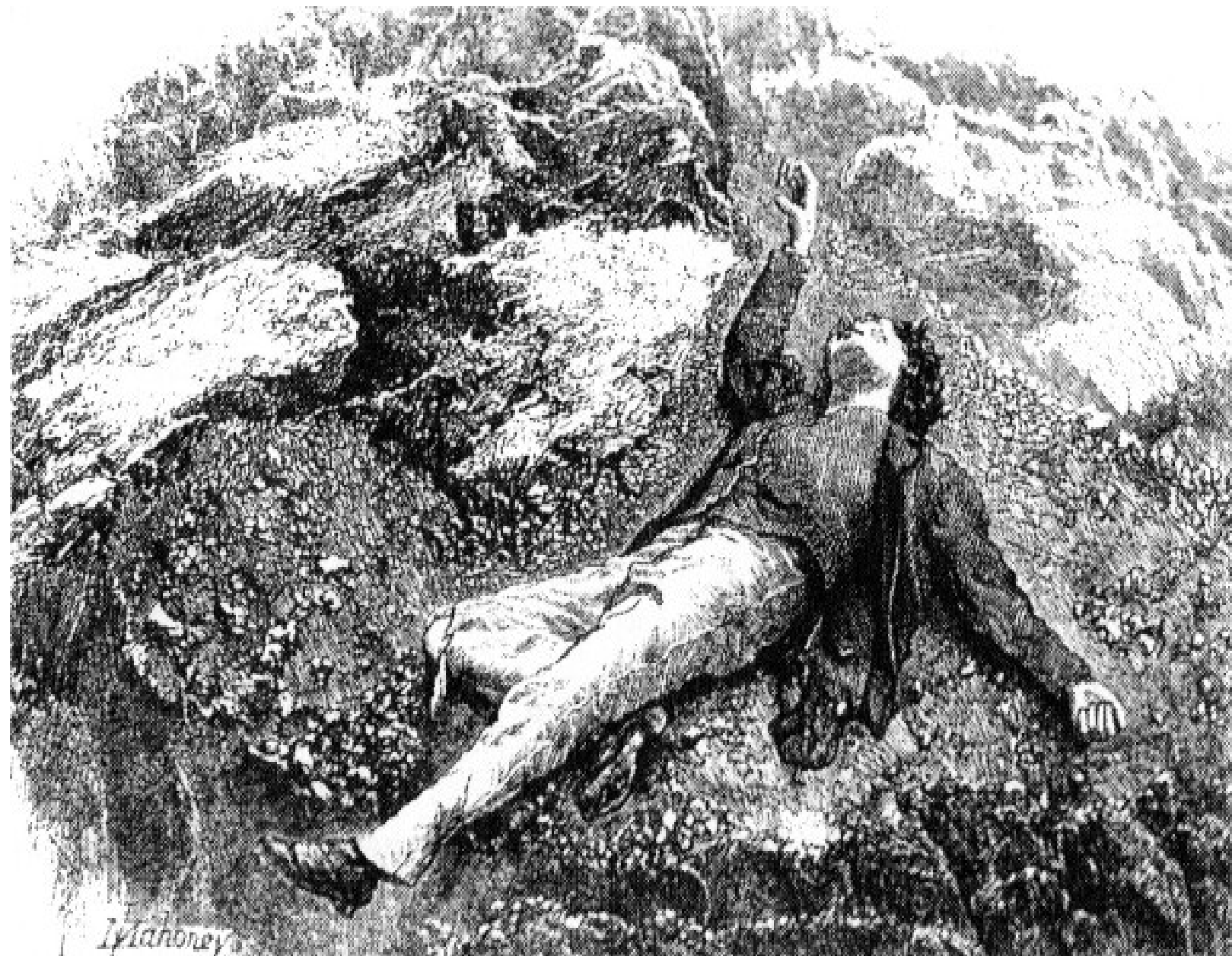
Algunos tienen estas virtudes en poca estima y asignan intenciones viles y despreciables a quienes se entregan a nuestro inocente deporte.

Aunque seas casto como el hielo y puro como la nieve, no escaparás de la calumnia.

Otros, que no son detractores, encuentran completamente incomprensible el alpinismo como deporte. No es de extrañar, porque todos no estamos constituidos de igual forma. El montañismo es una actividad idónea para los jóvenes y fuertes, no para los viejos o débiles. Para estos últimos el esfuerzo no es placentero, y a veces dicen: «Tal persona convierte el placer en un trabajo». Quien sube a las montañas tiene que esforzarse, pero de ahí procede la fuerza (no sólo la energía muscular, sino mucho más), y el despertar de las facultades. De esa fuerza emana el placer. También se pregunta a veces, con un tono que parece implicar que la respuesta es dudosa: «¿Y le compensa?». Bueno, no podemos medir nuestro disfrute como se mide vino o se pesa plomo, sin embargo, es real. Si pudiese borrar todos mis recuerdos y memorias, aún diría que mis escaladas en los Alpes me han compensado con creces, porque me han dado dos de las mejores cosas que un hombre puede poseer: salud y amigos.

Los recuerdos de placeres pasados no pueden borrarse. Incluso mientras escribo, acuden a mí en tropel. Primero llega una incesante serie de imágenes magníficas en formas, efectos y colores. Veo los grandes picos, con las cimas cubiertas de nubes, que parecen levantarse hasta el infinito. Oigo la música de los distantes rebaños, los instrumentos campesinos y las solemnes campanas de iglesia, y huelo el fragante aliento de los pinos. Y, después, llega otra cadena de pensamientos, los de los hombres que fueron rectos, valientes y sinceros, hombres de corazones sencillos y audaces proezas; y recuerdo amabilidades recibidas de manos desconocidas, insignificantes en sí mismas, pero que expresan esa buena voluntad que constituye la esencia de la caridad.

Sin embargo, también perdura un último recuerdo triste, y a veces flota como una bruma que oscurece la luz del sol y enfría la memoria de tiempos felices. Ha habido alegrías demasiado grandes como para ser descritas, y tristezas en las que no me he atrevido a extenderme y, con éstas en mente, digo: escalad si queréis, pero recordad que el valor y la fuerza no son nada sin la prudencia, y que una negligencia momentánea puede destruir la felicidad de toda una vida. No hagáis nada con prisa. Mirad bien cada paso y pensad desde el principio cuál puede ser el final.





EDWARD WHYMPER (Londres 1840-1911) es uno de los hombres más conocidos de la historia del montañismo y su nombre se asocia habitualmente con la primera ascensión al Cervino. Nacido en Londres, accede al oficio de grabador que ejerce su padre y pronto revela considerables dotes artísticas. En 1860 viaja a los Alpes con el objetivo de realizar unos grabados de algunos de los célebres picos alpinos. Esta experiencia cambia su vida: Whymper se inicia en la escalada y realiza numerosas ascensiones de dificultad, entre las cuales destacan las primeras a Barre des Écrins, Brèche de la Meije, Col de Triolet, Aiguille d'Argentièrre, Dent Blanche, Aiguille Verte y Mont Dolent. En 1865, después de numerosos intentos, culmina la conquista del Cervino junto a lord Francis Douglas, el reverendo Charles Hudson, Hadow y los guías Michel Croz y los Taugwalder. Tras las duras críticas y acusaciones que recibe a causa del accidente en el que mueren cuatro de los primeros ascensionistas, Whymper abandona los Alpes, pero realiza viajes de exploración a Groenlandia, a las Montañas Rocosas del Canadá y a los Andes. Allí sigue efectuando primeras ascensiones, entre otras al Chimborazo, Cotopaxi, Mt. Mitchell y Mt. Whymper.

Además de *Scrambles Amongst the Alps*, su obra cumbre, traducida a numerosos idiomas, es autor de *Travels Among the Great Andes of the Equator*, *How to Use the Aneroid Barometer*, así como guías turísticas de Chamonix y Zermatt.

Notas

[1] En ocasiones se dice Breil. <<

[2] En realidad, en aquel tiempo, no había guías en este valle, salvo Pession y Pelissiers. <<

[3] El señor Hawkins ignoraba que se hubieran realizado intentos anteriores y hablaba del suyo como si hubiera sido el primero. <<

[4] Desde entonces, el pico pequeño recibe el nombre de Tête du Lion. La brecha se llama ahora Col du Lion; el glaciar de su base, Glacier du Lion; y la quebrada que conecta la brecha con el glaciar, Couloir du Lion. <<

[5] Por gentileza de su propietario, el señor F. Tuckett. <<

[6] Con la sola excepción del guía Bennen. <<

[7] J. G. Whittier. <<

[8] A Hawkins le pareció un paso excesivamente difícil, pero él lo encontró cubierto de hielo y nosotros no. <<

[9] Después supe por Jean-Antoine Carrel que habían llegado considerablemente más alto que en los intentos anteriores, a unos 75 o 90 metros más que el profesor Tyndall en 1860. En 1862 vi las iniciales de J. A. Carrel grabadas en las rocas en el lugar donde su compañero y él se habían dado la vuelta. <<

[10] Aquel hombre demostró ser útil y complaciente en terreno más bajo y voluntariamente me acompañó un buen trecho, apartándose de su camino, sin aceptar gratificación alguna. <<

[11] *Alpine Journal*, 1863, pág. 82. <<

[12] Tyndall y Bennen estaban equivocados al suponer que la montaña tiene dos cumbres, sólo tiene una. Parecen haber sido confundidos por el aspecto de la arista suroeste, que se llama «L'Epaule» («El Hombro») tal y como se ve desde Breuil. Desde allí, el extremo meridional tiene ciertamente la apariencia de un pico, pero al contemplarlo desde el Col Théodule u otro punto en esa dirección, la ilusión se desvanece. En *Mountaineering in 1861*, págs. 86 y 87. <<

[13] Forbes se encontró en una situación similar al cruzar el mismo paso en 1842. Describe los sonidos como silbidos, susurros y siseos (ver sus *Travels in the Alps of Savoy*, segunda edición, pág. 323). El doctor R. Spence Watson experimentó el mismo fenómeno en la parte superior del glaciar Aletsch en julio de 1863 y describió esos sonidos como cantos o silbidos (ver *Athenaeum*, 12 de septiembre de 1863). Al parecer, ambos grupos sufrieron una elevada electrificación en cada ocasión. Forbes dice que sus dedos «emitían un ruido siseante», y Watson dice que «su pelo se puso de punta de un modo muy molesto, aunque divertido», y que «el velo de uno de los presentes se irguió en el aire». <<

[14] Describo minuciosamente esta tienda ya que, a menudo, se me ha pedido información sobre el tema. Recomiendo a toda persona que desee tener una, y que desee utilizarla frecuentemente, que la haga confeccionar bajo su supervisión y que compruebe cuidadosamente los palos. La experiencia me ha demostrado que los palos (afirmados por sus extremos) soportan un peso de hasta cincuenta kilos y resistirán cualquier viento al que puedan estar sometidos. <<

[15] Las alturas que se dan a lo largo de la narración siguen las medidas del barómetro de mercurio de F. Giordano en 1866 y 1868. Me atrevo a diferir sólo respecto a la altura de la segunda plataforma de nuestra tienda, y le he asignado una elevación algo menor que la calculada por él.

<<

[16] Durante este tiempo ascendí el Monte Rosa. <<

[17] No eran guías profesionales. <<

[18] Las que recogí fueron las siguientes.- *Myosotis alpestris*, Gm., *Veronica alpina*, L., *Linaria alpina*, Desf., *Gentiana bavarica*, L., *Thlaspi rotundifolium*, Gaud., *Silene acaulis*, L. (?), *Potentilla*, s. p., *Saxifraga*, s. p., y *Saxifraga muscoides*, Wulf. Debo estos nombres a William Carruthers, del Museo Británico. Las plantas crecían entre los 3200 metros y los 4000, o algo menos, elevación máxima en la que he visto vegetación en los Alpes. En las partes superiores de esta montaña se ven muy pocos líquenes, debido sin duda a la constante desintegración de las rocas y a la consecuente desprotección de superficies nuevas. La especie de mayor altitud recolectada por De Saussure en sus viajes por los Alpes fue la *Silene acaulis*. Menciona que encontró unas matas «cerca del lugar en que dormí a mi regreso (en su ascenso al Mont Blanc), a unos 3475 metros sobre el nivel del mar».

William Mathews y Charles Packe, que han estudiado durante muchos años la botánica de los Alpes y los Pirineos, me han ofrecido los nombres de las plantas de mayor altura que han recogido en sus excursiones. Su lista es interesante, aunque no exhaustiva, ya que muestra los límites extremos que consiguen algunas de las más robustas plantas alpinas. Las mencionadas por Mathews son: *Campanula cenisia*, L. (Grivola, 3674 metros); *Saxifraga bryoides*, L., y *Androsace glacialis*, Steud. (cumbres del monte Emilio, 3561 metros y del Ruitos, 3500 metros); *Ranunculus glacialis*, L., *Armeria alpina*, Willd., y *Pyrethrum alpinum*, Willd., (Monte Viso, 3000 a 3200 metros); *Thlaspi rotundifolium*, Gaud., y *Saxifraga biflora*, All., (Viso, 2900 metros), *Campanula rotundifolia*, L., *Artemisia spicata*, Jacq., *Aronicum Doronicum*, Rehb., y *Petrocallis Pyrenaica*, R. Br. (Col de Seylières, 2890 metros).

Packe recolectó en la cima del pico Mulhacén, Sierra Nevada de Granada (3530 metros) *Papaver alpinum*, L. (var. *pyrenaicum*), *Artemisia nevadensis* (utilizada para dar sabor al vino de Jerez), *Viola nevadensis*, Boiss., *Galium pyrenaicum*, Gouan, *Trisetum glaciale*, Boiss., *Festuca Clementei*, Boiss., *Saxifraga groenlandica*, L., *Erigeron alpinum*, L., y *Arenaria tetraquetra*, L. En el pico Veleta (3470 metros) y la Alcazaba (3459 metros) recogió las mismas plantas, excepto la primera. A 3500 metros, en estas montañas, recogió *Ptilotrichum purpureum*, *Lepidium stylatum* y *Biscutella saxatilis*; y a 3000 metros, *Alyssum spicatum* y *Sideritis scordiodes*. Packe dice que las siguientes plantas crecen entre los 3000 y los 3500 metros en los Pirineos: *Cerastium latifolium*, *Draba Wahlenbergii*, *Hutchinsia alpina*, *Linaria alpina*, *Oxyria reniformis*, *Ranunculus glacialis*, *Saxifraga nervosa*, *Saxifraga oppositifolia*, *Saxifraga groenlandica*, *Statice Armeria* y *Veronica alpina*.

La información sobre la botánica de Val Tournanche se encuentra en una pequeña publicación de Canon G. Carrel titulada *La Vallée de Valtornenche en 1867*, y una lista de las plantas recolectadas hasta ahora en el glaciar que conecta el Cervino con el Col Théodule se encuentra en *Matériaux pour l'étude des Glaciers*, de Dollfus-Ausset, vol. VIII, primera parte, 1868.

En la sección de *Illustrated Europe* sobre Zermatt (publicada en Zurich por Orell Füssli and Company), F. O. Wolf afirma que encontró varias plantas en flor en la cara norte del Cervino casi a la altura de «El Hombro». <<

[19] Ya he tenido ocasión de mencionar los rápidos cambios de la meteorología en las alturas alpinas, y tendré ocasión de volver sobre ello en capítulos posteriores. Nadie lamenta más que yo la variabilidad que aflige a esa hermosa cadena de montañas o la necesidad de hablar de ello. Sus cimas sufren constantemente el azote del viento y las tormentas. Al parecer, esta inestabilidad no existe siempre en las regiones elevadas. Se dice que hay algunos lugares afortunados favorecidos con una calma casi perpetua. Tal es el caso de Sierra Nevada, en California, que ofrece numerosas cimas de 4000 a 6000 metros. Whitney, de San Francisco, afirma (en su *Guía del valle de Yosemite y alrededores*): «A gran altura, en las montañas, las condiciones atmosféricas en verano son casi siempre las mejores posibles para viajar. Hay tormentas ocasionales en las altas montañas pero son normalmente escasas, y uno de los inconvenientes de las excursiones en los Alpes, la inestabilidad del tiempo, es prácticamente inexistente aquí». Es probable que un conocimiento más profundo de esa región modificara su opinión, porque debe admitirse que resulta difícil juzgar el estado de la atmósfera a gran altura desde los valles, y, a menudo, ocurre que una terrible tormenta se ha desatado en la altura mientras hay calma a menos de cinco kilómetros. Un caso así se describe en el capítulo cuarto de este libro y aquí podemos mencionar otro. En el preciso momento en que yo contemplaba el Dent Blanche desde 3873 metros de altura en el Cervino, Kennedy intentaba el primer ascenso de aquella montaña. Describió su escalada en un pintoresco artículo en el *Alpine Journal* (1863) y por él supe que había sufrido mal tiempo. «El viento aullaba sobre nuestra ladera produciendo una música salvaje y terrible entre los desolados riscos... Hacía imposible oír una voz normal y no se veía nada a una distancia superior a los cincuenta metros... Una espesa niebla y errabundas nubes de nieve nos envolvían y pasaban sobre nosotros». El termómetro descendió hasta los 7 grados bajo cero y el pelo de su compañero se convirtió en una masa de carámbanos. En ese momento, Kennedy se encontraba a sólo seis kilómetros de mí, y donde yo estaba, y en mis alrededores inmediatos, el aire estaba perfectamente en calma y la temperatura era agradable. Incluso durante la noche sólo bajó a dos o tres grados bajo cero. Durante la mayor parte del día el Dent Blanche se veía perfectamente despejado, con sólo ligeras volutas de nubes por encima de sus últimos 600 metros. Nadie habría supuesto por las apariencias que mi amigo estaba sufriendo una tormenta como la que ha descrito. <<

[20] CAMBIOS EN LA ZONA MERIDIONAL DEL CERVINO. En agosto de 1895 ascendí la ladera suroeste hasta la base de la Grand Tour para fotografiar lugares que me interesaban. Habían transcurrido más de treinta años desde mi última visita y descubrí que habían ocurrido grandes cambios durante ese tiempo. La cima del Col du Lion estaba más baja que antes por la disminución de la nieve y el paso a través de él resultaba más breve. Durante los cincuenta metros siguientes había pocas alteraciones, pero, de ahí en adelante, el crestón se había fragmentado y muchos lugares familiares resultaban irreconocibles. Ningún lugar de aquella arista estaba más firme en mi memoria que La Chimenea. De ella sólo quedaban restos, y desde ese punto en adelante todo estaba alterado. Los pasos difíciles se habían hecho fáciles, y viceversa. El ángulo en el que hoy cuelga una gruesa cuerda con nudos, uno de los pasos más difíciles de la ascensión, no existía en 1864.

El primer refugio en la ladera meridional del Cervino fue construido en el saliente llamado «La Corbata». Más tarde se erigió una cabaña cerca de la base de la Grand Tour, pero su situación parecía precaria, y en 1893 se construyó otra cabaña unos cincuenta metros más abajo, que entró en servicio al año siguiente. Esta última se encuentra aproximadamente en la posición de mi tercer campamento. Una descripción de este lugar en mi *Guide to Zermatt and the Matterhorn*, con fotografías tomadas en 1895.

He definido la Grand Tour como «uno de los accidentes más espectaculares de la ladera». En 1864 no había signos de debilitamiento en la base de este enorme pináculo. En 1895 me pareció que no tardaría mucho en derrumbarse. ¡Ay de quienes se encuentren bajo la Grand Tour cuando se desmorone! <<

[21] Una considerable extensión de nieve (señalada como «La Corbata» en el perfil del Cervino, visto desde el Théodule) atraviesa aquella parte de la montaña. Mi máximo punto alcanzado fue algo superior a la cota más baja de esa nieve, y por tanto, a unos 4800 metros sobre el nivel del mar. <<

[22] Recibí los amables cuidados de una dama inglesa, Mrs. J. H. Daniell, que también se encontraba en el hotel. <<

[23] Como rara vez se sobrevive a una caída semejante, puede ser interesante registrar mis sensaciones durante el suceso. Era perfectamente consciente de lo que estaba ocurriendo, y sentía cada golpe, pero igual que un paciente bajo los efectos del cloroformo, no sentía dolor. Cada golpe era naturalmente más severo que el anterior y recuerdo haber pensado claramente: «Bueno, si el próximo es más fuerte será el fin». Al igual que personas que han sido rescatadas cuando se están ahogando, recuerdo que infinidad de cosas me pasaron por la cabeza, muchas de ellas absurdas o triviales que llevaban tiempo olvidadas, y lo más curioso es que esa caída por el espacio no resultaba desagradable. Pero tal vez en un poco más de distancia habría perdido la conciencia y las sensaciones, y en eso me baso para creer que, aunque parezca improbable, la muerte por caída desde gran altura es un final poco doloroso.

Aunque sufrí muchas magulladuras, no me rompí ningún hueso. Los cortes más granelos fueron uno de diez centímetros en la parte superior de la cabeza y otro de siete —que sangraba horriblemente— en la sien derecha. Tenía otro corte de tremenda apariencia y tamaño semejante en la palma de mi mano izquierda y todos mis miembros tenían cortes o arañazos más o menos serios. La pérdida de sangre fue grande, pero no pareció causarme un daño duradero. Los únicos efectos serios han sido una ligera pérdida de memoria, y aunque mis recuerdos de sucesos anteriores permanecen inalterados, los acontecimientos de aquel día habrían sido borrados de no haber tomado algunas notas antes del accidente. <<

[24] Incidentes como éste hacen que uno mire favorablemente los reglamentos de Chamonix y otros lugares. Tal cosa no habría sucedido en Chamonix ni aquí, de haber habido un «Bureau des Guides». <<

[25] Ésta parecía ser la parte más difícil de la montaña. Nos veíamos obligados a mantenernos en el borde del crestón o muy cerca de él, y en el punto en el que decidimos volver (que estaba casi tan alto como la parte más alta de La Corbata y tal vez treinta metros por encima del alcanzado el día 19), había en todas direcciones rocas lisas y perpendiculares de unos dos metros de altura, insuperables para un hombre solo, y que sólo se podían vencer mediante escalas o la ayuda de compañeros. <<

[26] El profesor Tyndall describe este incidente con estas palabras: «Habíamos recogido nuestros efectos y nos disponíamos a seguir cuando se produjo una súbita explosión. Miramos hacia arriba y vimos en el aire un sólido fragmento de peña disparado desde el Cervino, describiendo una parábola y finalmente desmenuzándose al chocar contra un pináculo rocoso. Los fragmentos bajaron como una lluvia, algo apartados de nosotros pero lo suficientemente cerca para obligarnos a estar alerta. Se produjeron dos o tres explosiones similares, pero elegimos el lomo de la montaña para el ascenso, y así las piedras caídas se desviaban rápidamente a derecha o izquierda». *Saturday Review*, 8 de agosto de 1863. Reimpreso en *Macmillan's Magazine*, abril de 1869. <<

[27] *Saturday Review*, 8 de agosto de 1863. <<

[28] *Saturday Review*, 1863, y *Macmillan's Magazine*, 1869. <<

[29] Me he extendido sobre el asunto debido a la gran sorpresa causada por el hecho de que Carrel fuera capaz de superar ese paso sin gran dificultad en 1865 mientras que un grupo tan fuerte fracasó en 1862. La causa del fracaso de Tyndall fue simplemente que su segundo guía (Walter) no ayudó a Bennen cuando era necesario, y que los Carrel se negaron a actuar como guías habiendo sido contratados como porteadores. J. A. Carrel no sólo conocía la existencia de ese lugar antes de llegar a él, sino que siempre creyó en la posibilidad de pasarlo y de ascender la montaña y, de haber sido el jefe del grupo, habría conducido sin duda a Tyndall hasta la cumbre. Pero cuando se le pidió a Carrel (italiano y porteador) que ayudara a Bennen (suizo y jefe reconocido del grupo), no quiso asistir a otro hombre a subir por una ruta que él consideraba propia.

Es difícil comprender por qué Tyndall y Bennen olvidaron la existencia de aquella hendidura, porque se ve desde varios lugares y muy bien desde el lado sur del Col Théodule. Más difícil aún es explicar cómo el profesor llegó a considerar que se encontraba «a tiro de piedra» de la cumbre. Porque, al llegar al final de El Hombro, tuvo que ver que le quedaba por delante toda la altura del último resalte. <<

[30] Tyndall escaló el monte Cervino en 1868. <<

[31] La información sobre Val Tournanche se puede encontrar en De Saussure (*Voyages dans les Alpes*, vol. IV, págs. 379-381, 406-409), en el artículo de Canon Carrel (*La Vallée de Valtornenche en 1867*) y en King (*Italian Valleys of the Alps*, págs. 220-221). <<

[32] Hablaré en otro lugar de esta montaña. <<

[33] Esta anotación me la sugirió A. Adams-Reilly. Pocos días antes de cruzar el Breuiljoch en 1863, F. Morshead descubrió otro paso paralelo, ahora llamado Furgg Joch. Cruzó por el lado occidental del pequeño pico al que me he referido y siguió una ruta algo más difícil que la nuestra. En 1865 quise usar el paso de Morshead, pero me fue imposible descender a la vertiente de Zermatt porque en los dos años transcurridos el glaciar había disminuido tanto que estaba completamente separado de la parte más alta del paso y no pudimos cruzar las rocas que habían quedado expuestas. <<

[34] La cúspide del Col Théodule está a 3322 metros sobre el nivel del mar. Se calcula que cada año lo cruzan unos mil turistas. En invierno, cuando las grietas se rellenan en parte y el tiempo es favorable, las vacas y las ovejas siguen pasado por él desde Zermatt a Val Tournanche y viceversa.

A mediados de agosto de 1792, De Saussure fue con mulas desde Breuil por el glaciar del Val Tournanche hasta el punto más alto del Théodule, y en un viaje anterior hizo lo mismo, también a mediados de agosto. Menciona claramente que el glaciar estaba totalmente cubierto de nieve y que no tenía grietas. En los últimos años el glaciar ha estado poco cubierto de nieve en agosto y presenta muchas grietas.

Desde 1855, Zermatt comenzó a convertirse en uno de los lugares predilectos de los Alpes y su popularidad sigue creciendo. Hace cincuenta años, el paso Théodule, el Weisshorn y el Col d'Hérens eran, creo, las únicas rutas que se seguían desde allí a través de los Alpes Peninos. Ahora hay más de dos docenas que permiten la llegada y salida de los turistas. Las cimas de algunos de los pasos están a más de 4200 metros sobre el nivel del mar.

A mediados del siglo XIX, la única posada de Zermatt era la del médico de la aldea (Lauber). En 1852 Clemenz inauguró el Hotel Monte Cervino y en 1855 Alexandre Seiler adquirió y amplió la primitiva posada (Hotel Monte Rosa). En 1867 adquirió también el Hotel Monte Cervino, y poco a poco se convirtió en el señor del lugar por su iniciativa y simpatía. Los tres principales hoteles de Zermatt, así como el hotel de Riffelberg (luego llamado Riffelhaus), el amplio establecimiento denominado Hotel Riffelalp y el Hotel del Lago Negro (Schwarzsee) están bajo la dirección de la familia Seiler.

La apertura del ferrocarril de Viso a Zermatt ha incrementado la afluencia de visitantes. En el momento más alto de la temporada la población está llena. <<

[35] Esto era así en 1863. Ahora se llega fácilmente. <<

[36] «Uno de los hechos mejor comprobados es que la erosión de los glaciares se distingue de la de las aguas en que la primera produce unas rocas convexas, mientras que la segunda da lugar a concavidades», B. Studer, *Origine des Lacs Suisses*. <<

[37] El camino del lado derecho o meridional del valle es mucho más pintoresco que el otro. <<

[38] El paisaje del profesor Ruskin, *El Cervino desde el noroeste* (*Modern Painters*, vol. IV) está tomado desde Stockje. El Col du Lion es la pequeña depresión de la arista, que puede verse en un extremo del grabado, a la izquierda. El tercer lugar de acampada estaba situado al pie del precipicio, en la arista, exactamente a un tercio de distancia entre el Col du Lion y la cima. La zona almenada de la arista, un poco más arriba, se llama la Cresta del Gallo, y el espacio horizontal de la arista por encima de la Cresta del Gallo es lo que se denomina El Hombro. <<

[39] *Picos, pasos y glaciares*, II serie, vol. I, págs. 313-338. La parte superior del Col de Valpelline se eleva a 3562 metros sobre el nivel del mar. Es el paso más fácil de cuantos hay en los Alpes a esa altura y, si se cruza con buen tiempo, no hay que practicar un solo corte en la nieve. Sin embargo, si no se sigue la ruta correcta, el paso puede hacerse muy dificultoso. Se ahorra mucho tiempo y molestias siguiendo estrictamente el margen izquierda u oriental del glaciar Za-de-Zan (Zardesan), como hizo Jacomb.

Hay una vista muy hermosa desde un punto situado a dos tercios de milla al sureste de lo alto del Col, a 3813 metros de altura. Este punto se conecta con el collado por un glaciar cubierto de nieve y de pendiente moderada, y desde allí se domina bien la Tête Blanche, que tiene unos sesenta metros menos de elevación. Ascendí a ese lugar en 1866, presumiblemente por primera vez. En los mapas más recientes del servicio geográfico suizo recibe el nombre de Tête de Valpelline. <<

[40] En otros lugares he dejado escrito que aún no había un paso desde Prerayén hasta Breuil en 1860, y era correcto. El día 8 de julio de 1868 mi intrépido guía, Jean-Antoine Carrel, salió de Breuil a las dos de la mañana, con un compañero de confianza —J. Baptiste Bich, de Val Tournanche— para intentar el paso. Fueron a través del glaciar que desciende desde el Dent d'Hérens hacia el suroeste, y cuando llegaron a su base, ascendieron la nieve entre los cortantes de la cara sur, y después subieron los propios precipicios. Este glaciar, que ellos llamaron glaciar de Mont Albert, había sido nombrado glaciar d'Erin en el mapa de Valpelline, de Reilly, y los locales lo llamaban Les Jumeaux. Ascendieron la roca hasta una considerable altura y después tuvieron que cruzar el glaciar hacia el norte, hacia un pequeño roñón que está en el centro del glaciar. Pasaron por él y entre los grandes seracs. Finalmente, su ruta les llevó hacia el Dent d'Hérens, y llegaron a la base de la cima subiendo un *couloir* y las rocas de la cabecera del glaciar. Ganaron la cima pasada la una del mediodía y, descendiendo por el glaciar de Za-de-Zan, llegaron a Prerayén a las seis y media de la tarde.

Puesto que esta ruta se unía a la que abrieron Hall, Grove y Macdonald en su ascensión al Dent d'Hérens en 1863, es evidente que aquella montaña podía ascenderse desde Breuil. Carrel consideraba que la ruta tomada por él y su amigo Bich podía mejorarse y, si eso sucedía, sería posible ascender el Dent d'Hérens desde Breuil en menos tiempo que desde Prerayén. Breuil se prefiere, en cualquier caso, como punto de partida. Los días 17 y 18 de julio de 1873 A. G. Puller, con J.-J., J.-P., y E. Maquignaz, y Louis Carrel, ascendieron el Dent d'Hérens por esa ruta y descendieron hasta Prerayén. <<

[41] De acuerdo con el último Canon Carrel, la altura de este paso es de 3150 metros. <<

[42] Las depresiones en las rocas glaciales (no erosionadas por el agua) son más o menos angulares. <<

[43] Y aún continúan así. En 1892 comprobé que el camino desde Val Tournanche a Gioment no era mejor que en 1863. <<

[44] Un resumen de esta expedición se publicó también en *Athenaeum*, el 29 de agosto de 1863. <<

[45] «Por tanto hay poca esperanza de llegar a nada decisivo sobre el papel exacto del eco en la producción del sonido del trueno» (pág. 165 de la edición inglesa de Sabine, Longmans, 1855). <<

[46] Lo mismo me ha parecido siempre que he estado cerca del impacto de un rayo. Se produce un intervalo entre la primera explosión y los sonidos reverberantes y explosiones secundarias que yo considero simples ecos, pero nunca me ha sido posible (excepto en el caso anterior) identificarlos como tales.

Otros han observado lo mismo. «El geólogo Theobald de Chur, que estuvo en una tormenta eléctrica en Solferino, entre el Tschierscher y el Urden, dice que los truenos eran cortos como cañonazos, pero con un tono más claro y crujiente, y que los ruidos derivados del trueno sólo se oían más tarde» (Berlepsch, Alpes, ed. inglesa, pág. 133). <<

[47] J. Glaisher ha señalado frecuentemente que los sonidos percibidos en los globos a cierta distancia de la tierra son notables por su brevedad. «El sonido es uno, no hay reverberación ni reflexión. Los sonidos oídos desde un globo son un solo ruido que continúa durante sus propias vibraciones y desaparece inmediatamente». *Good words*, 1863, p. 224.

He sabido por Glaisher que los truenos oídos por él durante sus trayectos aéreos no han sido excepción a la norma general, y la ausencia de fragor posterior fortalece su opinión de que tales sonidos que acompañan los truenos son solamente ecos. <<

[48] Desde entonces varias personas se han encontrado en esa situación durante cinco o seis días consecutivos. <<

[49] Las rocas llegan a calentarse tanto en ocasiones que casi duele tocarlas. Me refiero exclusivamente a las tormentas que tienen lugar durante el día y con buen tiempo. <<

[50] Las nieblas son muy engañosas para quienes se encuentran en la montaña. A veces parecen crearse a considerable distancia, como si toda la atmósfera vecina estuviera cambiando, cuando, en realidad, se forman en la proximidad inmediata de la montaña. <<

[51] Adolphus W. Moore murió en Montecarlo el 2 de febrero de 1887 a los 46 años, cuando acababa de ser nombrado secretario político y secreto del Departamento de la India. (Ver *Alpine Journal*, vol. XIII, págs. 258-261). <<

[52] El Col de Zinal o Triftjoch, entre el Trifhorn y el Ober Gabelhorn; y el del Col Durand, entre el Ober y el Dent Blanche.

Para nuestra ruta entre Zinal y Zermatt, ver el mapa del valle de Zermatt. <<

[53] A gran altura sobre el glaciar de Moming, a los pies de la Crête de Milton. <<

[54] Del diario de Moore. <<

[55] Pasando lo que técnicamente se llama una «caída» de hielo. <<

[56] La responsabilidad no correspondía a Cruz. Su misión era aconsejar, no dirigir. <<

[57] En el mapa de Dufour, la parte superior del paso está marcada con 3793 metros de altura. <<

[58] Tales cornisas de nieve son frecuentes en las crestas y en las zonas altas de las aristas de montaña, y siempre resulta prudente, antes de llegar a la cima de una montaña o arista, sondear con el piolet, es decir, hundirlo en la nieve, para ver si hay roca o no. El olvido de esta precaución ha puesto a menudo vidas en peligro.

Estas cornisas aparecen frecuentemente como una voluta y a veces adoptan formas extravagantes.

<<

[59] Prefiero una estimación prudente. Mi impresión es que la nieve no se acumula en gran cantidad en inclinaciones de 45 grados. <<

[60] El granito erosionado es una roca magnífica para la escalada y su textura granular permite un firme agarre de las botas. Pero en los esquistos metamórficos que componen la gran masa del Cervino, la textura de la propia roca ofrece pocas ventajas. <<

[61] Me refiero sólo a la parte de la ladera comprendida entre el Col du Lion y la Gran Torre. Esto no se aplica a las rocas situadas más arriba. A mayor altura todavía (sobre El Hombro) están muy desintegradas, y sobre el pico final vuelven a ser firmes. <<

[62] Después de cruzar el glaciar de Breney, ascendimos por una zona de piedras sueltas y otra escarpada hasta el glaciar que rodea el pico por el sur. Giramos a la izquierda (hacia el oeste) y subimos por el borde del glaciar. Finalmente, llegamos a la arista de la ladera que desciende hacia el suroeste y la seguimos hasta la cumbre. <<

[63] Por ejemplo, cuando el guía sospecha la existencia de una grieta y tatea el suelo, pierde medio paso o más. El segundo hombre debe enrollarse la cuerda en la mano para tirar en caso de que el guía se hunda. <<

[64] Cuando varias personas descienden de un sitio así, es evidente que el último no obtendrá ninguna ayuda de la cuerda y, por tanto, puede ir desatado. Por esta razón, es frecuente que el hombre más fuerte y fiable vaya en último lugar. Aunque esa medida tiene cierto sentido, es evidente que será inútil si es cierto que un solo resbalón puede desequilibrar a todo el grupo. El mejor plan que conozco es el que adoptamos en el descenso del Col Dolent, es decir, dejar que un hombre avance hasta que alcance un punto seguro. Entonces se desata, la cuerda se sube y otro hombre baja encordado para unirse a él, y así sucesivamente, hasta el último. El último hombre seguirá ocupando el puesto más difícil y debería ser el más experto, pero no está expuesto al riesgo de que sus compañeros resbalen, y ellos recogen la cuerda a medida que avanza, de modo que su posición es menos arriesgada que si bajara únicamente por sí mismo. <<

[65] Los mapas oficiales suizos utilizan el nombre de Col d'Oren. <<

[66] Durante los dieciocho días anteriores (excluyendo domingos y festivos) habíamos ascendido más de 30 000 metros y descendido 29 000. <<

[67] Los turistas se congregan en Zermatt los domingos y suelen cruzar el Théodule los lunes en grandes grupos. <<

[68] Ministro italiano. Giordano había arreglado todo el asunto para Sella. <<

[69] Peter Taugwalder, padre, era llamado Peter *el Viejo* para distinguirlo de su hijo mayor, Peter *el Joven*. En 1865 el padre tenía unos 45 años. <<

[70] Hermano del marqués de Queensberry. Un resumen de esa ascensión al Gabelhorn, el 7 de julio de 1865 (la primera por la cara de Zinal) se encontró entre sus papeles después de su muerte y fue publicado en el *Alpine Journal*, vol. II, págs. 221 y 222. <<

[71] En el *Alpine Journal*, vol. III, págs. 75-76, T. S. Kennedy comenta esta ascensión (realizada, creo, el 7 de julio de 1865) y dice que el señor Hadow fue desde Grands Mulets hasta la cima del Mont Blanc en menos de cuatro horas y media, y descendió desde la cima a Chamonix en cinco horas. <<

[72] Los jóvenes Taugwalder iban como portadores por deseo de su padre, y llevaban provisiones suficientes para tres días en previsión de que la ascensión resultara más complicada de lo que anticipábamos. <<

[73] Recuerdo que hace unos años, hablando con un conocido montañero, comenté que un hombre capaz de caminar por término medio treinta millas diarias era un buen andarín. «Aceptable», dijo él. «¿Y a cuál llamaría usted bueno?». «Se lo diré», contestó. «Hace tiempo, un amigo y yo decidimos ir a Suiza, pero poco después escribió para informarme de que le acompañaría un muchacho joven y delicado incapaz de grandes cosas, puesto que no podía recorrer más de cincuenta millas diarias». «¿Y cómo se llamaba su amigo?», pregunté yo. «Charles Hudson». Tengo buenas razones para considerar que hombres capaces de andar más de cincuenta millas diarias no son sólo buenos andarines, sino excepcionales.

Charles Hudson, vicario de Skillington en Lincolnshire era considerado en la fraternidad alpinista como el mejor aficionado de su época. Fue el organizador y líder del grupo de ingleses que en 1855 ascendieron sin guías al Mont Blanc por la Aiguille du Gôuter, y descendieron por la ruta de los Grand Mulets. Su gran experiencia daba seguridad a sus pasos y, en ese sentido, no era inferior a un hombre nacido en la montaña. Le recuerdo como un hombre bien formado de mediana altura y edad, ni corpulento ni delgado, con un rostro agradable, si bien grave, con modales tranquilos y discretos. Aunque atlético, no llamaba la atención, y a pesar de que suyas eran algunas de las mayores hazañas montaÑeras, era el último en hablar de ellas. Su amigo, el señor Hadow, era un joven de diecinueve años, aunque representaba más edad. Era un buen andarín, pero en 1865 pasaba su primera temporada en los Alpes. Lord Francis Douglas tenía aproximadamente la misma edad que Hadow, y había estado varias veces en los Alpes. Era ágil como un ciervo y se estaba convirtiendo en un experto montañero. Justo antes de nuestro encuentro había ascendido al Ober Gabelhorn (con Peter *el Viejo* y Jos Viennin), lo que me dio una buena opinión de sus facultades, porque semanas antes yo había examinado todo el contorno de aquella montaña y no intenté escalarla en vista de su dificultad aparente.

Yo conocía poco a Hudson, sin embargo, habría aceptado sus órdenes si él hubiera reclamado el puesto a que tenía derecho. A quienes le conocían no les sorprenderá saber que, lejos de hacer eso, no perdía ocasión para consultar los deseos y opiniones de quienes le rodeaban. Entre ambos compartimos toda la responsabilidad. Recuerdo con satisfacción que no tuvimos ninguna diferencia de opiniones respecto a lo que había que hacer y que entre nosotros hubo siempre perfecta armonía mientras estuvimos juntos. <<

[74] Llegamos a la capilla a las siete y veinte de la mañana, la dejamos una hora después. Nos detuvimos para examinar la ruta a las nueve y media. Salimos de nuevo a las diez y veinticinco y llegamos a las once y veinte al hito levantado por Kennedy en 1862. Allí nos detuvimos diez minutos. Desde el Hörnli hasta aquí seguimos en lo posible la arista del escarpe. La mayor parte del camino era fácil, pero en algunos puntos hubo que recurrir al piolet. <<

[75] Hasta entonces los guías no habían tenido que marchar delante. Hudson y yo guiábamos y cuando era menester trabajar para abrir paso, lo hacíamos nosotros mismos. Esto ahorra las fuerzas de los guías y les demostraba nuestra diligencia. El lugar donde acampamos estaba a cuatro horas de camino desde Zermatt y al mismo nivel que el Furggengrat. <<

[76] Habíamos pensado dejar atrás a ambos jóvenes, pero vimos que era difícil dividir la comida, así que cambiamos los planes. <<

[77] En otros lugares he hablado de crestos y aristas. Hay poca opción entre las aristas que conducen a la cima desde el Hörnli (lado noreste) y hacia el Col du Lion (lado suroeste). Ambas son desiguales y dentadas, y cualquier escalador experimentado las evitaría de poder encontrar otra ruta. En el lado norte (el de Zermatt), la ladera oriental ofrece múltiples rutas, puesto que pocas partes de la misma son impracticables. Por el lado sur (el de Breuil), sólo es practicable en general la arista de la montaña, y cuando deja de serlo, el escalador se ve obligado a girar hacia la derecha o la izquierda y el avance es muy difícil. <<

[78] Pocas piedras cayeron en los dos días que estuvimos en la montaña y ninguna pasó cerca de nosotros. Otros que han seguido la misma ruta no han sido tan afortunados, tal vez no tomaron las mismas precauciones. Se sabe que el borde lateral de la margen izquierda del glaciar Furggen es poco mayor que el de la derecha, a pesar de lo cual el primero recibe todas las piedras que caen de las paredes de 1200 metros que forman la falda oriental del Cervino, mientras que al otro sólo van a parar laderas insignificantes. Ninguno de los dos bordes es grande. Hay numerosas pruebas de que las piedras no caen a gran distancia de la ladera oriental y ésta parece sometida a una mayor desintegración. En realidad, el manto de piedras caídas protege a la montaña contra un desgaste mayor. En la vertiente meridional, las piedras caídas se desprenden y ruedan lejos, dejando las laderas desnudas y expuestas a nuevos desprendimientos. <<

[79] Esta parte estaba menos inclinada que su correspondiente en la cara este. <<

[80] No apunté el tiempo que nos ocupó. Debió ser cosa de hora y media. <<

[81] Los puntos más altos se encuentran hacia los dos extremos. En 1865, el septentrional era algo más alto que el meridional. En años anteriores, Carrel y yo habíamos comentado la posibilidad de llegar a arriba y vernos separados de la cumbre por una hendidura de la cresta visible desde el Théodule y Breuil. Esta abertura parece grande desde abajo, pero, una vez en la cumbre, apenas se advierte y puede ser superada sin dificultad. <<

[82] Después supe por J. A. Carrel que habían oído nuestros primeros gritos. Se encontraban entonces en la arista suroeste, cerca de La Corbata, a 380 metros por debajo de nosotros, o sea, un tercio de milla a vuelo de pájaro. <<

[83] Al salir del campamento, nuestros hombres confiaban tanto en el éxito que cogieron uno de los palos de la tienda. Yo protesté diciendo que eso era tentar a la Providencia, pero no me hicieron caso. <<

[84] A Giordano, naturalmente, le decepcionó el resultado y quiso que los guías lo intentaran de nuevo. Todos se negaron, menos Jean-Antoine. El 16 de julio salió otra vez con otros tres, y el 17 alcanzó la cumbre siguiendo al principio la arista suroeste y luego volviéndose hacia el Z'Mutt, en el lado noroeste. El día 18 regresó a Breuil.

Cuando nos encontrábamos en el extremo meridional de la cumbre, fijamos nuestra atención en la parte de la montaña que nos separaba de los guías italianos. Parecía que no tenían la menor posibilidad si intentaban asaltar el pico final directamente desde el final de El Hombro. En esa dirección los precipicios caen verticalmente y, a cierta distancia, ya no veíamos nada. Quedaba la ruta de la que Carrel y yo habíamos hablado a menudo, es decir, ascender directamente al principio desde el final de El Hombro y después girar hacia la izquierda, o sea, hacia el Tiefenmatten, y completar la escalada por el noroeste. Pero una vez en la cumbre nos reímos ante esa idea. La parte de la montaña que antes he descrito no era fácil, aunque su pendiente era moderada. Si la inclinación fuera de diez grados más, su dificultad se incrementaría mucho. Doblar la inclinación sería hacerla impracticable. La pendiente que desde el extremo sur del risco de la cima caía hacia el noroeste era mucho más empinada que la que habíamos superado, y era absurda la idea de intentar subir en aquella dirección cuando la ruta norte era tan fácil. Sin embargo la cima fue alcanzada por aquella ruta por el intrépido Carrel. Conociendo la ladera final que nosotros superamos y el relato de F. C. Grove, no vacilo en definir la ascensión de Carrel y Bich en 1865 como la escalada más temeraria jamás realizada. En 1869 pregunté a Carrel si alguna vez había hecho algo igual de difícil. Su respuesta fue: «No creo que se puedan hacer cosas mucho más difíciles que ésta». <<

[85] La arista de la cima estaba muy descompuesta, pero no tanto como las aristas de las caras suroeste y noreste. La roca superior, en 1865, era un bloque de esquistos de mica, y el fragmento que nosotros arrojamos no sólo contenía esos elementos, que caracterizan al pico, sino que imitaba a la perfección los detalles de su figura. <<

[86] Lo principal de este capítulo apareció en una carta al *Times* el 8 de agosto de 1865. He añadido algunos párrafos y he realizado algunas correcciones. Los primeros ayudarán a aclarar lo que quedaba confuso en el primer relato. Y las segundas carecen de importancia en su mayor parte. <<

[87] Si los miembros de la partida hubieran sido igualmente capaces, Cruz debiera haber sido el último. <<

[88] No es en absoluto un procedimiento inhabitual, incluso entre montañeros experimentados. Quiero señalar que Cruz se estaba tomando todas las molestias, pero ello no significa falta de habilidad por parte de Hadow. La palabra «literalmente» tal vez haga ambiguo el párrafo, pero la retengo para dar esta explicación. <<

[89] En el momento del accidente, Croz, Hadow y Hudson se encontraban muy juntos. La cuerda no estaba tensa entre Hudson y lord Douglas, y lo mismo ocurría entre los que estaban encima. Croz se encontraba junto a una roca que ofrecía buen asidero, y si hubiera sido consciente o hubiera sospechado que iba a ocurrir algo, se habría aferrado a ella evitando la tragedia. Pero fue cogido por sorpresa. Hadow perdió el equilibrio y cayó sobre la espalda de Croz golpeándole con los pies y lanzándole de cabeza. Croz no tenía el piolet a mano y, sin él, consiguió alzar la cabeza antes de desaparecer de nuestra vista. De haberlo tenido en la mano, no tengo dudas de que habría detenido su caída y la de Hadow.

En el momento de resbalar, Hadow no ocupaba una mala posición. Podía haberse movido hacia arriba o hacia abajo y podía alcanzar con la mano la roca de la que he hablado. Hudson no estaba tan bien situado, pero tenía libertad de movimientos. La cuerda entre él y Hadow no estaba tensa, y los dos hombres cayeron tres o cuatro metros antes de que le llegara el tirón. Lord F. Douglas no estaba bien situado y no podía moverse hacia abajo ni hacia arriba. Peter *el Viejo* estaba firmemente plantado junto a una gran roca a la que rodeaba con ambos brazos. Describo estos detalles para resaltar que la posición que ocupaba la partida en el momento del accidente no era en absoluto especialmente delicada. Tuvimos que pasar por el lugar exacto donde se produjo el resbalón y vimos —incluso con los nervios destrozados— que no era un paso difícil. He calificado la ladera en general de «difícil», y así lo es sin duda para la mayoría de la gente, pero quiero dejar bien claro que Hadow resbaló en un lugar relativamente poco peligroso. <<

[90] Más correctamente, mantuvimos la cuerda lo más tensa que pudimos, porque no tuvimos tiempo de cambiar de posición. <<

[91] Hasta hace poco estas cuerdas seguían prendidas de las rocas señalando nuestra línea de ascenso y descenso. <<

[92] Presté poca atención a este extraordinario fenómeno y me alegré cuando desapareció, ya que distraía nuestra atención. En circunstancias ordinarias habría lamentado después no haber observado con mayor precisión un suceso tan raro y maravilloso. Poco puedo añadir a lo dicho. El sol estaba directamente a nuestra espalda, es decir, el arco de niebla quedaba opuesto al sol. Eran las seis y media de la tarde. Las formas eran al mismo tiempo suaves y nítidas, de tonos neutros. Se presentaron gradualmente y desaparecieron de repente. La neblina era ligera, no densa, y se disipó a lo largo de la tarde.

Se ha sugerido que las cruces fueron formadas probablemente por la intersección de otros círculos o elipses. Creo que es una interpretación muy posible, pero he preferido mantener mis recuerdos originales.

En el *Relato de un intento de alcanzar el Polo Norte*, de 1828, Parry describe un fenómeno análogo al mencionado: «A las cinco y media de la tarde fuimos testigos de un hermoso fenómeno natural. Un arco de bruma ancho y blanco apareció en el lado opuesto al sol, como era frecuentemente el caso...».

Cabe observar que durante el descenso de los guías italianos se produjo, el 17 de julio de 1865, el fenómeno comúnmente denominado *Brocken*. Ésta es la descripción que dio el padre Amé Gorret en la *Feuille d'Aoste* el 31 de octubre de 1865: «Nos encontrábamos sobre El Hombro cuando observamos un fenómeno que nos produjo alegría. La niebla era densa sobre Val Tournanche y estaba despejado en Suiza. Nos encontramos de pronto en medio de un círculo con los colores del arco iris. El espejismo formaba una corona en medio de la cual veíamos nuestras sombras». Esto ocurrió entre las seis y media y las siete de la tarde, y los italianos se encontraban aproximadamente a la misma altura que nosotros, a unos 4300 metros. <<

[93] Habían sido contratados por lord F. Douglas y le consideraban su patrón y el responsable de sus pagas. <<

[94] Transcrito del informe original. <<

[95] Ni volví a hablar con ellos después, mientras estuvimos juntos, salvo que fuera estrictamente necesario. <<

[96] Después encontramos un par de guantes, un cinturón y una bota que le pertenecían. Al saberse esto, surgieron rumores disparatados que no habrían nacido de saberse que las botas de todos los caídos estaban fuera de sus pies y yacían en la nieve cerca de sus cuerpos. <<

[97] Yo me encontraba a treinta metros o más de ellos mientras se encordaban y no puedo arrojar más luz sobre el asunto. Sin duda, Croz y Peter *el Viejo* encordaron a los demás. <<

[98] Ésta no fue la única ocasión en la que el señor Clemenz, presidente del tribunal, dejó de entregar respuestas que había prometido. Es lamentable que no percibiera que la ocultación de la verdad perjudicaba por igual los intereses de los turistas y de los guías. Si los hombres no eran de fiar, el público debía saberlo, pero si eran inocentes, ¿por qué mantenerlos bajo sospechas innecesarias?

Peter Taugwalder *el Viejo* vivió mucho tiempo bajo una acusación injusta. A pesar de repetidas negativas, incluso sus camaradas y vecinos de Zermatt siguieron afirmando o insinuando que él cortó la cuerda que le unía a lord Francis Douglas. Respecto a esta infame acusación, declaro que no pudo hacerlo en el momento del accidente y que el resto de la cuerda en mi poder demuestra que no lo hizo de antemano. Sin embargo, queda en pie el hecho sospechoso de que la cuerda que se rompió era la más fina y débil de cuantas llevábamos. Resulta sospechoso porque es improbable que ninguno de los cuatro hombres que iban delante hubieran escogido una cuerda vieja y débil cuando había abundante cuerda nueva y fuerte, y, por otro lado, porque si Taugwalder pensó que podía ocurrir un accidente, le interesaba tener una cuerda más floja en ese lugar.

Me hubiera encantado que sus respuestas hubieran sido satisfactorias. No sólo que hubiera actuado con firmeza en el momento decisivo, sino que hubiera sido admirable también en el momento justo. Abandonó Zermatt y vivió durante algunos años en Estados Unidos; pero, al final de su vida, regresó a su valle natal y murió repentinamente el día 11 de julio de 1888 junto al Lac Noir (Schwarzsee).<<

[99] Durante el descenso corrieron gran peligro por la caída de un pináculo de hielo. <<

[100] Esta partida, u otra anterior, encontró una manga. No se halló ningún otro vestigio de Douglas. <<

[101] A instancias de Alfred Wills se abrió una suscripción a beneficio de las hermanas de Michel Croz, que dependían parcialmente de los ingresos del guía. En poco tiempo se reunieron más de 280 libras. Esto fue considerado suficiente y se cerró la suscripción. La suma se invirtió en títulos de renta francesa por recomendación del señor Dupui, entonces alcalde de Chamonix. <<